Juan José de Soiza Reilly

EL ALMA DE LOS PERROS

CON VARIOS CUENTOS INÉDITOS DEL MISMO AUTOR

Prólogo de MANUEL UGARTE
y un juicio crítico de JOSE ENRIQUE RODÒ
Epílogo de ALBERTO TENA

QUINTA EDICION, AUMENTADA Y CORREGIDA

VICENTE MATERA
CORRIENTES 1746 — BUENOS AIRES

ANTONIO DI ANGILE
LIBRERIA ESTACION CENTRAL
MONTEVIDEO

Es propiedad

Imp. Araujo Hnos.-Rivadavia 1731

NOTA DE LA 5ª. EDICIÓN

Pocos libros sudamericanos han obtenido el éxito permanente y ruidoso de «El alma de los perros», traducido actualmente en italiano, francés, inglés, tcheco y hebreo o idish.

La presente edición es la 5ª. que se publica en castellano. La biblioteca Sempere, de Valencia, la difundió en su célebre «colección blanca», agotando tres ediciones consecutivas de 50.000 ejemplares cada una. Hace dos años, la prestigiosa revista «*Nosotros*», de Buenos Aires, publicó la 4a. edición, con un prólogo inédito de José Enrique Rodó, agotándose también en pocos meses, a pesar de su elevado precio. Hoy lanzamos a la venta esta nueva edición popular de «*El alma de los perros*», deseosos de contribuir a la difusión de una joya originalísima de la literatura sudamericana.

El Editor

PROLOGO

(DE LAS CUATRO EDICIONES ANTERIORES)

*Si digo que Juan José de Soiza Reilly ha dado nacimiento a un matiz especial dentro de la literatura y el periodismo sudamericanos, no es para sorprender con una afirmación definitiva. No soy ni crítico ni profeta, y al expresarme así sólo añado un comentario a la circunvalación de una lectura. Pero bastan las crónicas que este autor viene publicando en la revista "*Caras y Caretas*", de Buenos Aires, para evidenciar el empuje de su temperamento personal. Esas páginas nerviosas, irreverentes, rudas, llenas de malicia, de franqueza y de espíritu "frondeur", tienen algo que, después de tantas biografías de hombres célebres, provoca la atención o la sorpresa. No avanzo que sean superiores o inferiores, digo que son* diferentes. *Y al expresarme así descubro quizá el origen de la simpatía intelectual que me inspira el autor de este libro. A través de la prosa al mismo tiempo amarga y clownesca que se desmigaja, se returece y se eriza de monosílabos y de puntos, asoma a cada instante una sensibilidad autónoma que puede ser diversamente juzgada, pero que nadie puede poner en duda. Y eso es después de todo lo que, por encima de los detalles invasores, acabamos siempre por apreciar en quien escribe.*

En la obra que el lector tiene en las manos se acentúa la fisonomía embozada. El alma de los Perros *es un volumen cruel, en ciertas páginas brutal y excesivo, pero particularmente atrayente. A pesar de la perversidad que se insinúa en algunos episodios, estos "canes flacos" tienen rebeldías anárquicas. No sé si acierto. Pero en el fondo de los símbolos, me parecen una imagen de las dolientes caravanas menesterosas, de las almas pisoteadas por el destino, de las vidas tétricas en que nos agotamos, de la miseria social que sube en las calles hasta impedirnos ver el sol. Los hombres y las bestias confunden aquí sus dolores y fraternizan bajo una media luz borrosa, donde gime con cierta lentitud impresionante la misma campana de fatalismo, entre una brusca gesticulación de párrafos breves que parecen epilépticos a fuerza de ser movidos y flexibles. Un vago pesimismo lo obscurece todo. Los lectores sentirán acaso como yo estremecimientos de piedad, de repulsión o de cólera ante esas vidas incapaces de erguirse y romper con el cansancio que los roe. Pero, por encima de las reservas y las incompatibilidades, el ritmo doloroso de los capítulos acaba por llenar el alma de una melancolía inexplicable.*

Ya he dejado adivinar que no aplaudo completamente la manera de ver del autor. Estamos hechos de tal modo, que sólo aprobamos de lleno lo que el pasado sancionó o lo que se ajusta a nuestras rectificaciones. Pero las divergencias que suscita un espíritu son una confirmación de su originalidad. Despojándonos de lo que nos subdivide o nos ata, entiendo que esta obra contiene mucha belleza, mucho ensueño, mucha vida superior. El capítulo en que se desarrollan como en un cinematógrafo las diversas fases de un entierro, es de un realismo tan crudo, tan glacial, y al mismo tiempo

tan humano y tan palpitante, que nos conquista aunque nos hiere. En otros cuadros hay perspectivas extrañas. No cito pasajes por no alargar lo que sólo debe ser un apretón de manos en el umbral del libro. Pero puedo afirmar que Juan José de Soiza Reilly me ha procurado con la lectura de EL ALMA DE LOS PERROS *una de las sensaciones más complejas de mi vida literaria. El porvenir dirá si me equivoco. Pero me parece que hemos de tener que hablar a menudo de este hombre soñador y satírico, cuyos ojos brillan de una manera singular detrás de unos lentes de forma arcaica como los de Quevedo.*

Las críticas favorables u hostiles dan a las obras su verdadera significación. Cada nombre que surge es un blanco donde van a clavarse todas las flechas, las que traen atada una rosa y las que dan alas a una injusticia. Y éstas como aquéllas, son igualmente útiles, porque si sólo existieran los elogios faltaría el ímpetu y el empuje primordial. Es bueno que nos ataquen, que nos ridiculicen y que nos nieguen, porque ello confirma los destinos y aumenta la fe inquebrantable que debemos tener en nuestras propias fuerzas. La única actitud que no engendra reflujos es la abstención. Cada uno de nuestros movimientos tiene que desgarrar fatalmente la atmósfera. Los que maldicen contra la diatriba, la burla o el silencio, se elevan, en resumen, contra su propia superioridad. Por eso es por lo que siempre que se adelante un nuevo campeón siento ganas de decirle: "La crítica se limita generalmente a insistir sobre las disonancias que existen entre el alma del autor y la del que juzga. No conviene atribuir a la maldad lo que nace de las diferenciaciones cerebrales. No hay que protestar contra el oxígeno que nos da vida. El secreto de la victoria consiste en no esperarla de los demás y en evitar,

no las injusticias de los otros, sino las que cometemos nosotros mismos". Claro está que estos consejos no los necesita Soiza Reilly, que ya ha sentido las asperezas de la lucha. Pero son verdades elementales que debemos tener presentes todos".

MANUEL UGARTE.

Niza, Mayo 1909.

A LOS PERROS

El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán.

Evangelio de San Marcos, Capítulo XIII, v. 31.

Y por eso...

A vosotros, ¡oh perros! que lleváis sin quejaros el alma vanidosa de Cristo bajo el pellejo purulento de Job. A vosotros, que al igual de los leones ponéis en vuestro aullido el lamento de los cisnes agónicos. A vosotros, que podéis disfrutar el supremo placer de la hidrofobia. A vosotros, que sabéis comprender toda la inteligencia de un mordisco. A vosotros, que sentís por la luna amores de Platón y por los gatos odios de Zaratustra. Sí. A vosotros, ¡oh perros! dedico este breviario de oraciones.

Es un libro de rezos prohibidos. No son rezos para goce de labios. Son rezos para fruición de aquellos corazones en cuyo fondo viven, graznan y se inmortalizan los justicieros buitres del odio. El odio es la única virtud que ha inspirado este libro... Afortunadamente, la muchedumbre, con tajante ademán de guillotina, ha de excomulgarlo por inútil. ¡Afortunadamente! Ese será buen augurio de sol... El silencio de los bosques de carne hará germinar el triunfo de este libro infecto de blasfemias... ¿Blasfemias? Sí. Blasfemias prohibidas

por los muy ilustres monseñores del abecedario, que habiendo digerido leyes—leyes de gramática, de sentido común, de honestidad—vénse obligados a defecar decálogos de literatura, de geometría moral y de opiniones... ¡Sabios! Mi vértebras no aprendieron en la escuela de la vida ninguna genuflexión para esos sabios.

Este libro debiera estar dedicado a los hombres. Pero no puedo. ¿Comprendéis? No puedo... Odio a la humanidad con el enorme, con el terrible, con el formidable, con el espantoso, con el dulce, con el melancólico desprecio que ella merece. ¿Por qué? No sé. Ni me importa. La odio porque sí. "Unica razón de sabios y de locos". Yo no he nacido para escribir libros que deleiten a las multitudes. Ni libros que hagan rebosar de alfalfa los pesebres. Ni libros que llenen de lágrimas los ojos y de risa las bocas.

* * *

Los virtuosos se persignarán. Las vírgenes tendrán fuertes, raros, rojos ensueños. Los que puedan tirar la primera piedra, rugirán diciendo que éste es un libro impúdico. Tal vez... Nunca he podido practicar el pudor que legislan los cánones. Pero adivino que este libro tiene el sacrosanto impudor de los cadáveres que yacen desnudos en los anfiteatros. Creo que este libro tiene la casta obscenidad de los niños desnudos... La inocencia y la muerte valieron siempre más que las hojas de parra.

* * *

Este libro es demasiado bueno o demasiado malo para que ojos humanos puedan comprenderlo. Hay dos maneras de ser inaccesible: "águila o gusano". *Hugo.*

Y Mack Spangenberg: "Este libro no ha sido escrito para que se lea, sino para que se comprenda".

* * *

Este libro no ha sido escrito para que se lea, sino para que se comprenda... Por eso, ¡oh perros! a vosotros, que tenéis en los dientes la justicia con que debieran ser juzgados los hombres; a vosotros, que no habéis frecuentado academias, ni probasteis el agua que da para beber el padre Astete; a vosotros, perros sin dueño, perros sin báculo, perros tristes, perros enfermos, perros apóstoles; a vosotros perros tísicos, hermanos de San Vicente de Paúl, de Paúl Verlaine, de Carlos de Soussens y hermanos míos; a vosotros consagro este libro. Los hombres no tendrán el derecho de juzgarlo.

* * *

¿Hay necesidad de otros motivos? Los perros son personas más honestas que los hombres. Un perro sabe querer. Un hombre ni siquiera tiene el talento de saber odiar. No sabe odiar con honradez, con dignidad, cándidamente. Un perro, cuando odia de verdad, muerde ladrando. Un hombre en igual caso inventa la calumnia. Cuantas más caricias prodiguéis a los hombres, más puntapiés recibirá vuestro amor. Si Nietzsche cree que el hombre es algo que debe ser superado, yo creo que el hombre es algo que debe ser extinguido. Oid a Alberto Arnó: "Desde su contacto con el perro, el hombre se ha humanizado." Y Arnó murió de hambre...

* * *

A través de la vida he hallado más fraternidad en los perros que en los hombres. Los hombres han hecho de mí "un hombre". Por ellos, a veces, hablo bien de la virtud y creo en la doncellez de Juana de Arco. Por ellos creo, con más fe que la del centurión de Cafarnaum, en el milagro de los dos peces y de los cinco panes. Por ellos ya no podré vestirme con la artística des-

nudez de los charrúas. Por ellos no creo en la virtud del zaimph, el velo cegador de la diosa Tanit. Por ellos he sido mártir de mis propias virtudes.

* * *

Y por ellos (y he aquí el único bien que ellos me han hecho), por ellos os dedico este libro.

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY.

EL ALMA DE LOS PERROS

JESUCRISTO

—Oid...

Dijo la Scheherezada de los cuentos modernos. Y comenzó su cuento.

***

—¿Habéis visto alguna vez un perro triste, flaco, sucio? ¿Un perro de esos que al pasar os miran con gestos que tienen la actitud de manos limosneras? Bueno. Pues éste era un perro así. Pero tan triste, pero tan flaco, pero tan sucio, que más que perro parecía hombre...

—Gracias señora...

—Sí, sí. Más que perro parecía hombre. Todos los estragos de la vida, se habían acumulado sobre aquella piel llena de mugre, de sarna, de insectos. Su desdicha era grande. El nombre le pesaba como una montaña: se llamaba Judas. Su cuerpo era disforme. ¿Había cometido algún delito para nacer con ese cuerpo refractario a los mimos, a la estética, a la higiene? ¿Qué pecados atávicos expiaba? No lo sabía. Tampoco se preocupaba de saberlo. Vivía. Y con la vida tenía de sobra, puesto que lo agobiaba coma la fatiga de un trabajo enorme. Nunca se había mirado en los espejos, pero adivinaba su fealdad en la repulsión de las perritas, encantadoras y coquetas, que se alejaban de él como de la amenaza de una piedra... Se hastió. Y el cansancio de vivir en-

grandeció su pequeñez. La repugnancia de la vida trae consigo el desprecio de la muerte. Y esto eleva...

***

Un día hubo en sus pupilas una irrupción de chispas. "Basta", se dijo. Con el último puntapié que le aplicaron sintió gotear en los subterráneos de su corazón la dulce frialdad del odio. Desde entonces odió. Odió mucho. Odió tanto, que hasta en los ojos se parecía a los hombres...

Abandonó las calles pobladas. Huyó de las gentes. Se internó en los barrios solitarios y obscuros, por donde la luna nunca pasa por temor a los crímenes. Siguió hacia el campo, en busca de la pampa desnuda. Por la noche ladraba, con ladridos huecos. Largos. Eran como responsos. Quería ir lejos. Muy lejos. Más allá de la cuna del sol.

Andaba sin cesar. Cierta madrugada encontróse con un perro escuálido, cubierto de barro. No se dijeron ni un solo ladrido. Pero se comprendieron. La confraternidad de la miseria los unió. En silencio, siguieron caminando...

Pronto se aproximó otro perro. Y después otro. Y otro. Muchos. Muchos. Judas se detuvo. Echóse debajo de un árbol y cantó canciones caninas inspiradas en la hiel de su espíritu y en el furor de su filosofía... Los perros más miserables de las inmediaciones acudían a oirlo. Eran muchísimos. Y todos roñosos. Con caras de hambre. Caras muy humanas... Llegaban solos, y se amontonaban para escuchar. Austeros. Mudos. Misteriosos. Formaban en torno de Judas un círculo de ojos de locura y de belfos de rabia. ¿De dónde venían? Misterio... Ni uno solo estaba limpio. Ni uno solo tenía en las venas sangre azul. Desgreñados, con la piel tatuada

de mataduras y las colas tronchadas, oían a Judas con devoción de estatuas. Éste los magnetizaba con el fluído de su vieja laringe. Cuando ladraba, aquellos corazones vivían su propia vida. Vida de encono, de maldición, de odio.

A medida que los días pasaban, las predicaciones diabólicas de Judas atraían mayor número de perros. Y todos sucios. Pero muy sucios. Más sucios todavía de lo que podéis imaginaros. Se hubiera dicho que el advenimiento de este hermano de Job, que poseía la elocuencia de las llagas, el sólido argumento de su dolor y la fuerza de su debilidad, era para los otros perros infelices una esperanza de cielo fértil. Una ventana abierta sobre las murallas de otro mundo mejor...

* * *

Judas, ubicado en aquel campo vacío, bajo la protección de un ombú maternal, tomaba tan amplias dimensiones morales, que al verlo se pensaba si sería un redentor o quizá un loco... Ningún ser humano pasaba por allí. Era un campo maldito, sin más dueño que el sol, que se recreaba en él como en un baño... Desde pueblos lejanos, terribles turbas de perros sarnosos venían a beber las doctrinas de Judas. Los que habían perdido la vista o carecían de voluntad en las patas, se abandonaban al impulso de la cohorte furibunda, que con resoplidos de huracán los impelía, arrastrándoles, hasta el sitio donde Judas ladraba. Veíanse perras y perros flacos, sin dientes, mostrando las costillas a través de su cuero. Perras y perros con úlceras grises, de las que manaba un pus sanguinolento. ¿Qué estricnina de desesperación se había infiltrado en aquellos organismos sin salud? ¿Qué potencia de imán había en el fondo de un ladrido de Judas?... En pocos días congregó

a su alrededor miles y miles de perros. Estaban con él de día y de noche. Siempre en silencio. Sin moverse. Oyendo... Y era delicioso ver cómo esos canes sufrían de hambre y no se quejaban ni gruñían...

* * *

Por fin, una tarde la caravana de perros vagabundos vibró en un intenso escalofrío. Judas, parado sobre sus cuatro patas y con la cabeza en alto, había exhalado un ladrido tan formidable, que su grey sintió caer sobre sí algo que era... ¿como qué? Como si el cielo con astros y con nubes, con truenos y con rayos, se desplomara todo entero sobre las plegarias de la tierra...

Judas echó a correr. Corría en un galope febril de perro hidrófobo.

Atrás de Judas la tromba de perros volaba como una horda de soldados de Atila. ¿A dónde iban? Era un secreto. ¿Se conoce acaso la tumba de los vientos? Avanzaban con rumbo a las lejanías. Nubes de polvo espeso flotaban sobre aquella impetuosa tempestad de perros. Iban detrás de Judas, cojeando, estropeados, furiosos, ladrando, muriéndose en el camino. Caían como moscas. Los demás se esforzaban en marchar adelante, resignados, como si los llevaran a saciar su propia sed... Pero lo más bello de esta escena macabra era la canción espantosa de ladridos que los perros entonaban en su carrera bárbara. Figuráos un himno de quejas y alaridos cantado por treinta mil perros sarnosos y mugrientos que corrían si saber a dónde, lanzando al aire el trágico dolor de sus heridas.

* * *

Iban llegando a un pueblo.

Judas se apresuró. Estaba a la cabeza. Sufría mucho. Las llagas se le abrían y la piel se le empapaba en sangre. Mirándole de cerca causaba la impresión de un jirón de carne cruda, o de un inmenso higado fresco que tuviera patas... Al dar vuelta a un sendero de cardos, Judas vió ante sus pasos un niño que jugaba con una rama de árbol, la cual, llena de espinas secas, al par que era un juguete era también un arma... El niño divisó al perro. No se inmutó siquiera, porque aun no veía la perrada. Por eso, cuando Judas fué a pasar a su lado, el niño, sonriendo en su alegría infantil, esgrimió la rama y la dejó caer con fuerza sobre la cabeza lamentable del triste precursor. Cayó. Su cráneo estaba abierto como un coco. Estiró las patas. Y no dijo nada, por que, como Iocanán, tenía talento. Supo morir.

* * *

La turba de perros, cansada y sudorosa, fué llegando. Se detuvo ante el cadáver. ¿Era verdad? ¿Había muerto? Todos querían ver. Y cuando *vieron*, hubo en la aspereza de sus almas perrunas una procesión de minutos solemnes. El alma de los perros crujía de dolor. Los perros lloraban. No lloraban por la muerte de Judas. Lloraban por la muerte de sus esperanzas. El redentor se había burlado de ellos, puesto que se moría antes de darles la tierra prometida. Aquella ventana abierta sobre la muralla de otra vida mejor, quedaba clausurada para siempre. Cuando callaron, se comprendieron. Sentían odio hacia aquel perro que había sido tan perro como ellos. Además tenían hambre... Y como en un delirio organizaron un desfile silencioso, vertiginoso, pavoroso, frente a los restos de Judas, y frente al niño que los contemplaba. Y pasaron... Al pasar cada perro, con

un visaje de profanación, tendía el hocico hacia el cadáver de Judas y le daba un mordisco asesino, arrancándole un trozo de cuero o de carne viva. Así desfilaron todos. Todos comieron de él. Ninguno dejó de ostentar en la boca y deglutir rápidamente un despojo, aunque fuera pequeño, de aquel que los había sugestionado con la elocuencia de su propia angustia. Se lo dividieron en piltrafas. Mas era tantos, que los últimos se conformaron con lamer las huellas de la sangre o de los sesos que blanqueaban el césped como una simbólica polución estéril. Otros devoraron los huesos. Eran huesos tan viejos, tan podridos, que se derretían en la boca cual si fueron terroncitos de azúcar.

* * *

Después la grey se dispersó corriendo. Entretanto, el niño matador, arrodillado junto a la mancha roja, sollozaba. A la distancia, dibujábase sobre el cielo azul la rabiosa disparada de los perros, que se perdía allá, más allá del cielo; detrás del horizonte. Unos por aquí. Otros por acullá. Pero solos. Fantásticos. Corriendo desunidos para siempre. Condenados a vagar por el mundo con los ojos tristes, la cola entre las patas, la sarna en el pellejo, el odio en el alma y un pedazo de Cristo en el estómago...

* * *

Desde entonces, los perros tristes, flacos y sucios, se parecen en el alma a los hombres.

HABIA UNA VEZ UN BUEY...

Sí... Y era un buey muy extraño. Sus ojos destilaban tanta mansedumbre que, más que buey, parecía un niño con hambre o una mujer que sufriera de amor... Cuando miraba de soslayo, sentíase deseos de darle una limosna o darle un beso... En la estancia los peones le llamaban *El Tigre*... Era tan bueno, tan silencioso, tan cándido, tan manso, que los perros se asustaban de él y lo mordían. Siempre sucede así con los hombres muy mansos... La dulzura hace daño...

* * *

El Tigre nunca se lamentaba. No se quejaba... Como no sabía leer, ni escribir, ni contar, llegó a ser un gran sabio. Conocía por instinto el mérito de la vida, de los hombres, de la muerte y de los pastos. Por eso despreciaba el suplicio. Era un buey...

* * *

De noche, cuando yo salía a vagar por el campo, lo encontraba. A menudo inmóvil... Lejos de sus compañeros. Con la vista fija en las estrellas o clavada en los charcos. Con los ojos empapados en lágrimas. Tal vez lo envenenaba la nostalgia de otro mundo mejor... Es posible que sintiera los espasmos de alguna metempsicosis. O el odio... ¿Quién sabe?... No trabajaba en

nada. Carecía de vigores... Era un inválido. En fin, un viejo... Y no solo era viejo. Era además muy flaco. Las costillas se le señalaban en la piel como si hubieran sido las marcas de antiguos latigazos recibidos por sus antepasados. Siempre estaba triste. Y poseía razones para estarlo. ¡Debe ser muy triste, muy doloroso, convertirse en buey! ¿No es cierto, señora?... ¡Y cuántos hombres bueyes hay sobre la tierra!... Un buey debe sentir ansias de ser toro. Ansias de ser fuerte. Amado. Respetado...

En cambio, como es buey, todos lo picanean, lo ofenden, lo escarnecen y lo olvidan. ¡Pobrecito! Me imagino que el corazón de *El Tigre* debió ser un convento solitario y triste. Por sus patios no debió cruzar jamás el resplandor de una sonrisa. Por allí, nunca tal vez pudo pasar el más bello de todos los pecados: el amor... Y hasta las dulces vacas, las vacas tentadoras—tan coquetas, tan perfumadas, tan melancólicas, tan suaves—habrán sido para él flores sin ninguna fragancia... Por eso *El Tigre* vagaba siempre meditabundo. Siempre arrastrando tras de sí la cadena de sus bárbaras pacienciás, de sus extravagantes imposibles, de sus años de hierro.

* * *

Una tarde le vimos sonreir... Fué un milagro. Un misterio... Su larga cara de esfinge hizo una mueca. Sonrió físicamente.

Al otro día lo encontró la peonada. Yacía junto a la vía férrea... Daba lástima verlo. Con los huesos partidos. Con el alma rota... Una pata aquí. Una paleta allá. La cola por acullá. Muerto... El ferrocarril lo había deshecho. Un suicidio, señora...

Cansado de ser buey, el infeliz se mató como un hombre... Pero como era un buey, los peones lo co-

mieron. Yo también probé una piltrafa de su lomo. Y era carne muy tierna. ¡Qué raro! Tiernísima. Sabrosa. La digestión fué buena. Pero desde aquel día, todos los que comimos los despojos de *El Tigre* llevamos en la cara la tristeza de los niños hambrientos y en el alma un rabioso deseo de ser toros... ¿Qué será, señora?

HISTORIA DE UN ESPIRITU

—¿Quiére usted verlo?

Yo quería verlo. Sí... Yo quería contemplar por última vez el raro gesto de aquel artista que iban a fusilar. La agonía de un hombre de talento es un bello espectáculo que sólo pueden comprender los poetas, los pájaros, los perros y las mujeres.

—¿Quiére usted verlo?

—Sí; quiero verlo.

Y lo vi... ¿Por qué lo vi? El reo estaba en el fondo de una pequeña pieza. Era la capilla. Una pieza muy triste, muy vacía, muy obscura, con un altar en el ángulo y un fraile capuchino en el otro. Al entrar, el penado me miró cruelmente con la dulzura de sus ojos de santo. Me miró cruelmente... Tal vez con demasiada crueldad. Quizá con exceso de angustia... En silencio, le estreché ambas manos. ¿Por qué? Yo no sé. Pero, en silencio, le estreché ambas manos...

* * *

Era un hombre joven. Pintor de telas famosas, célebres, discutidas, expulsadas de todos los concursos. Tenía treinta años. Y ese escaso montón de vida le pesaba tanto como su inteligencia, infectada de microbios de genio. Adivinábase que el dolor y el placer le habían transformado el rostro en una extraña máscara de pena. Sus ojos llenos de bondad y su boca llena de amargura se

unían en la complicidad de una sonrisa inmóvil. Inmóvil sonrisa que parecía de muerto.

Cuando supo quién era, no me reconoció. Hablamos de cosas frías y de cosas cálidas. Los astros nos hicieron decir frases triviales... Yo hablé del sol. Y él, a propósito del sol, quejóse de los muchos ratones que lo maltrataban en aquella habitación tan tenebrosa... De repente, sin que yo hubiera preguntado nada, díjome:

—¿Sabe usted por qué me matan?

Yo sentí un placer inmenso. Mi temperamento — mi temperamento sutil, tan refinado por las crueles asperezas de los hombres y tan pulido por el dulce contacto de los animales — goza con lo imprevisto. Tengo médula de San Antonio. Acaso desciendo de algún león africano, transformado por Merlin en hombre...

—¿Sabe usted por qué me matan?

Entonces, el asesino, ese pobre artista moderno, cuyos cuadros fueron siempre geniales porque tuvieron mucho de locura; ese valiente pintor de razas, de visiones, de espíritus; ese desdichado reo que iban a fusilar, me contó un salvaje ensueño de pesadilla, de delirio, de fiebre, de histerismo. Uno de esos ensueños que suelen tener las mujeres hermosas cuando, en las noches de verano, duermen sobre el lado izquierdo de su pecho, con el pezón oprimido y el corazón acalambrado...

Y me narró la historia de su pobre alma tísica. Alma nerviosa. Epiléptica. Loca...

Oid:

* * *

—Nunca sentí gran apego a la vida. Vivir me pareció siempre la tontería menos útil al hombre... Me pareció la virtud menos necesaria. No obstante, yo estaba obligado a vivir para comprender la inutilidad de la existencia. Viví. Trabajé. Hice cuadros. Si ellos encierran algún

mérito, es sin duda porque nadie comprende lo que valen ni lo que significan. Lo mismo sucede en el mundo. El mundo dejará de ser una tienda de novedades, de bellezas, de joyas, cuando los hombres conozcan todo lo que él encierra... Cansado, pues, de la vida ordinaria, de la vida vagabunda y siempre igual, quise elevarme por encima de mi propio espíritu. Quise hacer algo nuevo. Algo digno de mi siglo. Algo estético. Algo bello... Quise sentir e interpretar sensaciones mejores. Nuevas... Quise gozar misterios invisibles. Pecados.

—Pero ¿y el crimen?

—Bueno. A eso voy... No diga el crimen. Diga el experimento de un alma rabiosa que revienta de sed y que se muere de hambre... ¡Me matan nada más que por eso!

—¿Cómo?

* * *

—Sí. Instalé en el Retiro, cerca de los murallones, mi taller de pintor. Solicité en todas las formas modelos de seres hambrientos. Desfilaron muchos, Eran hombres, mujeres, niños. El sexo érame indiferente. La edad también. Yo exigía únicamente que fueran flacos. Y negros. Muy negros... Pero no encontraba. Todos los modelos que se me ofrecieron eran opulentos de carne. De carne rubia, fresca, blanca, a pesar de que algunos no poseían nada más que el pellejo... Yo quería un cadáver viviente. Yo buscaba un espectro. O algo más: yo deseaba la sombra de una sombra... Quería componer mi último cuadro. Mi cuadro estupendo. Póstumo. ¿Sabe usted lo que yo quería pintar? Yo quería pintar un alma colectiva. Un alma atormentada, infeliz, repleta de flaquezas, plagada de temblores, henchida de vejeces, llena de obscuridades. Para eso necesitaba un cuerpo bastante horrible, bastante macabro, bastante artístico, que me sir-

viera de modelo. Y vinieron muchos. La procesión de esqueletos duró varios días. Por mi taller pasaron todas las flacuras ,todas las escualideces, todas las carnes resecas de los conventillos, de los callejones, de los hospitales, de los manicomios. Pero no venía el modelo esperado. Por fin, una tarde concebí un proyecto encantador. Lo concebí ante un nuevo modelo recogido en la calle. Era un negro. Un viejo vagabundo. Un habitante de los arrabales. Un pastor de estrellas. Era un negro. Un negro mudo y flaco. Muy flaco. Espantosamente flaco. Flaquísimo... Pero no tan flaco cual yo necitábalo. Sin embargo, me quedé con él... ¿He dicho a usted que era mudo? Sí... Mudo... Le faltaba la lengua. Hasta la raíz... Un cáncer. ¿Comprende?... Era un negro delicioso. Ni siquiera podía gritar.... Bueno. Acepté al negro. Lo llevé al fondo del taller, junto al gallinero. Lo até con fuertes sogas a un poste de ñandubay. Cerré todas las puertas... Preparé mi caballete, mis pinceles, en fin. Y me senté frente al mudo. Frente al horripilado. Yo esperaba... Y esperé así dos largos días. Tres días. Cuatro. Cinco... El negro retorcíase como un toro, como un pez... Sus huesos rechinaban. Crujian. Crepitaban... Cada diez horas le daba un trozo de pan y un trago de agua, con el objeto de que no se muriera. Yo quería llevar su flacura a un grado extremo, sin que su vida se apagara. Con un látigo apresuraba el enflaquecimiento de ese cuerpo marchito. El negro quería gritar. Pero ¿cómo? ¿Y el cáncer? ¿Dónde tenía la lengua?... Créame; era una escena hermosa. Muy hermosa... Cuando pasaron ocho días la espesa mota de mi modelo emblanqueció. Fué una tragedia silenciosa. Los dientes poco a poco se le fueron cayendo. Los ojos se le escaparon una pulgada de las órbitas. La columna vertebral se le torció. La boca acercósele al estómago... Al décimo día mi modelo ya iba siendo aceptable... Preparé mis pinceles. Co-

loquéme a la expectativa. Esperando... Aguardando el supremo instante. Aguardando la mueca trágica. Ansiando la soñada flacura. El bello gesto final... Cuando se le cayó el último diente di la primera pincelada... Era de noche... De improviso, como una fatalidad, un rayo de luna vistió de blanca luz el cadáver del negro... ¡Maldición! Un cadáver con mortaja de plata, no podía servir para mi cuadro... No pude hacerlo... Me tomaron preso... Ahora me van a matar con ocho tiros. ¡Que muerte tan vulgar! ¡Qué vergonzosa muerte!... Yo merezco ser ajusticiado con la muerte del negro... Así en mi propia agonía, en mi propia flacura, en mi propio dolor, hallaría fuerzas suficientes para copiar el alma neurasténica y maldita de mi generación...

* * *

Después sonaron los ocho tiros.

UN PERRO, UNA MUJER
UNA GATA Y UN HOMBRE

—Mi perro *Luzbel*... ¿Conoció usted a mi perro, señora?

—¿Aquel tan enfermo que parecía un cadáver?

—Ese. ¡Qué artística flacura! ¿Era hermoso, verdad?

—¿Hermoso? Sí. Lo era. De noche parecía un fantasma. De día era como una bruja.

—Tiene usted razón. Era como un fantasma. Era como una bruja... Pero con sus negros ojos tan femeninos, de una crueldad tan dulce; con sus negras pupilas tan vacunas, tan repletas de tristeza de buey, era algo más que un fantasma y sin duda mucho más que una bruja. Sí. Creáme. Valía... Era un perro genial.

—¿Genial? Ignoraba que los perros pudieran tener genio. Yo creía que el genio era sólo patrimonio de las mujeres bellas, de los toros, de los ferrocarriles, de los imbéciles.

—Era un perro de talento, señora. ¡Era mío!

—¡Ah! Disculpe.

—Mi perro era igual a muchos corazones... ¡Pobre *Luzbel!* Un día se enamoró divinamente. Horriblemente... Enamoróse como un león o como un viejo, o como un perro. Se sintió poseído de un espantoso amor. De un amor que era, para su estirpe, una mancha, un pecado, un delito...

—¿Cómo?

—Se enamoró. Se enamoró con un loco amor que le estaba prohibido. Prohibido por todos los preceptos de su raza. ¿Adivina?

—¿Se enamoró de una mujer?...

No señora. Se enamoró de algo más silencioso, más eléctrico, más cruel, más suave, más terrible, más diabólico... Mi perro, mi pobre perro tísico, que al par que perro era además ¡tan hombre! se enamoró de una gatita blanca...

—¿Es posible? Ha de ser entonces una historia de amor lamentable. Risible. Interesante...

—Ciertamente... Es una historia amorosa bien extraña. Historia de secretos y de encantos. Historia de vinagres y de mieles. Muchas damas que aun esperan y sueñan tras la reja donde amaba don Juan, envidiarían esa historia para adorno de su propia existencia. Todas ellas quisieran ser la gata...

***

Y yo, devotamente, narré la historia de mi pobre perro. Oidla:

***

Mi perro estaba lóbrego. ¿Qué tenía? Yo observaba en *Luzbel* una vaga inquietud. ¿Sufría? Esto para mi resultaba un misterio. Sus ojos, aunque antes eran tristes, de una nostalgia seca, estaban ahora mucho más tenebrosos. Parecían llorar con lágrimas internas una pena mortal. Una bárbara pena. Enflaquecía. Ya no era el perro de antes... Perro bueno, de una fealdad feliz, de una belleza gorda. Ahora su flacura asombraba. Además, su carácter, antiguamente cándido, rebosaba de hostiles asperezas. Conmigo siempre había sido manso. Me

buscaba. Ahora, no... En las noches de luna, alzando el hocico en dirección al cielo, ladraba. Ladraba quizá alguna histórica canción de perro bíblico. (De esas que oyó San Pablo...) Después dejó de ladrar. Un silencio de fósil lo envolvía, cual si fuera su sombra. Me inquieté. ¿Qué era? ¿Qué dolor le mordía las entrañas?... Y lo espié. Así pude saber. Vi...

* * *

Vi que estaba enamorado de una gatita blanca. Una gata gentil. ¿Bella? ¡Oh, sí! Muy bella. Era algo más que bella. Era bellísima... Naturalmente, mi perro, al verla, se enamoró con ingenua pasión. ¡Era tan linda! ¡Tan coqueta! Todas las tardes *Luzbel* se echaba en un rincón del patio para verla pasar. Ella vivía en la casa vecina. Al atardecer paseábase por el pretil de la azotea, mirando hacia el patio de mi casa, donde *Luzbel* estaba... Yo presencié muchas veces aquel espectáculo platónico y salvaje. Mi pobre perro, nervioso, febril, echado sobre sus patas, veía pasar a la gatita como quien mira fulgurar una estrella. La contemplaba con un amor muy hondo que le hacía temblar todo el pellejo, y ella ¡divinamente celestial! lo miraba también desde la altura con venenosa languidez de víbora. En sus ojos las ironías brotaban como risas...

* * *

Mi perro era, en tamaño, un poco, muy poco más grande que la gata. Yo, al verlos así tan alejados, sentía una impaciencia de asesino. Hubiera querido matarlos. Hubiera deseado unirlos en una puñalada feroz. Mas la gatita no bajaba... Y *Luzbel*, por su parte, no podía subir... Ella continuaba paseando por el pretil sus ten-

tadoras arrogancias. En cambio él sentía crecer su pena melancólica. Hasta dejó de comer. Las horas pasaban por su vida con lentitud de siglos. Extático en su rincón, con los ojos clavados en el borde de la azotea, esperaba... Quería ver a su amada. Quería adorarla siempre. ¡Siempre!... Mas ella, impasible, no bajaba... Era gata... ¡Pobre *Luzbel!*

* * *

Por fin, una mañana su escualidez le impidió caminar. Estaba en la cocina. Atado por la parálisis, no pudo ni moverse. Tuvo que estar allí, inmóvil. ¡Era un muerto con alma! A la hora en que tenía la costumbre de salir, para contemplar desde el patio a la gatita, sintió un dolor enorme. No pudo levantarse. Hizo un esfuerzo. Fué un arranque de vigor estéril. Quiso alzar una pata. Quiso elevarse sobre su propio estómago. Quería arrastrarse para verla triunfar. Para verla, allá arriba, por vez última. Para verla triunfar en su belleza serena de gata, sobre la belleza tempestuosa de su amor de perro. No pudo, Y fué tal el formidable dolor que debió sentir el alma de *Luzbel,* que su garganta lanzó un espantoso ladrido. Un ladrido de rabia, de pasión, de amor, de odio, en el que se condensaron los lamentos de toda una generación de perros enloquecidos y rabiosos...

Lo miré. No había muerto. Aun en los ojos le brillaba el dolor.

* * *

La gata oyó el ladrido. ¡Quién sabe qué fibras le temblaron en el fondo de su espíritu! ¡Sabe Cristo qué enigma se le aclaró en la sangre! ¡Quién sabe qué tuétano le palpitó en los huesos! Lo cierto es que al oir aquel ladrido, la gatita bajó por la pared, arrastrándose... ¿Era amor? ¿Era piedad? ¿Era placer de presen-

ciar el último martirio de *Luzbel?*... Lo cierto es que bajó. Penetró en la cocina. Aproximóse a mi perro. Lo miró. Lo miró dulcemente con sabiduría de mujer histérica... Y...

Luzbel ni se movió. Pero en sus ojos, las ansias del amor le reventaron en tempestad de mar. Lo que había en las pupilas de mi perro era como una muda y solemne lucha de elefantes... La gata encantadora, al verlo moribundo, intentó acariciarlo con las patas. E iba a darle el último veneno, haciendo más feliz su espasmo agónico, cuando ocurrió algo humano. Demasiado vulgar. Un ratón pasó frente a la gatita blanca. El instinto de la progenie hizole hervir la médula. Al sentir en el olfato la sabrosa fragancia del ratón, la gata corrió tras del roedor. Corrió saltando. Lo atrapó. Y luego, con sencillez, con arte, quebróle los huesecitos. Y de un bocado lo devoró. Sí; lo comió. Los chillidos del ratón amenizaron con su dulce música sensual el banquete felino...

* * *

En seguida, la gatita dióse vuelta. Y cuando relamiéndose volvía hasta donde mi pobre perro estaba inmóvil, olvidado, rígido, cadaver, yo, con odio y con justicia, la maté de un balazo. La bala, después de atravesar el cuerpo de la gata se incrustó en le vientre de mi perro. El cadáver de la gatita rodó sobre *Luzbel.* Allí, en confraternidad de cementerio, se unieron ciegamente. Mi balazo señora fué un balazo nupcial...

PERROS SIN DUEÑO

Con el alma coronada de rosas ,vivía en la dulce placidez del ensueño. Era feliz... A los quince años, su belleza de virgencita rubia era una tentación... En el conventillo la adoraban. Para ella fueron siempre las flores más hermosas y las frases más dulces. Su imagen flotaba en los insomnios de los compadritos, llenándoles de pólvora la sangre... Vivía en una pieza con sus padres, dos viejos miserables, dos crápulas que aguardaban que la fruta estuviera en sazón para explotarla... Querían que se casara con un viejo rico... Mas ella, con la rabiosa sinceridad de su alma criolla, enamoróse locamente, ¡oh! locamente, de un muchacho muy pobre... Huyendo a las amenazas paternales, fugóse con él. Le dió su alma. Le dió sus besos. Todo... En cambio el novio, después de saborear la ilusión del idilio, la dejó con un hijo. En la miseria... Desesperada, envejecida, intentó trabajar... No pudo. De todas partes la arrojaba el puntapié agresivo de la gente... Cierta noche, la madre y el hijo sintieron un hambre feroz. El pan se había concluído. ¿Qué hacer? ¿Morirse? No... Tomó al niño en los brazos. Salió a la calle... ¡Pediría limosna! Era Nochebuena, y si Jesús gozaba en su pesebre, tal vez su hijo pudiera ser feliz. Pero no... Los borrachos, al verla, la saludaron con gritos obscenos. Imploró. Rogó. Lloró... Todo en vano. Nadie le dió

nada... Al fin, cansada, rendida, deshecha, se dejó caer, con el niño, en el umbral de una puerta. Ambos se quedaron dormidos en un sueño de angustia, de vigilia, de hambre... Y así, dormidos, soñaron... ¿Qué soñaron? Ella soñó que aun era joven, y que el novio la besaba con delirio, en la boca. El niño soñó que Jesús le regalaba caramelos muy dulces y cuchillos con sangre...

PSICOLOGIA DE UNA NOTICIA POLICIAL

Ella. Y junto a ella, yo. Era antes del pecado. El patio estaba alegre porque estábamos solos... Mientras Dora leía las noticias del diario, yo sin mirarla y para torcer el rumbo de mis propias ideas, observaba el vuelo de las moscas. De pronto la miré... Y vi que entonces su lindos ojos claros, ¡tan azules, tan bellos y tan malos!... irradiaban un gracioso furor de muñequita rubia. Sus manos estrujaron el diario y lo tiraron lejos.

—¡Qué tonto!—esclamó.

Temblé. Supuse que hubiera oído lo que yo me decía internamente acerca de su inconquistable corazón. Y tuve miedo.

—¡Qué tonto!—ripitió sin ver que yo la contemplaba.

—¿Quién?

Ese diario... No trae ninguna noticia policial de interés. Ningún crimen salvaje. Ningún suicidio que llame la atención. ¡Nada!... Puras tonterías...

¿Es posible? No puede ser...

***

La misericordia que siento por los diarios, por esas grandes sábanas que encierran tanto dolor y tanto sufrimiento, por esas hojas pálidas inundadas de hormigas y en las que cada gota de tinta equivale muchas veces a una gota de llanto; esa misericordia, esa infinita lástima que me inspiran los diarios, hiciéronme recoger el

que acababan de estrujar las manos blancas, las manos adorables... Y en silencio, busqué en él las noticias policiales Después dije:

* * *

—Ya que para dar goce a los nervios necesitas conocer sucesos crueles, salvajes, horribles, no esperes a que los diarios te den noticias bien completas, con detalles explícitos de los robos, de los suicidios, de los asesinatos. Tendrás que sufrir mil decepciones. Y además, ¿para qué? ¿No tienes imaginación? A los que poseen, cual nosotros, una eléctrica malla de diabólicos nervios, sedientos de emociones, les es fácil encontrar lo que buscan, siempre que les ayude el vuelo de la mente... Mira: en esta pequeña noticia que hay aquí, y que tú has despreciado, tenemos el ejemplo. Lo trágico no siempre está en lo grande, ni en lo ruidoso, ni en lo sangriento. A veces suele estar en lo insignificante... En cada línea de la crónica policial existe un drama. Sólo que es preciso adivinarlo. Y sentirlo... Escucha lo que dice esta noticia:

"En un banco del Paseo de Julio fué encontrado ayer por un agente de policía el cadáver de un desconocido como de veinticinco años de edad. Vestía correctamente. De la autopsia practicada en el Hospital San Roque, resulta que el extinto falleció de la ruptura de una aneurisma".

* * *

Nada más. ¡Ahí tienes!... ¿Tú dirás que es una noticia vulgarísima, que tan pronto se lee como se olvida Perfectamente. Es una noticia escrita a última hora por el *pinche* policial, y transmitida desde la Comisaría por un indiferente meritorio... Sí. Bueno... Pero piensas así porque no sabes nada más que lo que el suelto dice. Pero tendrías que preguntarle a ese cadáver la causa de

su fin. Tendrías que inquirir quién es ese desconocido de veinticinco años, que aparece muerto en un banco, y que luego es trasladado al Hospital, donde los médicos y los practicantes afirman que ha expirado víctima de un estallido de su corazón. Tendrías que averiguarle a ese muerto anónimo quién era, si tenía madre, si tenía novia, qué hizo cuando vivió y por qué el corazón tan vulgarmente se le rompió en pedazos.

Yo pienso que ese infeliz muchacho era un hombre de ingenio. Un hombre demasiado joven, pero de alma muy vieja. Yo pienso que era un solitario, de esos que, como yo, alcanzan lo que no desean y que fracasan en la ruta de lo que aspiran. Uno de esos hombres que cuando fueron niños sufrieron los ardores del hambre y el odio del desprecio. De esos que nunca ríen. De esos niños grandes a quienes nadie ve llorar, pero que sin embargo, parece que siempre están llorando... Yo me lo imagino en su niñez. Solo. Muy solito. Recibiendo golpes, y muy triste al no poder destrozar ningún juguete, porque tal vez nunca tuvo ninguno... Me lo imagino después más grandecito, buscando en todas partes un sitio para su estómago. Luego le veo metido en una lamentable habitación. Siempre solo, muy solito, con la cabeza entre las manos y los ojos leyendo. Con demencias de altura, con fiebre de subir, con locos anhelos de conquistar glorias para su prometida y pan para su madre... Y lo contemplo, todavía solo, muy solo, luchando, peleando, sufriendo, con el corazón mordido ya por el dolor tremendo que nunca finaliza. Y por fin, le veo llegar, flaco, escuálido, sin esperanzas, sin vigor, sin ánimo, como un agonizante que no puede morir, como un alucinado que ni siquiera tiene la fortuna de perder la razón... Le veo avanzar, solo, muy solito, y paso a paso, en una noche cálida, ante una luna irónica, hacia el Paseo de Julio... Y veo cómo lleno de una desespe-

ranza formidable y bajo un espantoso derrumbamiento de deseos, se deja caer en un banco, cansado como se cansa un elefante. Y veo que cae herido. Herido por la pujanza de su ciega ambición. Herido por la fiebre de su propia fe. Herido por el fuego de su bárbaro amor... Y le veo desplomarse sobre el banco tranquilamente, inevitablemente, mientras su corazón, cual un viejo caballo que ha corrido ya mucho, cae, también reventado. Después...

* * *

(Después Dora se ha dormido en mis brazos).

* * *

Nota.—He ido al Hospital para ver el cadáver del hombre anónimo. Estaba en el anfiteatro, junto a tres muertos más. No pude reconocerlo. Varios estudiantes, a fin de realizar estudios prácticos sobre la patología del corazón, habíanle arrancado con sus crueles navajas toda la piel que le cubría la cara. ¡Hicieron bien en divertirse así!.... Creo que hoy, para averiguar lo que un hombre tiene dentro del corazón, es necesario evitar primero que se ruborice...

TARTARIN MOREIRA

(*Psicologia sudamericana*)

—¿Conoce usted al doctor Tartarín Moreira

—No.

—Es raro. Tartarín Moreira es un muchacho ilustre. Su abolengo es sonoro. Por la línea materna desciende de una vieja familia de Tarascón. Familia muy famosa en aventuras terribles. Por la línea paterna desciende de la no menos famosa familia de Moreira, en la cual, según dicen, hubo un Juan muy valiente.

—¡Ah! ¿Entonces?...

—Sí. Es pariente de Juan Moreira y de Tartarín de Tarascón. ¿Le parece extraño? Pues es muy natural...

—¡Cómo!

—Sí, amigo. Hace tiempo vino de Francia un sobrino de Tartarín. Se radicó como vago en la República Argentina. Lo primero que hizo, al pisar tierra porteña, fué decirle a un vigilante que él era hijo del sah de Persia... El vigilante se rió. Le miró desde la gorra hasta las botas. Volvió a reirse. En seguida lo tomó de un brazo y lo llevó a la Policía. De allí lo pasaron al Manicomio. En el hospicio pudo probar que efectivamente era loco, y por eso lo pusieron en libertad... Se fué a una estancia ubicada al Sudoeste de la provincia. Empezó a trabajar como peón. Por allí el célebre Juan Moreira había realizado sus heroicas hazañas. ¡Nada menos que Juan Moreira, el maestro de la daga, del tra-

buco y del facón! Pero ya no existía... Vicenta, la esposa de Moreira hambién había muerto. Juancito, el hijo, tampoco vivía... De la ilustre familia sólo quedaba una morochita digna de su apellido. Era hija de Juancito Moreira. Cuando el sobrino de Tartarín la vió, enamórose de ella. Y como en el campo el amor y el casamiento son cosas que se confunden, el sobrino de Tartarín se casó con la nieta de Moreira. Hubo un hijo. Este hijo se casó a su vez con la hija de un puestero italiano—que afirmaba ser conde—, y ambos tuvieron una larga familia... De la mezcla de estas razas diversas—Tartarín, Moreira y Cocoliche—surgió el temperamento original del joven abogado Tartarín Moreira... ¿Quiere usted conocerlo? Es un caballero de veintitrés años, muy elegante, muy moderno. Tiene título universitario. Habla en francés y en "lunfardo" (1). Es rico. Tiene caballos, reses y mujeres. Es muy Tartarin y muy Moreira... ¡Qué casualidad! Allí viene...

* * *

Y mi inseparable amigo Juan Pérez me lo presentó. Cuando Tartarín Moreira supo que yo colaboraba en *El Eco de las Mercedes* y que era socio de *La Tachuela* me felicitó. Escupió por el colmillo. Se puso unos guantes color perla. Me prodigó elogios merecidos. Aplaudió mis gestos más insignificantes. Celebró mis chistes. Y cuando pensé que me iba a pedir algo, me ofreció su casa. Como no acostumbro a visitar gente decente, no fuí a verlo. Pero casi todas las noches nos encontrábamos en los cafés donde la muchachada se reune para decir frases y para correr una "garufa". Cada vez que me veía se me aproximaba. Con explosiones de cariño felicitá-

(1) Argot argentino. (Nota del editor.)

bame por los brillantes artículos literarios que yo no había escrito aún, y me ofrecía nuevamente su casa... Como es natural, tantas galanterías concluyeron por ablandar mi resistencia, y al fin lo visité... Cuando me vió penetrar en su casa, yo creí que me iba a matar. Fué tal el entusiasmo que le produjo mi presencia, que rompió el espejo de su lavatorio, y después de tirar tres balazos al aire le pegó a su mucamo una bofetada por no haberle dicho con anticipación que era yo el visitante... El doctor Tartarín estaba en mangas de camisa. Alistábase para concurrir a un baile de máscaras. Mientras se peinaba los bigotes, me invitó a que lo acompañara.

—¡Venga, compañero! No sea *vopa,* Le aseguro que se va a divertir. Irá toda la muchachada. Meteremos un batuque bárbaro. Hemos comprado a los vigilantes. Apagaremos las luces y nos robaremos unas cuantas costureritas... ¿Se da cuenta?

* * *

¡Es claro! Yo me daba cuenta... Y ante la perspectiva de aventuras tan sabrosas, realizadas en compañía de un hombre como Tartarín, acepté en seguida. Me prestó un dominó igual al suyo. Salimos... Llegamos al local donde la sociedad *Estrella Matutina* daba un baile de máscaras. En la puerta, Tartarín era esperado por una "patota" deliciosa. Cada uno de aquellos muchachos era un tigre. ¡Qué ricos tipos! Todos estaban borrachos... Tartarín, que también había bebido caña inglesa, wisky, me presentó como director de *El Eco de las Mercedes,* y ninguno me tomó para la farra. Después supe que todos aquellos jóvenes eran parientes de Tartarín...

Entramos. La comisión organizadora de la fiesta nos saludó con una inclinación de levitas, jaquets y fracs,

dentro los cuales creí notar la presencia de algunos almaceneros, tenderos, carboneros, lecheros, etc. El salón ofrecía un bello aspecto. Las mascaritas estaban alegres. Eran muchachas y jóvenes del pueblo. Trabajadores que iban a gastar un poco de alegría, de amor, de olvido...

Al entrar, Tartarín, con gran misterio, nos indicó la forma en que debíamos iniciar el escándalo. Yo estaba loco de contento. Al fin iba a poder disfrutar de una farrita aristocrática. ¡Figúrense ustedes! ¡Una farra en compañía de Tartarín Moreira y su "patota"! Todas aquellas costureritas y todos aquellos dependientes de tienda y de almacén que bailaban felices, iban a tener que disparar bajo el peso de nuestro "bochinche"... Por eso, cuando antes de la madrugada Tartarín hizo la señal convenida, yo temblé de placer. Los parientes de Tartarín empezaron a cumplir su misión. En tanto que unos trataban de apagar la luces a trompadas, otros descerrajaban tiros sobre los espejos. Algunos arrojaban sillas por el aire, mientras la muchachas se desmayaban. Unos corrían de un lado al otro del salón, saltando por encima de las mujeres. Muchos arrancaban a tirones las polleras de las pobres máscaras, mientras la mayoría, presa de un entusiasmo de Tartarín y de un valor de Moreira, acuchillaba el cuero de los sillones, el papel de las paredes y los vidrios de puertas y ventanas. Entretanto el doctor Tartarín Moreira habíase apoderado de una docena de botellas de cerveza y las iba vaciando, una a una dentro del piano, pues el director de orquesta había fugado. ¡Qué loco!... De repente entró la policía. En el salón soló quedábamos los de la "patota". Después de una breve corrida y entre gritos salvajes, el valeroso Tartarín Moreira y todos sus parientes, incluso yo, fuimos llevados a la Comisaría. Nos metieron en un calabozo hasta la mañana siguiente, en que, gracias a la re-

comendación de un ministro—pariente del doctor Tartarín—nos pusieron en libertad.

* * *

Por la noche me encontré en el café con Tartarín y sus amigos. Supuse que estarían lamentando el fracaso de su "bochinche". Me aproximé al grupo para lamentarme con ellos. Peró ¡oh, sorpresa! La primera cosa que Tartarín me dijo fué:

¡Hola, amigo! ¿Cómo le va? Estábamos hablando de la farra de anoche... ¡Qué bronca! ¿Eh? ¡Pucha digo! ¡Cómo se "hemo" divertido! ¿Quiére venir esta noche? ¡Vamos a armar otra farrita "macuca".

EN EL REINO DE LAS COSAS

Todas las cosas piensan. Todas las cosas sienten. Todas las cosas hablan. Pero desemejantes a los hombres, que estudian para expresar lo que no piensan y que piensan para poder manifestar lo que no sienten, todas las cosas del universo inanimado hablan un idioma con el cual saben decir sinceramente su modo de pensar y de sentir.

Y para que el lenguaje de ese idioma pueda ser comprensible a nuestra mente, sólo basta la perspicacia de los ojos.

* * *

Sentado a una mesa de un café del bulevar, la cabeza oblicuamente inclinada hacia el suelo, veo pasar por la vereda, en sucesión continua, los pies de los transeuntes. Desfile sin final de pies que van y vienen, persiguiéndose los unos a los otros, en un cruzamiento de saltitos, arrastres y deslices, ya débiles, ya briosos, ya lentos o acelerados, que simulan la epiléptica marcha de un disperso batallón de ranas y de sapos.

Y el calzado de todos esos pies, habla. Mis pupilas traducen.

Pasa un plebeyo. Anciano botín de cuero de becerro. Calvo. Sin lustre. Sembrado de jorobas y remiendos. Al pasar relata la historia de su extenso vivir. Botín inmenso. Amplio. Deforme. Flor de la teratología zapateril. Parece una canoa. Va contando su vida de dolor. Y

como un hombre, la cuenta para consolar su desventura. ¡Pobre botín! Ha caminado mucho. Su tacón carcomido por el cancer de las piedras, siente desmayos de claudicación. Su vida eternamente ha sido una vida de perro. Ha vagado por las más pobres calles del suburbio y ha soñado bajo lonas de catres que siervieron de lecho a la miseria y al vicio. Varias veces ha perdido la suela, y si todavía no descendió a la tumba de la quema, es debido a la habilidad de manos remendonas. Nunca conoció el encanto de las caricias de la alfombra. Sólo una tarde le acicalaron con betún y le sobaron con cepillo. Y dice que el recuerdo del cepillo laborioso y de aquel betún amable perdura en su memoria cual la suave impresión de un nictálmico sueño de otra vida.

Empero, no obstante haber sido su existencia tan maltratada por el dolor de su desdicha, la dicha puso en su cuero al calor de sus besos. Fugaces besos de amor que volaron hacia la ausencia, adonde huyen los amores nacidos en la tierra... Y fué feliz sirviendo de tálamo nupcial. Cierta vez en que el dueño del pie que lo calzaba vióse atacado de una pulmonía, el botín permaneció tres meses bajo la cama del enfermo, entre polvo y basura. Un día vió llegar hacia él una pareja de ratones que acababan de unirse en matrimonio. Buscaban un sitio solitario y obscuro en donde poder libar las mieles de su amor.

Ella, la rata, al ver aquel botín, detúvose de pronto, y miró al ratón con un mirar extraño. Con un raro mirar en que el deseo se abría como flor de pecado. Entonces él — ratón al fin — no pudo contener la fiebre de su sangre ni el calor de su celo. Introdújose de un brinco en el botín... La rata fué tras él. "La mujer debe seguir al marido", legisla San Pablo. Y allí *fue*... El anciano botín de cuero de becerro prosigue contan-

do el cuento de su vida. Ha pasado y se pierde... Ya no lo veo... Su voz ya no se oye... Pasó. Pasó entonando la marcha fúnebre de su vida autumnal.

***

Pasa un aristócrata. Joven botín de bruñido charol, sobre cuya capellada reverbera la luz con singulares variaciones catóptricas. Avanza en menudos y elegantes deslices, esquivando la suciedad de las baldosas y huyendo del contacto del calzado plebeyo. Es un botín feliz. El mismo lo dice. Desde que empezó a vivir no ha conocido más tristeza que la tristeza de su exceso de dicha. El bien formado pie que le tiene calzado no le molesta para nada. Nunca le ha conducido por calles mal pavimentadas, ni tampoco le ha obligado jamás a investigar el fondo de los charcos. Las alfombras reservan para él las caricias más tiernas de su felpa amorosa. La badana y la cera se disputan cotidianamente el alto honor de hermosear la hermosa hermosura de su piel de Baviera. ¡Botín feliz! Sólo por distracción pisa los toscos pavimentos de las calles. Por eso ellos siente terribles celos de la alfombra de coche y de la rica manta que en invierno envuelve a tan noble botín. El asfalto, la madera y el granito impetran sus pisadas. Mas él los contempla de lejos, indiferente y frío. ¿Sabéis por qué? Porque el aristocrático botín tiene una novia. Sí; tiene una novia. ¿Acaso los botines no tienen corazón?

El botín ama. Cuando su dueño concurre a casa de una joven divina que destila zumo de ajenjo en las miradas, el botín está de fiesta. Siéntase el amo en un sofá, junto a la niña de ojos verdes y curvilíneas formas que exhalan efluvios de perfume sensual. Y mientras los labios de ambos se entreabren en el prefacio

de la misa de su mutuo amor, el botín travieso y seductor del amo avanza enardecido en busca de la botita de ella, que asoma la tentación de su fina puntera bajo el ruedo del vestido blanco. El botín adora a la botita. Ella lo sabe, y por eso, miedosa y rendida, deliciosa y exquisita, se esconde a su asechanza, ocultándose entre las puntillas y las blondas... Pero él la persigue, hasta que al fin la encuentra en una encrucijada de festones, y ella se rinde como una palomita...

Acariciándose, paséanse el botín y la botita por el ruedo del viso y la pollera. Y ella le revela los misterios que él adivina entre puntillas. Entonces los labios del amo besan a la niña y el botín estruja a la botita con un estrujón que tiene la agudeza de un mordisco y el mordisco de un beso... El botín de charol acaba de extraviarse entre otros botines y su voz ya no se oye... Ya no le veo... Pasó. Pasó cantando la eterna marsellesa de su vida de amor.

* * *

Y el desfile prosigue. Pasan botines de todas edades y categorías. Feos. Hermosos. Inválidos. Sanos.

Hay envejecidas alpargatas que abren bocas hambrientas, como sapos con sed. Zapatitos infantiles que simulan mariposas volando a ras del suelo. Zuecos ignorantes y groseros, perseguidos por delicados zapatos de mujer coqueta. Hermosos zapatitos que aprisionan ágiles pies que vuelan...

Botines. Botas. Zapatos. Alpargatas. Botitas. Zuecos. Zapatillas. Todos se arrastran. Se deslizan. Saltan. Y todos pasan por la vereda hablando. Unos ríen. Otros lloran. Algunos a la vez lloran y ríen. Así, arrastrándose, saltando, riendo y llorando, pasan también los hombres por la vida.

CUENTO IRLANDES QUE ME CONTÓ MI ABUELA

—¿Quiéres un cuento, nene?

—Sí, abuelita. Pero un cuento lindo... Cuéntame el cuento de *La novia del gato.*

* * *

Conviene que lo sepáis: mi abuela era de Irlanda. Cuando yo la conocí, su cabello era blanco. No tenía dientes... A pesar de esto, me confesó una tarde que su cabello había sido, cuando joven, muy rubio. Y me dijo también, que sus dientes habían sido, mientras vivieron, blancos como la leche. Es posible. Pero yo dudaba. Siempre dudo. Nunca quiero creer que los viejos hayan podido tener días de juventud... Sin embargo, me complacía hamacarme en las rodillas de mi abuela. Y más que todo, me gustaba oir de sus propios labios de marquesa esas historias tristes que forman las leyendas de Irlanda. Son historias nebulosas. Sin armonía. Muy católicas. Muy sensuales... Se parecen a mí. Conservan en su argumento las húmedas nieblas de aquellas tierras tan fecundas en mártires, en lecheros y en santos... Son historias con algo de misticismo. Con mucho de inocencia. Y un poco de pecado.

De todas esas historias, la que siempre más me conmovió fué la leyenda de la novia del gato... En la boca sin dientes de mi abuela, la historia tomaba un carácter

sobrenatural. Había razones: mi abuela era nacida, como mi madre, en la prisionera isla británica, donde según un sabio debió nacer Adán... La reina Victoria dióle cierta vez a mi abuela un beso en la frente, que le dejó en el alma una cicatriz. Por otra parte, ella amaba a Dios. No creía en la Virgen. Adoraba las llagas de Cristo. Me daba caramelos y pellizcos... Por todas estas causas, y especialmente por la última, yo adoraba a mi abuela...

* * *

—¿Quiéres un cuento, nene?

—Sí, abuelita. Cuéntame el cuento de *La novia del gato*.

Y ella empezaba así:

* * *

—En Irlanda escasean los gatos. Son animales muy raros. La humedad les da miedo. Hay pocos. Nace cada año uno... Y los que nacen con vida, son raquíticos. Pensativos. Mueren de tristeza y en la soledad... Como escasean, su precio es muy subido. Se les busca cual si fuesen perlas. Cuando un niño rico se enferma. los padres dicen:

—Si tomas sin llorar la medicina, te compraré lo que más quieras...

—Bueno, tomaré la medicina. Pero primero cómprame un gato.

Y los padres desesperados, salen por los caminos en procura de un gato. Ofrecen una fortuna. Pero en Irlanda nadie vende sus gatos... Cuando los hombres se enamoran — y allá los hombres se enamoran de una manera eterna, — los novios preguntan a las novias:

—¿Qué regalo de bodas quieres que te haga?

—Un beso... y un gatito — contestan ellas.

Y los pobres muchachos irlandeses, desesperados, salen también por los caminos en procura de un gato... Inútilmente. Nadie vende gatos. Y el que no los tiene odia al que tiene uno... ¡Puedes imaginarte cuántas desgracias ocurrirán por esto! En Irlanda los gatos son como los vicios: hacen daño a quienes los poseen, y perjudican al que carece de ellos...

—¿Cómo, abuelita?

— Cállate. Cuando seas grande aprenderás en tu carne esta verdad. Pero no me interrumpas. Quiero contarte la historia de la novia del gato. Oye... En el convento de San Patricio vivían encerradas muchas monjas. El alma de aquellas mujeres, lo mismo que su cuerpo, estaba consagrada a Dios. Eran muy virtuosas. Algunas por santidad. Otras por temor. Y las demás por haraganería... Habían cometido pecados. Mas, gracias al ayuno y a las oraciones, gozaban del perdón de los cielos... El convento hallábase sumido siempre en el silencio. De vez en cuando, el reloj del campanario se acordaba de dar las horas. Era un reloj muy caprichoso. Todos tenían fe en su exactitud, porque casi siempre estaba parado. Andaba cuando quería. De noche, Nuestro Señor el Diablo bajaba del cielo (en Irlanda el cielo está arriba, en el Polo), y sin permiso de la hermana portera, se colaba en la torre. Agitaba el badajo de la campana, y organizaba conciertos sinfónicos... Las monjas tenían miedo. Sabían que era el Diablo. Se extremecían debajo de las sábanas haciéndose la señal de la cruz... Sus carnes blancas eran como de pollo. Sentían miedo por el bajísimo. Pero al mismo tiempo lo adoraban. Las mujeres de América, Irlanda y de la Biblia, aman con más fuerza a quien les causa miedo. Aman tanto a Dios porque las espanta su Justicia divina y sus calderas de plomo derretido...

—¿Cómo Abuelita?

—Cállate... Entre todas aquellas monjas había una muy flaca y muy triste, que se enamoró locamente del Diablo. Mientras a media noche las hermanas oían en sus camas,—camas inútiles,— la llegada del Santísimo Satanás, ella, la muy triste y muy flaca, dejaba su lecho despacio. Despacito... Subía las escaleras de la torre. En silencio, llegaba al campanario, y allí, ¡quién sabe qué cosas hablaba con el Diablo!...

Regresaba a su lecho de madrugada. Descendía de la torre, muy pálida. Muy ojerosa... Las demás monjas la espiaban a la ida y al regreso... Eran mujeres. Eran curiosas. Se habían olvidado de dejar en la puerta del convento ese hígado amargo que los médicos llaman corazón. Por eso espiaban el regreso de la monjita pecadora... Yo no sabré decirte si la veían regresar con asco, con odio, con miedo o con envidia. La miraban, sobre todo en los ojos. En seguida se dormían, nerviosas. Y entonces soñaban que el Diablo se les aparecía muy bonito, montado en el badajo de la campana, y tomando té con hostias consagradas... Cuando la madre abadesa las reunía a todas en el refectorio para el desayuno, resultábale imposible conocer cuál era la monjita que menos había dormido en paz. Todas tenían ojeras y estaban pálidas...

Una de aquellas noches en que las monjas vieron que la muy triste y muy flaca había subido en busca del Demonio, estuvieron mucho tiempo con los ojos febriles, esperando su vuelta... Oyeron las campanas movidas por el Diablo. Oyeron los bufidos de Satanás. Bajaban de la torre con caracoleos parecidos al viento... Después, el silencio cayó sobre las cosas. Y las monjas, debajo de las sábanas, cavilaban: "¿Por qué no bajará nuestra hermanita?..." Y esperaban oir el roce de sus pasos. Pero nada. El sol aparecía en las ventanas. Asomábase curioso como un hombre. Curioso por ver

aquellas carnes blancas, que se inmovilizaban de pavor sobre los lechos. Ninguna de las monjas quería respirar. Cerraban los ojos para no ser oídas, pues en ciertos momentos de soledad, cuando se siente miedo, parece que los ojos abiertos lanzaran espantosos crujidos...

A la hora del desayuno sonó la campanilla de la madre abadesa. Las monjas se levantaron. Eran como sonámbulas. Histéricas... Con precipitación, sin saber lo que hacían, trepáronse en camisa por la escalera del campanario. En vez de ir al refectorio fueron hacia la torre... Los largos camisones blancos eran como mortajas que ascendían. Volaban... Al llegar a la cumbre, junto a la campana, las monjitas vieron algo sentimental. Pasó entonces por los nervios de las apasionadas una emoción de placer y de miedo. Una emoción de latigazo y de beso...

—¿Qué vieron abuelita?

—Vieron a la pálida monja que yacía de rodillas. Rígida. Muerta... Muerta frente al cadáver de un gatito negro, que debió ser el Diablo... Al día siguiente quemaron los dos cuerpos juntos. Una bella monjita recogió en un dedal un poco de ceniza: esa noche se ahorcó... Desde aquel día, el Diablo no vino a ejecutar serenatas en el campanario. Pero a veces entraba en el convento cuando todas dormían y se paseaba por los ensueños de las rubias monjitas, cabalgando en el badajo de la campana muerta.

* * *

Así terminaba siempre el cuento de mi abuela. Yo me dormía en sus brazos, santamente. Y soñaba. Soñaba con las monjitas. Y soñaba también que yo era el Diablo. Y que ellas ponían sus bocas en mi boca...

LOS DEDOS

Arraigado en la esquina, inmoto y boquiabierto bajo la taciturnidad severa de la noche, el buzón postal, vestido de pintura roja, habla tácitamente a la imaginación de quien le observa. El buzón monologa el secreto de su meditación de estatua, delatando el misterio de su raro pensar.

Un farol pensativo esparce en la vereda la melancolía de su alma de luz, mientras un reloj invisible campanea poco a poco la hora que se va.

—Tlan... tlan... tlan...

El buzón habla.

* * *

"¿La madrugada? Sí, las tres. Dentro de dos horas me bañaré en el sol. Ahora los hombres, casi todos, duermen, soñando sus ensueños, muy lejos y muy cerca de la vida. Las calles sombrías, solitarias y tristes, cavilan cual viejos pensativos acerca de su triste soledad sombría... Y la total ausencia del áspero bullicio humano, eleva un trono regio al augusto silecio de las cosas.

"No hay gente. Nadie se aproxima a darme de comer. ¿Mas que me importa? ¡Bastante es lo que me ingurgitan todo el día!

Sin embargo, mi glotonería nunca se apacigua.

Aunque me alimenten con exceso, jamás me satisface lo que como. Y mis fauces abiertas, siempre piden más. Siempre más.

Cuando mi alimentación raya en lo exorbitante, véome acometido por la creencia de que voy a estallar... Empero, eso nunca acontece y todo se concreta a una revolución de ardores gástricos, que derivan de la indigestión. Y mi bolsa se hincha. Se hincha... ¡Ah! pero esto termina conforme el cartero de la recolección me coloca un nuevo estómago vacío.

Entonces comienzo de nuevo a alimentarme. Comienzo a comer... A comer... ¡Cómo como, Dios mío!

***

Pero mi vida no es tan tétrica y amarga como pueden suponer los vigilantes que me ven extático e inmóvil, dispuesto a servir de apoyo a su cansancio. No es tétrica porque yo sé disipar lo que la ofusca y tampoco es amarga, porque yo dulcifico su acrimonia. La aclaro y la endulzo con mi filosofía. Soy filósofo. ¿Acaso un buzón no puede ser filósofo? Filósofos existen que saben mucho menos que un buzón.

Viendo, oyendo, observando, aminoro de tal modo la incalculable longitud de las horas, que mi vida se desliza fácilmente, suavemente, alegremente, como anguila en el agua...

Así es como sin siquiera moverme de esta esquina, he logrado descender al fondo del proceloso y fosco mar que late junto a mí todos los días: el hombre. Yo conozco al hombre porque él me confiesa sus pecados y me confía todos sus secretos.

Y es así que al descender sus cartas al fondo de mi bolsa estomacal, yo he descendido al fondo de su abismo interior. Y he visto allí la intrincada red de sus malezas. Malezas que dan terribles flores de monstruosa perfidia. Malezas inmunes a la muerte.

Y entre tanta maleza lujuriante, he visto madreperlas florecidas.

Los dedos de los hombres me relatan la histórica novela del alma de los hombres. Cuanto dedo viene a posarse en mi amplia boca para darme una carta, me da también la clave de un secreto.

Hacia mí vienen dedos de todas las estirpes, de todas las prosapias. De mujer y de hombre. Plebeyos y aristócratas. Temblorosos y rígidos. Entecos o hinchados. Sinceros. Mentirosos. Dedos de pulcritud exquisita y dedos pegajosos de mugre. He visto dedos suaves, de suavísima piel tibia y que conecen el crimen. Dedos adorables de Lucrecia Borgia. Dedos dignos de tejer caricias sobre rostros amados y que sólo saben la ciencia del rasguño protervo. Dedos groseros de enlutadas uñas y pringosas grietas, que esparcen la dicha sobre quien los toca y que llevan la gloria para quien los besa. Dedos evocadores de terribles conjuros. Dedos diabólicos. Dedos que odian. Dedos que gesticulan entre vahos de sangre tibia. Dedos que aman. Dedos que maldicen. Apergaminados dedos seniles. Blancos dedos de virgen que en el aire describen la señal de la cruz. Y todos esos dedos se aproximan a mí. Y todos esos dedos se posan en mis labios. Y yo les veo venir y los recibo en la inmutabilidad perenne de mi boca abierta, sin que me sea posible acariciar los dedos que idolatro y sin poder herir los dedos que aborrezco. Tántalo soy...

* * *

Hay dedos que avanzan hacia mí, agitados por un neurasténico temblor de delito. Dedos que han escrito calumnias en anónimos chorreantes de veneno. En anónimos que trago sin poder evitar su deglución. Otros dedos conozco que saben inspirar amable afecto. Refiérome a los dedos que aman. A los dedos tentadores de Mimí Pinsón. A esos dedos que después de haber escrito ternezas de pasión sincera me confían la carta co-

mo con temor a que me burle de ellos y profane el sagrario de sus hostias. Son dedos tímidos. Con delicadezas de plumaje de cisne se me acercan medrosos, vacilantes, e introducen en mi boca la querida cartita. Y todavía, antes de marcharse, tantean mi paladar para cerciorarse de que la carta ha caído hasta el fondo y me miran con tristeza envidiosa por no haber podido ir ellos acurrucaditos en el sobre. Y se alejan para retornar al día siguiente con otra nueva carta y otro nuevo temblor.

Dedos que encantan son también los dedos de las viejecitas que escriben a los hijos ausentes, trasmitiéndoles en garrapatos y borrones de tinta la esencia de sus viejas almas jóvenes. Son largos dedos flacos y no siempre aseados, que dejan deslizar el sobre con la mística respetuosidad de un hierofante al revelar el misterio de las cosas recónditas. Benditos dedos que de mí no se apartan sino después de haberme acariciado muchas veces, como implorándome vele por su carta...

¿Y los dedos traidores? ¿Y los dedos hambrientos? ¿Y los dedos que matan? ¿Y los dedos que roban? ¿Y los dedos de las madres que estrangulan a los hijos? ¿Y los dedos de los hijos que estrangulan a las madres? Todos pasan...

Todos pasan sobre mis labios en una larga procesión de almas desnudas. Almas que vienen hacia mí trayendo gotas de miel y hiel; ráfagas de luz y sombra. Yo las veo. Yo las siento. ¿Acaso las cosas no tienen alma lo mismo que los hombres?

* * *

El buzón enmudece. ¿Por qué? Porque a lo lejos un perro enamorado ladra lisonjas a la luna inviolable.

CARNAVAL

Van pasando. Van pasando...

Uno, dos, tres, cuatro... Diez... Quince. Un interminable séquito de carruajes bruñidos que reverberan bajo la gloria aurífera de la risa solar.

Van pasando... Y el lento ondular de esa línea de vehículos avanza con monotonía murmurante de latín litúrgico sobre la grísea claridad del pavimento convoyando una carroza mortuoria, entre cuyas negruras funerarias yace alguien dormido en sueño de cadáver. En la cúpula de la carroza osténtase la fuerza estatuada de un negro musculoso que en una quebrada compadrona de tango candombero se propone emblematizar el Poder de la Vida. ¡Cual si la vida tuviese algún poder sobre la muerte!

* * *

El paso del entierro hace asomar a los balcones, puertas y ventanas la insomne curiosidad de la gente, aminorando la ligereza en el andar de los viandantes.

A excepción de los que se encogen de hombros ante un muerto que pasa, los demás sacian sus deseos de saber lo que no les importa. Leen el monograma del extinto. Admiran la heterogeneidad de las coronas. Suman los carruajes. Examinan una por una las caras de los que van en los coches...

Estos, arrellanados en los cojines, sonríen o discuten. Solacéanse algunos en saludar con guiñadas a cuan-

ta muchacha encuentran. Plegando los labios forman símbolos de expresivos besos. Besos que las yemas de los dedos simulan arrancar para arrojarlos luego sobre las risas y muecas de costureras y mucamas...

* * *

Yo miro los cocheros. Van pasando...

Es un desfile color de rata de levitones tristes. Sucios y aseados. Con arrugas y deshilamientos seniles. Levitones que lloran el dolor de vivir al aire libre y que sufren la nostalgia del ropero.

Desfilan levitones inmensos, voluminosos, hospitalarios. Filantrópicos levitones en los cuales sus habitantes nadan, se extravían, se minimizan, se espiritualizan...

Pasan levitones estrechos, exiguos, apremiantes, inhospitalarios. Inhumanos levitones que dan a quien los lleva el dolor de un suplicio chinesco. Levitones que son cepos. Que son tiranías...

* * *

Hay también un desfile de felpa envejecida, de galeras altas. Una solemne procesión de tubos ahumados. Un sonriente cortejo de paradojas sombreriles que elevan hacia el cielo sus copas, no para brindar, sino implorando misericordia y paz.

* * *

Pasa un levitón, encorvado sobre un pescante. Por la abertura de las amplias mangas asómanse los dedos del auriga, sosteniendo las riendas. Sobre el cuello del levitón trata de hundirse, bajo el peso de su edad provecta, un magnífico sombrero de copa alta, de lustre bituminoso, con radiaciones verdes y azules. Un mag-

nífico sombrero de procedencia hereditaria que ha venido, a través de los tiempos, saltando de cabeza en cabeza y que sabe más frenología que Lombroso... Entre el cuello del levitón y el ala del sombrero, surgen dos orejas manumitidas y grenchas de cabello obscuro. Al frente una nariz rojiza extiende la insolencia de su punta sobre la melancolía de un bigote bajo el cual dormita un pucho de cigarro...

* * *

Pasa otro levitón. Inquisitorial. Decadente, en decadencia plena. A veces, luce matices negros. Observado de más cerca reverdece, como azotea vetusta. Según la inflexión de los rayos solares, se obscurece o se aclara. Tiene rubores o tristezas. Es posible que haya sido confeccionado con cuero de camaleón o tegumento de político.

El levitón sonríe por entre los dientes de una costura que se descose. Se agita sobre el pescante. Resulta estrecho para contener la corpulencia del Falstaff que va adentro. Tiene intenciones subversivas. Quiere estallar. Quiere abrir válvulas de escape a esa superabundancia de gordura cocheril. ¡Esfuerzo inútil! Apenas si la obesidad del cochero puede desbordarse por el cuello. Por allí emerge la cabeza roja, con calvez de vejiga, sosteniendo en una pequeña zona de la cúspide una galera demasiado chica, de copa alta y ala estrecha. Una mariposa posada sobre la cúpula de un templo.

* * *

Otro levitón desfila. Antítesis. Es de los hospitalarios, de los benévolos. Pero sucio. Mugriento. Algo va en su interior que parece una osamenta. Es el cochero. Los dolientes pliegues de la hermosa levita lloran

su mal empleada grandeza cubriendo el esqueleto que se arquea como vara de junco. Es un cochero enteco que se vaporiza. Todo él cabría en una sola manga. Al mirarlo no es posible dejar de pensar en un fideo...

La galera derrúmbase hacia atrás, sobre la grasitud del cuello, cual torre de Pisa. Cual larga chimenea que cae...

* * *

Van pasando... Van pasando...

Levitas, levitones, galeras. Luto falso. Cocodrilos llorando. Tristezas de cambalache. Carnaval...

EL PERRO "JOB"

Su memoria no era todo lo fértil que él hubiera deseado. Poco sabía de su infancia. Solamente recordaba que la ternura de unas manos pequeñas le había endulzado su niñez canina. Una tarde, huyendo de la casilla paternal, se internó en las calles de la gran ciudad de los ruidos, en busca de lo nunca visto. Cuando llegó la noche y el cielo se recamó de chispas, tuvo miedo y ladró. Acurrucadito en un umbral, ladró fuertemente. Ladró mucho. Y tanto se quejó, que al fin la puerta donde se apoyaba entreabrióse, y una mano flaca, llena de temblor senil, se fué acercando a él como una garra. Y lo arrastró... ¿A dónde? ¡Quién sabe!... Era la mano de un viejo, de un abuelito nevado, que tenía una nieta enferma. Una linda nieta de diez años. Muy linda. Tan linda, que ya no podía sostenerse en la tierra. Se moría... El abuelo siempre lloraba. ¿Habéis pensado alguna vez en lo triste que es ver llorar a los hombres que ya no tienen juventud?

—Abuelito... Tú me quieres. ¿No es cierto? Pues bien; yo deseo un perrito. ¿Me traerás un perrito, verdad? Tiene que ser blanco... Sí, sí. No digas que no...

Y he aquí que los ladridos del perrito vienen, como inspirados por el fluído de un hada, a golpear la puerta de la casita donde la niña sufre, agitada por el dolor de su propio deseo.

— Abuelito, en la calle está ladrando un perrito. ¿Quiéres traérmelo?

Y el abuelo fué. Y extendió el brazo. Y recogió el perrito dentro de sus cinco dedos, porque era un perrito muy pequeño. Era blanco y suave como una flor...

Cuando la mano del anciano lo tomó de improviso, *Job* creyó que una fiera le hincaba los dientes en la nuca. Después sintió un desmayo de dolor y su columna vertebral de perro tuvo una triste sumisión humana... Cuando abrió los sentidos se vió acostado sobre una colcha. Colcha deliciosa como piel de mujer. Una mano le suavizaba el lomo. Miró. Al principio, sólo vió una gran cabellera. Una catarata de rulos... Y en seguida, debajo de la cabellera, dos ojos claros que lo miraban suavemente. Muy suavemente. Era la niña enferma...

* * *

Así *Job* pasó muchos días, viendo desfilar ante el lecho de su amiguita una lenta procesión de drogas, de médicos, de llantos... Una mañana, sintió que el lomo se le erizaba de frialdad. ¿Qué sucedía? ¿Por qué la mano tan afable de la niña enferma no le llenaba de tibieza el lomo?... *Job*, que no sabía cómo las mujeres pasan de la luz a la sombra, de la vida a la muerte, miró a la rubiecita. ¿Dormía? Para convencerse, avanzó sobre la colcha, andando despacio. Silencioso. Cuando estuvo cerca del rostro de la niña se detuvo. Y en su cerebro hubo una explosión de lumbre que descifró el enigma. Comprendió. Y echó a correr, ladrando como ladran los perros cuando en las noches de verano la luna les sugiere pesadillas de rabia.

* * *

El perro que por desdicha pierde a su primer dueño, queda perdido para siempre. Es como si se muriera... Así le acaeció a *Job*. Vivió. Pasó bajo el pie de

muchos amos que lo maltrataron para desahogar su bondad... Sufrió días sin mendrugos y noches sin sueño. Envejeció. El fino pelaje llenósele de mugre, de pringue, de sarna. En su piel las heridas de los castigos vivían eternamente abiertas como bocas con sed. Su antigua belleza fué cayendo poco a poco hasta el límite de la fealdad. En ninguna casa lo admitían. Los pilluelos hacían de su lomo el campo de sus maniobras bélicas. Los vigilantes lo corrían. Con una pata delantera quebrada, estaba condenado a cojear como un ebrio. De noche se acostaba en cualquier parte bajo la soledad del cielo. Entonces hacía florecer en su memoria los recuerdos felices de las caricias muertas. Pensaba en la pobre chica rubia tan joven y tan linda. Pero de pronto, un puntapié le mordía en la carne, haciéndole crugir los huesos. Se levantaba y seguía sintiendo el derrumbe de su vida, sin ladrar, sin quejarse, sin emitir una sola protesta... Al fin, cansado de ser desgraciado y de ser perro, quizo ser feliz. Imitó a Wérther...

***

Y una madrugada, en silencio, ante la luz del sol, se arrójó a las aguas del río. Y murió como un hombre...

—Sí señora. Todo lo he probado. Todo... Es inútil. Me hastío. Como Teresa de Jesús, me muero de no morirme.

—Sin embargo... ¿Quiére un consejo?

—Ya sabe usted que el mérito de los consejos reside en su ineficacia. Es lo único bueno que ellos tienen. Pero no importa.

—Pues bien. ¿Por qué no prueba su habilidad en el crimen? ¿Por qué no comete un asesinato? Lea usted a Tomás de Quincey. Su obra, dulcemente filantrópica, le explicará los Santos Evangelios del Crimen... Ese libro enseña a matar. En él verá usted como nadie se aburre asesinando. ¡Debe ser tan hermoso matar con elegancia, con delicadeza, con arte! ¡Debe ser tan bello hundir un puñal del siglo XV en carne suave, palpitante, sonrosada, tibia!... Benvenuto Cellini supo sentir esa ardiente emoción... ¿Y matar niños? Matar niños es sin duda un placer digno de dioses. ¿La prueba? Saturno fué el primer filicida. Además, piense usted en la gloria de cometer un crimen artístico, refinado, estético.

—No señora. Tal diversión no me seduce. La he experimentado varias veces. Al principio gocé mucho. Después poco. Hoy nada. El cuchillo, el veneno, el revólver, el amor, el puñal, el odio son armas tan vulgares, que no me causan sensación ninguna. Se comprende. Como esas armas están al alcance de cualquier im-

bécil, su noble misión se ha prostituído. No sirven... Yo quisiera algo más espiritual. Algo más divertido. Por otra parte, le aseguro a usted que es muy triste matar a gente que carece de la educación necesaria para saber sonreir en su agonía, con el talento con que mueren los cisnes. Al morir bajo mis golpes, todos los hombres lloran. Todos se quejan. Todos blasfeman. Mueren con la feladad del cerdo, sin comprender la formidable belleza que realizan... Yo desciendo tal vez de alguna raza arácnida De arañas habituadas a la silenciosa muerte de las moscas. Es también posible que descienda del apostólico marqués de Sade. Anoche...

—¿Y por qué no se suicida?

—¿Matarme? Es cierto. Tiene usted razón. Un suicidio. Morir... Bueno. Pero me arrancaré la vida con un ademán de esteta griego. Ha de ser un suicidio realizado con arte. Con arte exquisito... Si hubo quien fué un *Homero del crimen,* yo seré más. Seré un *Fidias del suicidio...*

Y se fué. Cuando llegó a su casa tenía el espíritu lleno de bondad. Llamó a su sirviente y le dió una bofetada. Un perrito que salió a recibirle obtuvo un cariñoso puntapié en las vértebras. ¡Estalló un *crac!* Era el crujido de los huesos rotos. El joven aristócrata entrecerró los ojos para saborear el encanto de ese ruido humano. En seguida miróse en un espejo. El espejo le dijo que era un hombre elegante y que tenía treinta años. Pero no le mostró su retrato moral. Vedlo: era un hombre moderno. Muy culto. Muy sincero. Muy monsieur de Phocas. Un hombre con alma de perro. Con voluptuosidades de perro. Con locuras lunáticas de perro... Nacido en un manicomio donde su madre se hallaba en asistencia, el ambiente que rodeara su cuna habíale llenado el cerebro de una fosfórica pirotecnia genial. ¿Que-

réis más? Tenía médula de superhombre en huesos de mujer.

Encerrado en su *garconiére,* el joven abrió la biblioteca. Comenzó a hojear viejos volúmenes. ¿Qué buscaba? Quería rememorar suicidios célebres. Intentaba recordarlos, no para copiar su estilo, sino para consumar un suicidio más perfecto, más original que todos los suicidios de la novela y de la historia.

* * *

Y buscó...

Sus averiguaciones tropezaron con suicidios vulgares, indignos de su cultura intelectual. Un balazo en la frente, o en la boca, o en el oído, o en el corazón... No. Eso era ridículo. ¡Suicidio de enamorado! Romanticismo. Prosa. Verso. Fonógrafo. No. Si él se mataba era para dejar a la humanidad una obra de arte: ¡su suicidio! Antes que morir como plebeyo, preferible era, pues, seguir arrastrando la cruz por el calvario. ¿Ahorcarse? No. Nunca. Jamás. ¿Morir estrangulado con una soga al cuello? No. ¡Qué asco! Suicidio de almacenero. Suicidio de comerciante que sufre la desvergüenza de tener honradez. ¿Tirarse de un tercer piso? Tampoco. ¿Entonces?...

—¿Acaso no podré suicidarme?

* * *

Y prosiguió investigando en libros muy viejos, muy hondos. Libros que nada le enseñaron por ser tan hondos, tan sabios, tan viejos. Los suicidios de la antigüedad no le llamaron la atención. Cayo Sempronio Graco, haciéndose matar por un esclavo, que a su vez se quita la vida a puñaladas sobre el cuerpo de su amo, le pareció muy tonto. Demasiado romano. Poco helé-

nico... Catón de Utica dejándose caer sobre la punta de su espada y arrancándose luego las vendas de la herida; el veneno de Temistocles, de Sócrates, de Sofonisba, de Aníbal; el hambre con que se mató Perseo y también Marco Aurelio; la tumba en que Vetus sepultóse vivo con su esposa e hijos; el campanario desde donde se arrojó Prexáspedes, una vez terminado su bélico discurso; la torre desde la cual el inca Tupá Iupanqui precipitóse al abismo después de luchar heroicamente; la higuera en cuyas ramas Judas gozó su última traición a la vida; el áspid de Cleopatra; Safo apagando el incendio de su lírico pecado en las frialdades del mar Jonico; la furia con que Bruto y Casio se pasaron de parte a parte con la espada; el acero y la ponzoña de Mitrídates; Marco Antonio imitando el suicidio de su esclavo Eros; Luis de Baviera que envuelve en un abrazo a su médico y se arroja con él en un lago de Niza; todos, todos estos suicidios tuvieron para él sabor amargo. Suicidios sin talento. Sin belleza. Malos. Una espada atravesando el pecho era cosa sencilla. Quien quisiera podría quemarse las entrañas con tósigos letales. Cualquier árbol prestaría sus ramas para satisfacer el deseo de un Judas. ¿Víboras? No faltaban. ¿Aguas profundas? Había con exceso. Y así lo demás...

* * *

Lo difícil, lo extraño, lo estupendo, lo maravilloso, estaba en hallar una nueva forma de suicidio que fuera al mismo tiempo una obra de arte. ¿Dónde hallarla? Los suicidios colectivos le produjeron náuseas voluptuosas. Aquellas fanáticas muchedumbres del Indostán arrojándose bajo las ruedas matadoras del carro de Vichnú eran, en verdad, muy bellas, pero de un inconsciente salvajismo. Los sitios públicos destinados en Atenas a

los que deseaban suicidarse y los clubs de Londres para los snobs, no le sedujeron. El suicidio de los persas que se partían el cráneo con el Kinjal y morían danzando al son de tambores y de címbalos, le pareció muerte de acróbatas. La fiebre de los japoneses que se abrían el vientre con un sable en la misma casa de sus enemigos para que su muerte sirviera de venganza y de oprobio, le pareció acción propia de pedantes, como la de predicar filosofías o tener humildad...

Pensó en Neron, que se hizo degollar por un liberto. Y blasfemó contra el cantor de Roma, por cobarde. Pero en seguida tuvo para el monstruo una sonrisa. Acaso recordó que Nerón había sido el más grave protector del suicidio. El lo canonizó. Bajo su reinado, cada condena a muerte era una galante invitación al suicidio. Así, por Nerón, Séneca se abrió las venas en el baño mientras dictaba una sentencia. Paradisíaco haño de agua tibia, de agua perfumada, donde corregía su postrer poema con las venas abiertas. Y lo mismo Burrho. ¿Y Petronio? También el árbitro, el divino Petronio, que entró en el baño y se abrió las venas. Después se las cerró. Volvióselas a abrir. Cantó. Compuso una sátira erótica. Cenó. Castigó a tres esclavos. Y más tarde, en silencio, como un ave, se fué para siempre de la vida... El joven caviló en el suicidio de Petronio. Tampoco lo creyó excelso. No tenía el atractivo de lo nuevo... El suicidio de los cimbrios que se ataban a las patas de los bueyes y luego los azuzaban para que al correr los hicieran pedazos, causóle mucha risa.

* * *

Los suicidios de novela no le agradaron. Apenas si la agonía de Gilliatt, sentado en la silla de piedra esperando la ascensión del mar, le pareció una ebriedad

imaginativa. Cuasimodo abrazando el cadáver de Esmeralda, no le interesó tanto como el suicidio de la juglaresa Elianta, de Rachilde. ¿Wérther? Suicidio de tendero. Werther desconocía el espíritu del arte futuro. Era únicamente un manojo de nervios. En la vida literaria recordó los suicidios de Gerardo de Nerval, de Larra y de Batrina con la misma frialdad que el de Angel Ganivet hundido en la terrible tumba de hielo que se cavara él mismo... Tuvo un pensamiento para Cristo. ¡Cristo! El sabio Cordero que se dejó matar inútilmente. Y sintió envidia de este artista preclaro, que en un quijotesco delirio de embriaguez celestial quiso purificar con su suicidio la caja de Pandora: *el hombre*. Y pensó que el holocausto de Jesús había sido el más original de todos los suicidios, pero que no era saludable repetir su odisea. Ya no tendría la hermosura de antes. Antes cabía la divina esperanza de que el sacrificio de Cristo mejorara a los hombres. Además, no era artístico defender esa virtud que prohibe la dulzura de todos los delitos.

* * *

El aristócrata tuvo asimismo un recuerdo para Sardanápalo. ¿Os acordáis de aquel suicidio? Mandó levantar en su palacio una inmensa montaña con todas sus riquezas y después se colocó en la cúspide, con sus insignias reales, rodeado de sus eunucos y mujeres. Luego hizo poner fuego a la pira. ¡Ardieron todos juntos! ¡Hoguera de carne viva y de tesoros, de la que no brotó ningún quejido por respeto al gran rey que estoicamente se quemaba también! Cuando las llamas cubrieron la hoguera, lo último que se vió surgir en el vacío fué el brazo de Sardanápalo, que amenazaba al cielo en un fulgor de brazaletes de oro. Amenaza de rey o de niño. ¡Espléndido suicidio que debió imitar Dios! Ima-

ginaos al Dios de las alturas quemándose con el mundo le abajo y teniendo por único espectador al regio sol!...

* * *

Infundía pena contemplar la desesperación de ese raro esteta que no encontraba una manera bella de morir. ¡Pobre perro artista que no hallaba el modo de arrancarse el alma con un bello ademán!...

* * *

Desesperado, furioso, cerró los libros. Cerró la biblioteca. Y....

* * *

Al día siguiente noticiaron los diarios:

"Anoche suicidóse un conocido joven aristócrata. Para lograr su deseo se ahorcó con una soga", etc.

* * *

El artista, el puro, el refinado, el esteta, que para no incurrir en pecado de humillación negóse a imitar a Cleopatra, a Petronio, a Sardanápalo, a Jesús, se había ahorcado con una soga. Se había ahorcado muy sencillamente. Con la misma sencillez y grosería con que se matan los almaceneros, los enamorados, los borrachos, los infelices...

Antes de expirar escribió:

"Señora: Estoy detrás de los horizontes. Veo el más allá. Siento que llega el último placer. Comprendo que para morir artísticamente, sólo es necesario un arte: *morir*. Nada más que morir..."

* * *

Ahora nadie recuerda al joven aristócrata. Sin embargo, merecía estar junto a Jesucristo, pues al igual de Cristo, fué también descubridor de una nueva verdad. Verdad inútil, como todas las verdades.

LA FILOSOFIA DE LAS ALMOHADAS

—Sí, señor. Tenemos habitaciones excelentes. Pase...

Paso. Entre hipérboles y genuflexiones, llévame el fondero a través de interminables corredores. En el ambiente vagan efluvios de cocina. Tufos de senectud. Todo está impregnado del áspero mutismo de los hospitales.

—¿Esta le agrada?

El fondero, con una reverencia, me detiene ante una habitación estrecha y sucia.

—Sí. Esta me agrada.

Luego me deja solo y solitario en la mudez del místico silencio que exhala la quietud de las cosas. Cierro la puerta y tiéndome en la cama. Es una cama triste, muy tristemente vieja. Chochea. Pero es consoladora cual brazos de mujer. Al dar a mi cansancio la caricia de su suave ternura, una vibración de buey envejecido recorre su organismo. Tiembla. ¿Tiembla de dolor? ¿Tiembla de miedo? ¿Acaso sufre? ¿Acaso llora? Sí. Sufre y llora. Llora y se queja con tetricismos fúnebres. Vibra en quejidos tenues y lamentos lejanos. Después apaga su voz. Duerme.

* * *

Sobre el velador, el alma satírica de un cabito de vela sonríe, titilando con visajes de risa. El sebo se consume. El pabilo se doblega y encoge. Va muriendo... Va muriendo, hasta morir.

* * *

Entonces, en la melancolía de la penumbra nocturnal, donde tiene su génesis la realidad de las cosas irreales y en donde tiene su oriente la vida de las cosas sin vida, la antigua almohada contemporánea de la cama habla a mi oído. Y al hablar, puebla de un extraño pueblo de visiones las horas de mi insomnio. Me revela secretos de su historia. Sobre mi curiosidad, ardiente de sed febril, deja caer sus recuerdos. Gota a gota. Habla, habla. Despacio. Despacito. Lentamente. Con suavidad de arrullo. Con arrullo de beso...

* * *

Oh, si tú supieras! En este mismo sitio donde tienes apoyada la sien, han dormido más de mil cabezas. Cabezas de todas calidades. Grandes y pequeñas. De pobres y de ricos. Cabezas de Cuasimodo y cabezas de Alfredo de Musset. Mugrientas y limpias. De Adán y de Eva. Prototipos de toda la humanidad... No te repugne. Las almohadas somos cual las ideas: servimos para todos... Sobre mi benevolencia vienen a beber los hombres, dulces aguas leteas que borran la realidad de los dolores. Algunos se engañan. Vienen hasta mí con el deseo exclusivo de olvidar y en vez de conseguirlo, consiguen solamente avivar el ardor de sus ardores. Mi alma es alma de mujer. Alma voltaria. No siempre doy consuelo. No siempre ofrezco miel. La voluntad me guía. Si alguien se inclina sobre mi seno y me pide amor, yo se lo doy, si quiero. Si no, no. Por eso hay quien me odia, con odio de Schopenhaüer. Por eso hay quien me ama, con pasión de paloma. Oye.

* * *

Perdura en mi recuerdo la imagen de un hombre que me odió con la viril pujanza de un desesperado. Todas

las noches, al franquear el umbral arrojábame una mirada de desprecio. Yo, ni siquiera temblaba. (Me río del rencor humanal). Se desnudaba prestamente, en silencio, nervioso. Con repulsión, con ira se acostaba. Grande y melenuda, su cabeza simulaba una testa de león. La hundía en la blancura de mi funda epidérmica y cerraba los ojos con ansias de dormir. ¡Dormir! ¿Es posible dormir cuando la almohada se niega a dar la llave del tesoro que se llama dormir? Yo le hablaba al oído, tácitamente, como te hablo a ti: "¿Estás cansado? Pues bien: no quiero que duermas. Mando, ordeno, exijo que me relates lo que has hecho durante todo el día".

El infeliz se revolvía en la cama. Se mesaba el bosque de su cabellera, desesperado, rugiente. Estrujábase las carnes con las uñas. Quería dormir. ¡Dormir! Inútil. "Yo no quiero. ¡Yo no quiero! Cuéntame. Cuéntame lo que has hecho hoy..."

Entonces, rendido, se me rendía... Yo observaba sus más hondos vericuetos cerebrales. Hasta las últimas y recónditas celdillas de su cerebelo. ¡Pobre diablo! Un día me contó, entre sollozos, que estaba enfermo de hambre: "Para desarraigar mi mal, me es suficiente el robo, pero para robar necesito que me ayude el crimen... ¿Qué debo hacer?"

Yo le repliqué que el hambre era la salud del espíritu.

—"¿Pero por qué no matas si es que quieres comer? Mata. Roba. ¿Tienes miedo?"

Durante muchas noches le repetí lo mismo. ¿Tienes miedo?

¡Ah! Yo gozaba viéndole sufrir cual perro envenenado de estricnina. Luchaba con la hostia de su atavismo puro. Perspicuo. Abría sus grandes ojos en brillores trágicos de dagas moreirescas. Los labios le ar-

dían de angustia, de sed, de furia. Me mordía. Bañábame en sudor de pesadilla. "¿Por qué no matas? Mata. Roba. ¿Tienes miedo?"

No. Aquel hombre no era hombre. No tenía miedo. Cierta noche se acostó en la cama sin quitarse las ropas. "¿Qué tienes?", le pregunté. Al principio nada contestó. Mas luego, débilmente: "Ya está. Mira mis manos". Yo se las miré. Las tenía húmedas, viscosas, enguantadas. Era sangre. La sangre humana no me molesta. Parece licor. ¿Y acaso no es licor de vida?

Después le murmuré: "¿Sabes lo que has hecho? Eres un asesino. Sí. No protestes. ¡Eres un asesino!"

Me maldijo con una injuria que fué un latigazo. Se puso de rodillas en la cama. Desnudo, todo desnudo, horrible, con los ojos fuera de las órbitas y el cabello erizado. Y con los puños rígidos comenzó a golpearme fuerte, fuerte, fuerte... "¡Maldita! ¡Maldita!" Yo me reía. El lloraba. ¿Verdad que los hombres son ridículos y débiles? Su albedrío lo maneja la almohada... Cuando hubo terminado de golpearme, volví a conversarle afablemente: "No te encolerices. ¿Qué culpa tengo yo? ¿No eres asesino? ¿Y esa sangre?" La desesperación del infeliz redobló sus impulsos. Sus mordiscos e injurias afilaban su odio. Con objeto de que terminara le dije de pronto: "¿Y el revólver?" El efecto fué rápido. "Sí. Sí. Sí." Introdujo las manos debajo del colchón y al poco rato, ¡oh delicia! mi piel se empapó de sangre hasta chorrear... El suicidio santifica las manchas. Cristo se suicidó.

* * *

Ignoro el por qué te cuento cosas tan sombrías teniendo en mi memoria recuerdos más solares. He amado mucho. Pero tanto como amé a una pareja de amantes creo no haber amado nunca ni amaré jamás. Se fu-

gaban del mundo para venir en busca de mi ensueño. Cerraban las ventanas de la habitación y abrían las de su locura. Sobre mí erigían castillos de luminosas ilusiones de azúcar. Desde mi dulzura, la existencia era para ellos un vasto cielo recamado de estrellas. Yo les tejía sueños con ensueños de cuentos infantiles... Pero se fueron. ¿Por qué? ¿Adónde? Nunca más los he visto. Sin embargo, algo ha quedado en mí con olor de ataud, con fragancia de féretro. ¿Será que aquí dejaron olvidado el amor? ¿Habrá muerto ese amor?

* * *

Desde aquel tiempo encuentro un placer enfermizo en practicar el odio. El odio es el globo de las almas sin alas. Los seres de estirpe humilde conocen la voluptuosidad del odio refinado. Yo refino mis odios. Desciendo de una estirpe de mansos, de infelices, de doblegados que ignoran la rebelión hasta en el sabio minuto de la muerte. He nacido del vellón de una oveja.

* * *

Conocí un hombre que estaba orgulloso de sufrir el dolor del talento, sin saber que el talento es una enfermedad de la médula espinal. Estaba orgulloso de ostentar ese mal, y lo ostentaba con la culpable impudicia del leproso que enseña sus llagas virulentas, lloronas de podre, lloronas de pus... Se acostaba en esta misma cama. En el interior de su cráneo pululaban rápidamente las ideas. Germinaban con fecundidad cardal. ¡Oh cuántas ideas vi nacer, crecer y morir en aquel cráneo! ¡Cuántas! Muchas. Su cerebro parecía un jardín lujuriante en donde las flores fueran áspides y víboras. De noche, sobre mí, cultivaba esas ideas para saciar con ellas el hambre de la piara insaciable que busca en los libros el veneno que

ha de llenar su alma de calambres de horror, de desilusión y de asco... En lo más difícil y delicado de su obra, yo le soplaba recriminaciones. Le forjaba pesadillas y le plagaba el sueño de tormentas. El, al ver sus ideas desgajadas, arrasadas, destrozadas, se agitaba sobre el colchón y plañía y rugía y sufría...

Yo tenía encerrados sus deseos en la jaula de la impotencia... Así le volví loco... Así le enloquecí...

Pero puedes creer que he sido feliz. Es feliz quien todo lo ve sin sentir nada. Si el hombre pudiera contemplar la vida por encima de los manicomios, anhelaría dejar de ser hombre para transformarse en almohada. La almohada lo puede todo. Ella sugiere lo bueno, lo malo, lo puro, lo impuro, el amor, el odio, el consuelo, la desesperación, la vida, la muerte. Es confesonario. Es anfiteatro. Y es, en fin, el laboratorio donde se elabora el destino del hombre.

* * *

Después... El día se asomó por la ventana.

LA BELLEZA DOLOROSA DE LOS SUEÑOS ANARQUISTAS

—¿Vamos?

Y fuimos. Fuimos lejos. Sin saber adónde. Sin saber para qué. ¿Eso nos inquietaba? No... Éramos tres. Nuestra alma padecía la nostalgia de los placeres inocentes. El corazón necesitaba oxígeno de luna. Estábamos tristes. ¿Por qué? Cada cual cargaba sobre sí el obscuro secreto de su desolación. Enorme secreto que nos pesaba mucho. ¡Mucho!... Nos pesaba tanto, que hasta sentíamos al borde de los labios la confesión libertadora. Pero no. Ninguno dijo nada. Éramos hombres... Cada cual escondióse dentro de sí mismo. La cobardía es una coraza de valientes. Con ella las almas heroicas defienden sus misterios. Mas el silencio suele producir a veces congestión. Debilita. Enferma. Por eso nos ahogábamos.

Ibamos los tres por el gran bulevar. Ibamos como tres pobres niños que desearan tocar el horizonte. Buscábamos la mano maternal del equilibrio. Regresábamos de un banquete. Habíamos querido matar nuestra tristeza en el ensueño de las cosas vedadas. Noé nos protegía.

—¿Adónde vamos?

Y Carlos de Soussens—el lírico de Helvecia que tiene en el cráneo cerebelo de cisne y en la sangre glóbulos de rey—se detuvo. Fué trágico e hizo un gesto en francés. Y señaló por entre los jardines un reflejo muy blanco, que parecía surgir de la arboleda.

—Allí.

Era la fuente de Lola Mora. A su pie, Soussens leyónos un soneto. Fué un soneto vibrante. Una música alada de palabras sutiles y de gracias crueles. Era un soneto musical muy hermoso. El poeta, con inquietante voz, rezaba sus dolientes, sus mágicas, sus bárbaras estrofas. Y no sólo las rezaba, sino que las cantaba. O mejor, las lloraba. O no: las sufría... (Era una congoja de su vida puesta en música helénica).

Cuando finalizó, ninguno dijo nada. El silencio de la noche nos pareció un aplauso. (El aplauso más honroso y más justo para las obras bellas, no viene del ruido que producen dos manos, sino de la conciencia del padre de esas obras). Soussens no lo ignoraba.

* * *

Pero en medio de aquel silencio, oímos un sollozo. Los tres, con desconsuelo, nos miramos. Nuestro asombro nos llenó de asombro más intenso. ¿Cuál de los tres era el que sollozaba?... Ninguno. ¡Cómo!

—Soy yo...

Todos dirigimos la vista hacia el sitio de donde salía aquella voz. Sobre un banco vimos un hombre. Sollozaba... Entonces comprendimos. Era un hermano en Job, en Verlaine y en Satanás. Un vagabundo. Le dimos un abrazo. Y cantamos... Noé nos protegía. Y la luna también.

* * *

Desde esa noche, condecoré al meditabundo solitario con mi loca amistad. La merecía... De todos los borrachos, de todos los ladrones, de todos los asesinos, de todos los artistas que me honran con sus predicaciones filosóficas, ninguno ha sido para mí tan saludable, ni tan bueno, ni tan hondo, como ese inmundo solitario

que lloró bajo el peso formidable de las armonías de Soussens.

* * *

(Una noche. El hombre solitario me escuchaba.)

—¿Cómo te llamas?

—No sé. Pero en *el bajo* me llaman *el anarquista*...

* * *

(Otra noche. En los murallones de los diques. Paseábame yo con él. Pensábamos). Yo hablé:

—¿Por qué te llaman *el anarquista?*

Me miró. ¡Oh! Pero miróme silenciosamente. Su mirada pasó por entre las pestañas como una luz que viniera de lejos.

—¿Por qué me llaman *el anarquista?*

—Sí...

—No lo sé. O mejor dicho: sí. Lo sé demasiado. Me llaman *el anarquista* porque...

Y con esa voz áspera de los que duermen siempre al aire libre, me contó, sin querer, un capítulo raro de su vida de santo, de su vida de piojo, de su vida de artista, de su vida de perro.

* * *

Y fué así:

—Me llaman *el anarquista* porque... ¿Pero para qué quieres conocer el por qué de las cosas? Arriba y abajo: estrellas y charcos. Todo es igual. Lo de arriba se refleja abajo. Lo de abajo mira siempre hacia arriba. El hombre es una eterna aspiración. Me llaman anarquista porque soy un espíritu nuevo. Soy un nervioso. Soy un emisario de lo que está por venir. He traído al mundo la dinamita de mi tristeza. La tristeza es el mejor elemento para destruir lo viejo. Y es, además, el más bello elemento para llegar al triunfo de lo nuevo. "La triste-

za es el fracaso de los hombres", dicen los retrógrados. Por eso me llaman anarquista; porque siendo triste, tengo que ser por fuerza un fracasado. Y tal vez tengan razón. Tal vez yo sea un fracasado. Fracasar es estar en pugna y ser vencido por los conservadores del ideal. Todo aquel que fracasa, todo aquel que está triste, todo aquel que no ríe, es en verdad anarquista. Los triunfadores, los alegres, los placenteros, llevan bajo el pellejo un corazón burgués. Para triunfar hay que ser pacífico. Es necesario vivir en plena paz. Tranquilo. Es preciso tener—para andar por los senderos de la vida—un buen paso de buey. Para ser triunfador, para ser burgués, es imprescindible la espantosa paciencia de la hormiga. Los hombres nerviosos, los que tenemos en la médula ardores de histerismo, los que llevamos en cada gota de sangre un león siempre en acecho, los que somos así, no podemos triunfar. El calor de la lucha nos apaga la vista. El fuego bélico arde en nosotros. Nos quema. Nos muerde. Nos devora. Nos traga. Nos hace gritar. Al oir nuestro lamento, el enemigo, que nos busca, nos encuentra. Y caemos... Al caer, el dolor nos hace tristes. Y la tristeza nos hace sin remedio anarquistas... Cristo fué un anarquista.

* * *

Yo era un hombre feliz. ¿Feliz? Sí. ¿Por qué negarlo? La felicidad tiene los prestigios del alcohol. En el alcohol nuestra alma se sumerge como en un baño tibio. Al principio, nuestra alma se hunde en aquel mar con deleite. Después, con placer. Luego, con goce. Más tarde, con indiferencia... Y por último, con inmenso dolor. (La felicidad degrada nuestra almas...)

Yo era, así como te digo, muy feliz. Me casé en Chile. Mi mujer era bella. Era morena. Además de todas esas pequeñeces, poseía otros pecados más horribles.

Hija de un hombre inteligente, ella también lo era. Tenía fortuna. Sabía que dos y dos son cuatro. No ignoraba tampoco que entre un loco y un cuerdo no hay más distancia que la de una ilusión. Me quería mucho. Nos queríamos demasiado. Por eso nuestra existencia era molesta. No podíamos vivir. El exceso de dicha nos trajo un principio de sentimental hidropesía. El amor nos estragaba el paladar con su dulzura. Por eso, sin duda, mi mujer resolvió abandonarme. Nada me dijo. Se fué, en silencio, como se va una estrella. Y se fué para siempre. No sé qué nuevos brazos le ofrecieron temblores y espasmos que yo no supe darle. No sé qué nuevos labios le prometieron besos que yo no supe sacar de mis entrañas. Y se fué. Yo entonces, al encontrarme solo, me sentí acompañado de mí mismo. Y empecé a luchar para vencerme. ¡Quería ser burgués hasta en la cama!.... Pero no podía. Se nace anarquista como se nace tigre. Se es rinoceronte como se es paloma... Pero una paloma nunca podrá ser rinoceronte. Es la ley...

—¿Después?

—¡Ah, sí! Se me olvidaba. Espera... Después de luchar contra mi propio espíritu, sentí que mi alma continuaba soñando. Soñando en la dulce anarquía de las pasiones que maltratan la carne. Así fué como sentí llegar de nuevo la felicidad. Cierta noche estuve en un teatro de Valparaíso. En un palco encontré a mi mujer. Estaba con su amante. Y estaba tan hermosa, que... Naturalmente. A la salida, la maté de un balazo... No pude evitarlo. Ya te digo: se nace anarquista, hombre libre, hombre nervioso, hombre triste, hombre batallador o se nace buey, o burgués, o caballo...

* * *

Vine a Buenos Aires, sin conocer a nadie. Mi anarquismo creció. Creció con rabia. Y como al mismo tiempo mi tristeza aumentaba, la milinita de mis odios fué con saña creciendo. Dicen que he asesinado a dos vagabundos que vivían conmigo aquí, en el bajo. Es cierto. No lo niego... Dicen que los maté por gusto. Por un placer de artista. Eso no es verdad. Los maté porque no pensaban como yo. Porque me robaban. Uno de ellos me dijo que matar era un pecado de las almas débiles. Y yo, para probarle que los pecados son las virtudes de los hombres fuertes, lo agarré de los brazos, y por encima del murallón lo arrojé al río... El otro me robó un pantalón. Lo asesiné. Le partí el corazón de un lindo hachazo... El hombre muerde cuando le quitan algo. De ahí, de esa lucha entre la paciencia ambiciosa de los bueyes burgueses y los líricos arrebatos de los hombres de nervios, surgen los anarquistas. ¡Fuerte raza de leones!...

El que se siente robado, muerde... ¡Nadie robe y nadie morderá! Si maté a mi mujer fué porque me robó una ilusión, un encanto, una gloria. Si ahogué a mi compañero fué porque intentó quitarme la libertad de mis ideas. Y si asesiné al otro fué porque también robó mi ropa... No estoy arrepentido. Se arrepienten los cobardes. Los que tiene miedo... Estoy conforme con mi suerte. Por la de nadie permutaría mi alma. Soy como soy. Basta. ¿Seré un rebelde? Muy bien. El progreso del mudo necesita rebeldes, luchadores, asesinos, ladrones, borrachos, poetas, artistas, músicos, cantores, anarquistas... Para construir la vida nueva, hay que destruir la vieja. Los elementos que destruyen matando, son necesarios, son buenos para hundir a los elementos que permanecen quietos, inmóviles, con tiesura de obstáculos... Ahora pienso morirme. ¿Será pronto? ¿Será tarde? ¡Ojalá sea pronto!...

Sí. ¡Pobre y sabio amigo de mis noches de rabia! ¡Fué pronto, como tú lo deseabas! Te han muerto ayer... En el paseo Colón, un automóvil te pasó por encima. Te quebrantó los huesos. Y junto con los huesos, la vida... Ya no existes. Lo fuerte destruyó lo debil. La ley—inexorable como el alcohol o la mujer — se ha cumplido. Triunfaste... Yo te saludo en nombre de la hermandad cristiana y en nombre de Luzbel.

LA CRUELDAD DE LOS REYES

(Cuento para niños viejos)

—Abuelito, ¿quiéres contarnos un cuento?

Y ante la exigencia de los nietos, las arrugas del anciano se llenan de una luz muy alegre. ¡Pobre abuelito!... Cuando está alegre y sonríe, su cara me parece una vieja pared con grietas, a través de las cuales se asomara el sol... Vive con sus nietos en una lamentable miseria de conventillo. Cuando los chicos carecen de pan y tienen hambre, el abuelito les cuenta cuentos. Son cuentos fantásticos en donde las hadas, los atorrantes y los reyes viven en hermandad de cementerio. Son reyes, atorrantes y hadas que siempre están contentos, que siempre están bailando, que siempre dicen versos a la luna y a las flores y al cielo. Y que nunca se acuerdan de comer. Son personajes que no usan estómago.

—Sí, abuelito. Cuéntanos un cuento lindo...

Y como mañana es el día de los Reyes Magos, el abuelito accede. Del fondo de su baúl extrae un libro sabio, que tal vez pocos entienden porque es demasiado bueno. Lee... Es la novela de tres reyes ricos de oro y pobres de juventud que una vez al año abandonan sus grutas palatinas para dulcificar con su ilusión la barbarie de los hombres civilizados. Son tres reyes magos que, cubiertos de púrpura, cruzan la soledad del mundo llevando sobre sus espaldas una juguetería. Silenciosos, con la boca perdida en el polo Sur de sus barbas

de nieve, entran en las casas donde hay niños ricos. Nadie los ve entrar. Nadie los ve salir. Mas cuando los niños abren los ojos, sus charolados botines rebosan de juguetes.

—Abuelito, ¿esos reyes van también a las casas de los niños pobres?

El abuelito no contesta. A través de las grietas de la pared ya no se asoma el sol.

—¿Y cuándo vendrán los reyes a casa?

—Esta noche.

* * *

El sueño se ha esparcido sobre la soledad del conventillo. ¿Todos duermen? No. Todos no. Pepito, sentado sobre el duro colchón que le sirve de cama, piensa, ¿En qué piensa Pepito? Yo no sé. El cabo de vela que alumbra el altillo tampoco lo sabe, aunque le sobran deseos de saberlo. Llorando lágrimas de sebo, se esfuerza por retardar su muerte. Quiere saber... De pronto, una creencia ilumina las dudas de Pepito.

—Si los reyes son viejos, tienen que ser buenos...

Con alegría comienza a desnudarse, Se quita los pantalones. En seguida los zapatos... ¡Ah! ¡Los zapatos de Pepito! ¿Quién de ustedes ha visto zapatos más rotos que los de Pepito? Nadie, ¿verdad? Bueno. Pero no hay que culpar a Pepito por el deterioro de sus zapatos. Pepito no tiene la culpa. ¿No es cierto, Pepito? La culpa es de los piés Cada dedo es tan orgulloso, que ha querido abrirse una ventana especial para ver pasar la gente... Pepito se quita los zapatos y los coloca junto a su lecho. Se acuesta. Sueña. Sueña que los reyes magos llegan a su habitación y hacen maniobras heroicas para introducir en sus zapatos la gran vidriera del bazar de la esquina.

* * *

Por la ventana se asoma un personaje. Es *Bartolo*. ¿No saben ustedes quién es *Bartolo? Bartolo* es un gato odioso. Dicen que es hijo de un perro. ¿Será cierto? ¡Qué miedo! Ahora está trepado en la ventana sobre el lecho de Pepito. Tiene el aspecto de un ladrón... Yo no quisiera ofender la dignidad de los gatos, pero creo que los gatos no son personas decentes. Un animal que sabe esconder las uñas no puede ser hombre honrado... Al principio *Bartolo* tiene miedo de bajar, pero se decide. Y descolgándose de la ventana, salta por encima de Pepito. Contempla un instante los zapatos vacíos. Luego les echa un zarpazo. Los toma entre sus dientes y sube a la ventana. Y se va... Se va con ellos.

"Atajen a *Bartolo*. Atajen al ladrón", quiere gritar el cabito de vela. No puede. Se está muriendo. Se apaga... Pepito duerme todavía soñando con la vidriera .. Al despertarse estira un brazo, maquinalmente, ansiosamente, desoladamente. Y no encuentra nada Abre los ojos. Tampoco. Nada. Nada. ¿Y la vidriera del bazar de la esquina? ¿ Y los zapatos? ¡Ah, gran Dios! ¿Dónde están los zapatos de Pepito? ¡Cabito de vela, resucita y cuéntale quién se los ha llevado!...

¡Pobre nene! ¡Cómo llora! Las lágrimas le caen por el pecho y las piernas como una lluvia tibia. ¿Verdad que el llanto de un niño es triste como el de los viejos? El niño que llora por una desgracia, pierde sus alas. En cada lágrimas se le va una pluma... Un niño inmóvil, acostado en un cajón de pino, bajo muchas flores y entre cuatro velas, es un espectáculo más bello, más admirable, más consolador que un Pepito llorando. Llorando porque tres miserables reyes millonarios le negaron la ofrenda de su magia.

En un impulso de ansiedad febril, Pepito se sienta al borde de la cama. Mira a todas partes.

Del fondo de sus ojos ingenuos, repletos de porvenir, surgen interrogaciones agresivas... Y comprende.

Los pícaros reyes, tras de no dejarle ni un solo juguete, le llevaron hasta los zapatos... ¿Y por qué, señores? ¡Ah! Porque es pobre. ¿Y es necesario que los niños ricos sean más felices que los niños pobres? ¿Entonces los reyes se parecen a *Bartolo?* ¿Entonces los reyes protegen solamente a los muchachitos que poseen zapatos de charol sin ventanas para los dedos de los piés? ¡Malos!... ¡Malos!... Y vean ustedes el efecto que produce la crueldad de los reyes en la candidez espiritual de los niños: ahora el alma joven de Pepito ha envejecido diez años, veinte años, cien años. Ahora Pepito ve la vida por arriba de la filosofía de los libros. Ahora sabe que el odio tiene sabor de caramelo. Ahora comprende el por qué los hombres se suicidan. Ahora comprende el por qué los calabozos están llenos de niños...

UN VICARIO DE CRISTO EN LA TIERRA

Vedlo...

Cuando yo le vi por vez primera, parecióme un grotesco espíritu de mal venido de otras épocas. Un falso Zaratustra. Un imbécil... Pero poco después, cuando le vi de nuevo, comprendí quien era... Entonces parecióme un divino loco, de alma loca, de locura de pájaro. Un divino loco, de alma loca, caído por error de las estrellas... Y le vi tan triste y le ví tan rotoso y le ví tan miserable y tan encantador y tan inmundo y tan extraño, que le di en un abrazo mi amistad más devota... Desde aquel día, el pobre viejecito de las barbas plateadas me odió con todo el odio de su Espíritu Santo...

—¿Es un filósofo? ¿Es un sacerdote? ¿Es un enfermo?

—No. No es un filósofo. No es un sacerdote. Tampoco es un enfermo.. Es algo más. Y es también algo menos. Es simplemente un Vicario de Cristo...

—¡Cómo!

—Sí.

* * *

Vive en los alrededores de la ciudad. En la Floresta... Una antigua cabaña de paja sírvele de alcoba. Allí vive feliz.

—¿Feliz?

—¿Por qué no? Es feliz quien no sufre el peso de la vida ruidosa. Pero no. Yo no debo repetir como mías sus palabras de sabio. ¿Queréis oirlo?

Oid:

"Soy el único representante de Cristo sobre la tierra. Yo he venido al mundo enviado por mi Dios, para predicar, no el prodigio de la vida celeste, sino el encanto de los corazones terrenales. Yo recorro las calles predicando silenciosamente el amor, la caridad, la dulzura, el desprecio a la vida... Yo predico con mi ejemplo. Mis harapos son mis opiniones. Mis sonrisas humildes son mis más bellas, mis mejores ideas... El Papa, los arzobispos, los curas que se visten de oro, que se acuestan en camas mullidas, que se alimentan con manjares de reyes, que beben vinos raros; todos esos dominantes caballeros del hábito negro predican con ejemplos de santos que ya han muerto. O de santos que no han muerto porque nunca existieron... ¿Por qué, ya que son los vicarios del sublime errabundo que se llamó Jesús, por qué no imitan al lírico estupendo de Jerusalén? ¿Por qué no se desprenden de sus regias alhajas, de sus oros bruñidos, de sus piedras preciosas, de sus suaves perfumes, de sus coches de lujo, para apagar el hambre de los pobres? ¿Por qué no se visten, como yo, de harapos, para tener razón al predicar las verdades de Cristo?...

"No. Esos hombres no son representantes del maestro genial. Son los traficantes de su religión. Son ladrones de un tesoro prohibido. Son polillas del madero cristiano. Son, en fin, son...

"En cambio, véame a mí. Pobre. Solitario. A veces con hambre. Con pobreza siempre... Soy la figura legítima del apóstol verdadero. Inteligente. Orgulloso de mi propia médula. Conocedor consciente de todos los secretos de la Biblia. Pude ser sacerdote. Pude decir misa. Pude pasearme en coche. Y ser obispo. Y confesar a mujeres bonitas para incitarlas a cometer conmigo pecados más hermosos que los que me confesaran al oído...

"Pero no quise. Lleno de la humildad despreciativa de los estetas griegos y repleto de Dios, he preferido vi-

vir en la soledad y en el silencio... ¿Sabe usted que es la soledad? La esposa incorruptible de los sabios. Es la atmósfera de las grandes ideas... ¿Y sabe usted que es el silencio? El compañero inseparable de los gérmenes. Es el que apresura el parto de los triunfos...

* * *

"A mi cabaña viene mucha gente. Todos vienen a pedirme consejos. Yo se los doy gratuitamente y se los doy por crueldad hacia ellos mismos, porque los consejos no sirven para nada...

"Lo único que exijo es que nadie me llame *amigo*. No quiero amistades. La amistad es un amor que se avinagra. No me gusta la leche, porque el exceso de calor la agría... Amo el hierro. Soy Vicario de Cristo. De noche su imagen me visita en sueños. Hablo con El. El me instruye. Me habla...

* * *

"Y si a pesar de todo sigo viviendo en esta deliciosa miseria, es porque Dios me ordena que así viva. Quiere que así goce. Quiere que así los hombres aprendan, beban, absorban en mí el ejemplo de la triste verdad de su destino. Ya ves, hijo mío...

"Existe una guerra enorme entre el portero de un arzobispo y las leyes divinas. Hoy en día, la pobreza de Cristo es elogiada bajo capas suntuosas que valen muchos millones de apetitos humanos...

"No obstante los progresos del alma, el pesebre de Belén, transformado en palacio arzobispal, sigue siendo un pesebre.

* * *

"Pero escucha: el mundo gira mal. Dentro de poco la humanidad veráse atracada por una epidemia humanitaria. Yo pronostico la locura universal...

* * *

"¡Yo pronostico la locura universal!... ¿Oyes? Y no habrá salvación para nadie. Dios lo manda. La gente perderá la razón y el Papa, los arzobispos, los obispos, los curas, se arrancarán sus trajes lujosísimos para venir a mi cabaña a bendecirme, a adorarme, a imitarme, a pedirme perdón...

"Pero yo, al verlos venir, me moriré de asco."

* * *

Cuando el profeta concluyó de hablar, tenía los ojos líquidos de lágrimas. Era en aquel instante el hombre más razonable de la tierra. Me miró. Y al ver sus ojos, comprendí que acababa de predicarme una verdad... Pensé que tenía razón. Pensé que vale más el asco de la muerte que el asco que produce un hombre arrepentido... ¡Un hombre que se desnuda de su orgullo, de su altivez y de sus méritos, para arrodillarse a las plantas de otro hombre y pedirle perdón por sus delitos!...

* * *

No he vuelto más a la cabaña del apóstol. Quien me enseñó verdades dolorosas, merece el puntapié de mi desprecio. No lo perdono. Pero lo admiro. Lo admiro como se adora a la mujer amada, que, con su amor, nos rompe el corazón a hachazos...

LOS LIBROS VIEJOS

Los libros viejos, los libros expósitos, los libros que dormitan en el ostracismo de los cambalaches, revestidos de polvo como abuelos perdidos en la selva del olvido filial, esos libros son para mí cual vastos cementerios que encierran las memorias de las vidas anónimas y obscuras que bebieron en ellos, con la fe y el ansia del sediento, venenos y elixires. En cada uno de esos libros hay un mundo subterráneo de cadáveres que hablan. Cada hoja, cada página, significa un fosa que aprisiona un recuerdo. Por eso, al entrar en el *Bric a Brac,* donde compro libros vetustos, siento la caricia de una frialdad de tumba. Y en cada libro presiento el continuo bullir de un mar profundo ,revuelto por algo que no se ve, por algo que no se oye...

* * *

Entro. Una pequeña habitación se graba en mi retina. Las cuatro paredes se extravían en una estantería superpuesta que desde el pavimento sube al techo. En cada anaquèl, hileras de libros enseñan sus lomos averiados, sus lomos castigados por el roce del tiempo como lomos de bestias azotadas por la furia del látigo. En el centro de la pieza un mostrador se agobia bajo pirámides, obeliscos y montículos de libros marchitos, tras de los que espejean los vidrios de unos lentes que prestan humanitaria ayuda a la invalidez de unos ojos seniles, húmedos y cansados, semejantes a astrólogos que de tanto mirar

lo invisible, de tanto escudriñar lo inescrutable, ya no pueden ver nada... En los ángulos de la habitación, rimeros de libros alzan su grandeza excomulgada. Hay libros esparcidos en el suelo. Los hay sobre cajones, sobre sillas, en todas partes, cual migas de un festín, cual escombros de un derrumbamiento. Y cada libro que tomo entre mis dedos, murmura con el murmurar de una colmena henchida. Hojeo. Hojeo. Y las hojas pasan. Pasan lentamente, y al pasar, de cada página se yerguen cadáveres de cosas que vivieron. Cadáveres de recuerdos proscritos.

* * *

Tomo un libro. El más viejo de todos. Es un libro de amor hiperbólico. Es un libro triste. Es un libro alegre. Libro de amores melenudos y de espadachines quijotescos. Libro de amores que deslizan su génesis, su triunfo y su agonía bajo rayos de luna de papel plateado y entre quejas lánguidas de violín enfermizo.

¿Dónde ha estado este libro? Es ya viejo. Su vida ha sido extensa, inconmensurable y sin final, como un minuto de dolor. ¿Qué manos han tenido este libro? ¿Qué ojos han bajado hasta las líneas de este viejo libro?... Callemos! El alma de las cosas habla. Los cadáveres se exhuman para narrar la historia de este libro anciano. El libro de los amores habla:

* * *

"Mi nombre tentó la tentación de una niñez muy rubia, de quince años floridos, que me llevó consigo en la ternura tibia de su seno incipiente. Pronto comprendí que el móvil que la guiaba a llevarme así, oculto, tan protegido y recóndito, debíase al temor de que en su casa la mamá me viera. Y desde aquel instante hubo entre nos-

otros la complicidad de un beso pecador. El misterio nos unió fuertemente. Por eso, por el misterio, la quería. Por eso, por el misterio, me quería...

"De noche, cuando todos en la casa dormían, la blanca mano de la niña rubia me desenterraba de un baúl en cuyo fondo varias medallas, estampas, escapularios y muchos otros recuerdos pueriles de mi dueña sombreaban mi existir de nostalgia con el relato de sus vidas místicas. La niña me tomaba entre sus dedos. Colocábame sobre la marmórea heladez del velador y comenzaba a desprenderse los vestidos, a quitarse las ropas... Yo veía y callaba. En seguida se introducía en la cama... Entonces simulaba ser una alhaja de metal precioso escondiéndose en la blancura aterciopelada de un estuche blanco. La rubia cabecita surgía sobre la almohada y una mano volvía a tomarme con los dedos... La niña me leía... Me leía. Yo me dejaba leer con la placidez que gozan los que son comprendidos. Y cuando sus ojos claros corrían sobre las líneas de mis páginas, yo sentía una extraña comezón de besos. Un prurito muy sutil de besos... Y temblaba. En las escenas tristes, cuando yo le contaba con apresuramiento una cosa sombría, un arranque de celos o el nacimiento de una desesperanza, la niña sollozaba con el sollozo de mis personajes. Otras veces, cuando yo le mostraba la adustez del obstáculo en que el amor de mis protagonistas tropezaba, el pecho de mi dueña surgía en un impulso de briosa voluntad, como si con el impulso de su pecho virgíneo hubiera ensayado derribar el obstáculo. Y cuando flotaba sobre las claridades de algunas escenas la odiosidad de un personaje enhiesto y malquerido, entonces la niña me estrujaba y apretaba los dientes. Pero en cambio, cuando yo desplegaba el regio panorama solar de una escena de amor sobre un banco, entre caricias, besos y flores, entonces me llevaba a sus

labios, me besaba, y así me tenía un rato... ¡Largo y breve rato!.... Y sus ojos, ojos que ya no veré nunca, se clavaban extáticos en el cielorraso de la habitación, cual si los bien amados aguardaran a que el techo abriera un intersticio para dar paso a la luna, por cuyos rayos bajaría *el príncipe azul.* El hombre que revela el enigma.

"Luego los dedos se desmayaban y desde los labios de la rubia yo caía por entre las cobijas de la cama. Me extraviaba en las soñaciones de mi sueño. Soñaba que era hombre...

* * *

"Esta vida feliz transcurrió en la brevedad de muchas noches. Después, todo acabó. Y como un viejo príncipe caduco que llevara la juventud en el fondo de la entraña y la frialdad senil en la epidermis, se me dejó olvidado, allá en el fúnebre baúl de los recuerdos expatriados. Innumerables fueron los días que mi tristeza vió pasar, uno a uno... Hasta que cierta vez, una mano mugrienta, una mano adusta, una mano sahumada con olor de cocina, se introdujo en la soledad de mi destierro. Me robó. En pocos días envejecí diez años. Mis tapas se vistieron de duelo. Mis hojas se enlodaron de pringue. Caí en manos de la servidumbre. Y mi vida se aclimató a esa vida, pues es tal nuestra naturaleza, que hasta en las púas de la congoja sentimos la voluptuosa suavidad de la seda. Hallé en aquella existencia miserable un extraño goce compasivo. Fuí el héroe de las veladas de cocina. En las noches frías, yo desempolvaba y esgrimía el amor y el odio de mis personajes paradógicos. Las cocineras, niñeras, cocheros y mucamos que escuchaban mis frases, veían desfilar impacientes la complicada procesión de mis títeres. Reían con la risa de ellos. Aquella era mi gloria. De ella caí como sol que cae. Como creencia que muere...

* * *

"Y lleváronme a la cama de una pobre chica, deshojada flor de vicio. Fuí regalo de un cochero. La chica estaba enferma de exceso de amores. Y se moría. Extenuada. Exangüe. Se moría, cual esas mariposas que viven y mueren en la misma luz de que nacieron. Los negros ojos de la pobrecita, lejanos allá en el fondo de las cuencas y obscuros como peligros de ensueño, fulguraban de rato en rato ante mis líneas. Y mis líneas titilaban ante la ternura conmovida de esos ojos. Y yo temblaba todo entero, enterito, en sus largas manos flacas, llenas de sudor frío. Temblaba como enamorado que da un beso. Y ella, la tísica, la moribunda, me apretaba y besaba con el mismo fervor con que me apretaba y besaba mi dueña primitiva, la rubia. Una tarde sin sol, sin luz, sin pájaros, pero en cambio con frío, con sombras, con espectros mudos, caí hasta el suelo desde aquellos dedos, que se distendieron para siempre cual pétalos de una flor moribunda... Caí.

* * *

"Desde aquella fúnebre caída he tenido muchas otras caídas. ¿A qué contarlas? Mi aspecto las delata sugiriendo mi historia. Historia de melancólicos ocasos y de madrugadas de esplendor. Historia de capítulos que entrañan toda la dicha de la desdicha y toda la desdicha de la dicha. He gozado como un hombre, en la pena. He sufrido como un hombre, en el goce. Y aquí estoy. Desde el bolsillo de un anciano filósofo que por amor de mujer se hizo poeta y que por odio a los hombres bambolea su filosofía por los arrabales, he llegado hasta aquí, traído, arrastrado, despeñado por la inmensa y formidable fuerza que gobierna y maneja las pasiones del hombre: el hambre. Y aquí estoy en este mundo de inválidos, en donde, como en el mundo de la humanidad, se compra todo lo que se vende y se vende todo lo que se compra.

Llévame. Eres descendiente de Icaro. Llévame contigo a tu silencio. Al pacífico silencio de tu soledad, donde las cosas muertas saben más ciencia que las cosas que viven..."

* * *

Por diez céntimos adquirí ese libro. Y todas las noches habla. Habla como un sabio que fuera muy viejo y como un viejo que fuera muy sabio...

LA SACERDOTISA

En la tibia soledad de la plaza, la dureza hospitalaria del banco atrajo las haraganerías del filósofo. El banco y el solitario se miraron. Se miraron amigablemente, cariñosamente, como dos fieles enemigos muy secretos que desearan hacerse grave daño. Después el hombre se sentó Y quedóse dormido...

Soñó.

* * *

—Señora: ruego a usted se sirva dar instrucciones a su gata para que no vuelva a molestarme. De lo contrario ,mataré a ese animal. Buenas tardes.

—Pero, señor...

—Creo haberle dicho lo suficiente. Su gata me molesta. Si ella sufre del corazón o del estómago, que elija otra azotea para cantar sus melodías. Buenas tardes.

—Pero, señor...

* * *

El señor no quiso escuchar. Aunque era de noche, repitió "Buenas tardes" y bajó como un rayo, arrancando lamentos a la escalera del desván. La dueña del gato, una vieja, quedó inmovilizada ante la fuga rápida de aquel hombre furioso... Era su vecino... Y además, era inglés. Dos cosas malas para la salud de una gata... La vieja vivía en el fondo del conventillo, dentro de las cuatro paredes de una pequeñísima pieza alta que, aunque

limpia, era un verdadero nido de miseria. Vivía sola. Es decir, con la gata. Una gatita muy extraña. Muy joven. Muy linda. Muy rara... ¿Rara? ¡Oh, sí! Tan rara, que cuando maullaba lo hacía como un niño. Cuando dormía se asemejaba a un perro. Cuando abría los ojos parecía un asesino. Pero sobre la pequeñez de estas fealdades, poseía una magia irresistible. Tenía la fuerza de su sexo. Era gata... En el barrio gozaba de una popularidad bien adquirida. Merodeaba por las azoteas. Husmeaba misterios como las lechuzas. Muchos la odiaban. En cambio algunos la querían. La llamaban. La obsequiaban. Generalmente, causaba desconfianza por el maleficio de su horrible belleza. Alguien había dicho que quien la acariciaba se moría. A veces, en los crepúsculos o en mitad de la noche, oíanse detonaciones. Eran tiros. Los vecinos probaban su puntería en el lomo de la gata endiablada, que huía exhalando aullidos de mujer. Entonces daba miedo...

* * *

El inglés debía ser un valiente. A pesar de la enigmática leyenda de brujería que circundaba a la solitaria vieja y a su gata atrevióse a subir al altillo. Estaba furioso. Con razón. El animal lo molestaba. Todas las noches sentíalo pasear y revolcarse sobre el techo de su alcoba, maullando en su acordeón felina himnos epitalámicos... Eran himnos simbólicos... El inglés no podía dormir. Por eso tuvo otra irrupción de encono:

—Señora: ruego a usted se sirva dar instrucciones a su gata para que no vuelva a molestarme. De lo contrario, mataré a ese animal. "Buenas tardes".

La anciana llamó a su gata.

—Oye, gatita. El vecino se ha quejado de que usas el techo de su cuarto como jardín de recreo. Si vuelves a molestarlo, te matará. ¿Qué piensas?...

La gata pensaba. Mas no reveló su pensamiento. Hay gatas que tienen el exquisito gusto de imitar las costumbres humanas.

—Creo haber hablado claramente. Ten cuidado. Te quiero mucho. Y si te matan, moriré de soledad...

La gata dió media vuelta. Le disgustaba el amor de aquella vieja. Se acostó en un rincón. Lavóse la cara con la pata izquierda. Mal presagio. Cerró los ojos. Durmió... ¿Durmió? Cuando las gatas o las mujeres duermen, ¿hay siempre seguridad de que duermen?

* * *

Al día siguiente, el animal había desaparecido. La vieja lo buscó. Lo buscó en el patio, en la calle, en todas partes. Nadie lo había visto. ¿Dónde estaría? Quizá el inglés lo habría destripado deliciosamente... La vieja subió a su cuarto llorando, desesperada, ahogada por la angustia. Arrodillóse ante la cama. Y rezó. Rezó por la gata. Rezó mucho, muchísimo, para que volviera... De pronto, la puerta se abrió. Por la rendija penetró un viento helado. Un soplo de viento helado que dolía como las puñaladas o como las dudas... Una fragancia de alquitrán y de flores impregnó el ambiente... La anciana no pudo persignarse. Miró hacia la puerta. Y como en el último capítulo de los dramas antiguos, lanzó un grito espantoso. Retrocedió hasta la cama. Derribó una silla. Cada arruga de su cara senil era una mueca de terror. Sus dedos temblorosos de cobardía se hundieron en la cobijas como garfios. ¿Qué viento de tormenta, de crimen, de sepulcro había penetrado por aquella rendija? Era la gata que regresaba del infierno. Entró con la hipócrita humildad de las ratas. La cabeza baja. La cola entre las patas... Detrás, surgió un fantasma. Todo blanco. Traía una guadaña. Una guadaña filosa y temible

cual las mentiras de un sabio o como las verdades de un loco... Una calavera y dos brazos se destacaron en la blancura del sudario. Aquel esqueleto iba en busca de la vieja. La gata lo había traído. Las gatas son sacerdotisas de la muerte. El inglés lo sabía. La vieja amaba a la gata. Las gatas se ríen de la sinceridad del amor. Matan a quien las ama... Hombres, hermanos míos, os doy esta metáfora: "Huid de las gatas. Huid..." Así debió hablar Zaratustra...

* * *

La anciana rodó por el suelo. Y cuando el fantasma tomóla del cabello, llevándosela por los aires, la gata subió a la ventana para presenciar la carrera vertiginosa de la Muerte. Y sus ojos vieron que el espectro arrastraba consigo a muchos otros seres condenados a llevar eternamente sobre las espaldas del espíritu el imperdonable pecado de amar... Iban a la tumba, rugiendo, rugiendo, rugiendo, en un vuelo macabro de locura y de cuervos... A lo lejos, el cementerio, lleno de experiencia y de muerte, en el silencio de sus tristes paredes y la mudez de sus flacos cipreses, mostraba su ironía junto al ruido feliz de una locomotora que avanzaba escoltada por vagones ahitos de esperanza, de vida, de inocencia, de fe... Y la gata, frente al trágico epigrama del contraste, sonrió desde la ventana. Sonrió con su legendaria sonrisa de maga. Sonrió con una sonrisa tan agresiva, tan criminal, tan hermosa y tan fea, que un perro que pasaba por el patio creyó que aquella gata era alguna mujer. Y olvidando su rencor atávico, la miró sin odio. Y levantó una pata...

* * *

—¡Eh! ¡Arriba!... ¿No sabe que está prohibido dormir en los bancos de la plaza?

El solitario abrió la boca. Abrió los ojos y se despertezó muy lentamente. El guardián lo sacudió con brusquedad:

—Le digo que se levante...

Dormido sobre un banco, había soñado un cuento. Paciencia... Se puso de pie. Y empezó a andar. Soñando de nuevo. Soñando otro cuento. El de su propia vida... ¡Paciencia!

EL FINAL DE DON JUAN PEREZ

Ahí está. ¡Pobrecito! Estirado, boca arriba, con los ojos cerrados, mi amigo don Juan Pérez agoniza. Se está muriendo. Llegó anoche con un resfrío espantoso. Pidió a su mujer que le aplicara algún medicamento y se acostó en la cama. En seguida comenzó a delirar. Y ahora se está muriendo... Los parientes más cercanos de don Juan andan por la casa como duendes. A fin de no hacer ruido, tropiezan con puertas, sillas y cajones, metiendo un ruido bárbaro. El llamador de la puerta de calle parece que también está enfermo. Lo han fajado como si fuera un niño. (La magnífica idea de fajar el llamador pertenece a doña Juana Pérez, esposa de don Juan.) El trapo amortigua los golpes de la gente que llega. Pero como adentro ninguno oye, la gente está obligada a llamar con las manos, con los piés y con la garganta. De ahí resulta que el enfermo se muere en medio de una tormenta de zapateos, de gritos y de tropezones. Poco a poco, la palidez aumenta en el rostro de don Juan. Es indudable. Dentro de pocas horas o de pocos minutos, don Juan Pérez pasará a disfrutar los honores divinos. Lo peor es que no habla. Está silencioso. Con los ojos cerrados. Mudo... En torno de la cama, lloran los hijos, la mujer, los nietos, los yernos, la suegra, los sobrinos, los cuñados, el almacenero de la esquina, la mucama, la cocinera, el perro, etcétera. De pronto, don Juan se estremece desde los pies a la cabe-

za. Abre los ojos. Mira a los que lo circundan. En sus pupilas hay una explosión de asombro. Todos se abalanzan sobre don Juan.

—¿Papa, quiéres confesarte?

—¿Esposo mío, te vas a morir? ¡No te mueras!

—¿Quiére usted que llamemos a un sacerdote?

—No hable, don Juan. Puede hacerle daño. No hable...

—¿Quiéres hacer testamento?

Pero don Juan Pérez vuelve a cerrar los ojos. Y por única contestación a tanta preguntas, se muere. Pero muere sencillamente. Abre tres veces la boca. Son tres boqueadas. Con la última lanza un suspiro. Y todos los parientes, en coro, comienzan a llorar. ¡Cómo lloran! Unos chillan. Los otros ladran. Aquéllos se arrancan los cabellos. Estos rebuznan. Ese maulla. El otro grazna... Hay que dejarlos llorar. El llanto no estorba. Es un alivio. Depura la sangre. (Está probado químicamente).

¡Don Juan Pérez ha muerto!

* * *

La noticia corre con prodigiosa ligereza. El barrio está consternado. Todos se admiran. Nadie quiere creer. Es una muerte inesperada.

"¡Oh! ¡quién lo diría!", exclama el zapatero. "Tan robusto", dice el sastre. "Tan bueno", solloza la lavandera. "Tan simpático", murmura la planchadora. "Tan amable... Tan... Tan... Tan...".

Rataplán. El parche suena como de costumbre. Los hombres muertos siempre son buenos. Y simpáticos. Y robustos. La muerte es un jabón de mágicos efectos. Lava todas las manchas. Hace olvidar...

* * *

Ahora, en la casa mortuaria, se discute. Se discute qué clase de vestido ha dé llevar a la tumba don Juan

Pérez. Se habla de modas. Se aducen razones de París. Se citan códigos. Hay quien pide la mortaja de raso. Otros abogan por que se le entierre de frac. Al fin se resuelve ponerle un traje verde. Muy verde. Tan verde que parece un manojo de alfalfa... Llega el cajón. Se discute nuevamente. Unos dicen que la cabeza del muerto debe ir en el sitio de los pies. Otros dicen lo contrario. Alguien, resolviendo el conflicto, se lleva el cajón a la sala. Las paredes están enlutadas con grandes merinos, que yo he visto en otros muchos velorios. Observados de cerca, se ve que estos merinos son un excelente caldo de cultivo... Las velas alumbran, enlutadas militarmente. En un rincón de la sala está de pie una enorme levita. La levita tiene un negro adentro. Es un empleado de las pompas fúnebres.

***

El cajón parece un pesebre. Desde la verde alfalfa de su traje, don Juan Peréz contempla ahora en el rostro de todos, el doloroso sentimiento que su cadáver produce. Las relaciones van llegando al velorio. En el zaguán saludan a cualquier deudo del fallecido:

—Resignación, amigo... ¡Qué le vamos a hacer al dolor!

Luego penetran en la sala. Se aproximan al cajón. Miran el rostro del extinto.

Menean la cabeza. Suspiran:

—¡Pobre! Tan bueno...

Se sientan. Cabizbajos. Serios... Poco a poco van echando miradas sobre la concurrencia. Observan. Cuando la sala está llena, algunos hombres van saliendo al patio. Ceden sus asientos a las señoras. Lo hacen por cortesía. Por cortesía al comedor... (Cerca del patio está el comedor). Como en el patio hay mucho relente, pa-

san a tomar algo. En el comedor se conversa. Además, se fuma en abundancia. Se fuman cigarros del muerto. (El número de hombres corteses aumenta, porque el comedor está lleno...) Una negrita reparte coñac, anís, ginebra, café, galletitas, chocolate, etc.... En el salón la concurrencia disminuye. ¡Pobre don Juan! ¡Mientras él está inmóvil, sin poderse mover, adivina que le están fumando los cigarros y bebiendo el coñac!...

En la capilla ardiente, la enorme levita se ha dormido. Dentro de la levita se ha dormido también el negro de las pompas fúnebres. En un rincón, una anciana relata la agonía de don Juan.

—¡Pobre! ¡Se quedó como un angelito!

Junto a ella, otra señora dice:

—¡Oh! El pobrecito tuvo sus cosas. ¡En fin!... ¡Dios lo perdone!

Una dama pregunta:

—¿Quién es aquella señora que no cesa de llorar?

—Es la suegra de don Juan Pérez.

—¡Ah! ¡Magdalena arrepentida!

En un ángulo de la sala. Un joven lampiño y una joven morena, muy hermosa. Diálogo:

—Sí, Angelita. Ahora que nadie nos ve... Todos están durmiendo.

—No. No. Manolo.

—Sí. Uno solo. Uno solito. ¿Quiéres? Ahi, sobre el lunarcito...

—No. No quiero. El muerto nos mira...

(Estalla unbeso).

—¡Ay, qué rico!

—¡Pícaro!...

Y allá, en el extremo opuesto de la sala, una vieja arrodillada dice también palabritas muy dulces:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia...

***

En el comedor, el sentimiento originado por la muerte de don Juan disminuye con el alcohol de las botellas. Se habla fuerte. Se grita. De repente todos callan.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Quién viene?

—¡Es un pariente del muerto!

* * *

A la mañana siguiente, los diarios sollozan en la crónica social: "Víctima de una dolorosa enfermedad, ha fallecido ayer el distinguido caballero don Juan Pérez, persona de relevantes dotes intelectuales y morales, etc. Conforme circuló la fatal noticia, numerosas y distinguidas personas con el ánimo atribulado acudieron a la casa mortuaria a llorar sobre el cadáver del extinto". Etc., etc....

El entierro. Las gentes se amontonan en la vereda. Están alegres. Un paseo en coche no es motivo de tristeza. Entre los sollozos de las mujeres, los deudos sacan la caja. Todos se descubren. La fúnebre comitiva trata de ubicarse en los carruajes. El convoy se pone en marcha. Llegan al cementerio. Todas las fisonomías cambian de aspecto. Los que lloraban lloran más. Los que sonreían se quedan serios. Viene un sacerdote. Cuatro latines. Un poco de agua bendita, etc.

—¡Adiós!

Los enterradores van a cumplir su misión. Arman sus lazos. Ya está. Vedlos. Pero no. De repente se oye una voz:

—¡Un momento!

Todos se empinan para ver lo que pasa. Ven a un señor. Viste correctamente. Con el cabello algo alborotado parece un poeta, un músico o un peluquero. Es un

señor que tiene varios pliegos en las manos. La concurrencia escucha.

—Señores: dolorosamente conmovido por la... por la... etc., etc.

* * *

Después... Un crujimiento de poleas. El pausado descenso de un cadáver. Y luego, un don Juan Pérez que cae en el olvido.

CAMARA OBSCURA

Al pasar, el escaparate de la fotografía me detiene. Desde el monócromo fondo de las cartulinas enfiladas, hombres, mujeres y niños, en actidud melodramática, con miradas de títere y ademanes de estatua, ruéganme que les mire y admire.

Yo los veo sin mirarles. Ellos me miran sin verme.

Grotesca muchedumbre de cartón pintado. Mártires del objetivo y de la pose. Pobre gente disforme que se yergue, desarrúgase y estírase en la humareda de su fatuidad, para mostrar que ella no es tal cual es, sino como ambiciona ser. Tendencia fatal del aerostato. Atávico delirio de la vida. Icaro.

Yo los veo.

Hay hombres, mujeres y niños, cuyo aspecto evoca en mi retina la visión de picaderos de circo y escenarios teatrales. Zanahorias y payasos. Actrices y actores. Caras sombrías ofuscadas por seriedad dogmática. Caras que sonríen. Caras que ríen con risa que es gelasmo. Caras que muecan y que enseñan los dientes gelasinos, mintiendo una dicha que no gozan. Bocas amplias que fingen ser pequeñas. Párpados que se desmayan estudiadamente sobre pupilas moribundas de coquetería. Ojos pequeños que se dilatan como queriendo huir de la región oftálmica. Vestidos abigarrados, polícromos, que, bajo cabezas sugestivas, tienen matices tristes que sonríen o alegres tintes que sollozan. Levitas que simulan plumajes de aves negras. Gesticulaciones de titís. Escotes que murmuran el secreto que guardan los corpiños. Pudibundeces místicas del mirar de Cleo. Guantes que maldicen de los dedos que

os calzan. Almidonados cuellos y pecheras radiantes, estrictas cual armaduras quijotescas. Obras de arte peluqueril. Cabelleras lacias, enaceitadas, bruñidas. Jopos piramidales que cuentan largas horas perdidas ante los espejos. Cabelleras hostiles a la autoridad del cepillo, infractoras a la ley de los peines. Bigotes que melancolizan las bocas con la tristeza de los sauces llorones y bigotes altivos, engomados de cosmético, que intentan subir hasta el sombrero, bajo narices de Cyranos huecos. Miradas de amor a la mujer odiada. Suegras que sonríen a los yernos. Botines de charol. Zuecos de tano. Costureras y damas. Jorobados que se empinan. Gigantes que se aminoran. Maniquíes de novios que ponen todo su empeño en desaparecer tras las cadenas de los relojes, los espárragos de los guantes y los difusos abanicos abiertos. Ancianidades de abuelos entre infancias de nietos. Velos de primera comunión sobre ojos divagando en un irrisorio arrobamiento místico que gráficamente resulta éxtasis de libidinosidad precoz. Niños en camisa. Niños desnudos luciendo carnaciones pletóricas o epidermis de icteria. Zapateros que parecen doctores. Doctores que parecen lecheros. Clientes de fondín, de calzado tosco y de chambergo, fumando en pipa, arrellanados en lujosas poltronas, entre mobiliarios de salón de baile. Señoritas de vestidos sedeños, leyendo libros puestos del revés en una perspectiva de hojarasca verde... Romanticismos copiados de los amantes de Teruel. Arrugas de dolor, de senectud, de vicio. Cabezas pensativas de hombres que no piensan en nada. Damas sentadas en el borde de las sillas para mejor lucir la cola de sus trajes. Manos extendidas sobre las faldas para dejar ver los anillos de los dedos.

* * *

Comedia humana. Divina comedia. Pecado original. ¡Triunfo del *Yo*... D'Annunzio!

UN ARTISTA MISTERIOSO

Helo aquí. Miradlo... Bajo su aspecto rudo de sacerdote campesino, se oculta un hombre extraño. Tiene la modestia de los orgullosos y la sencillez de los ciegos. Es un artista de locura consciente. Un visionario. Sobre las calidades de su médula, los doctores de la ciencia y del arte no han podido pronunciar todavía la palabra final. Quizá tenga talento. Tal vez sea un loco...

La vida de este espíritu raro atrae más que sus telas. El bíblico misterio que llena sus cuadros de incomprensibles explosiones de luz y fantasmas de sombra, se extiende hasta su vida... Pero ¿es en verdad un artista? No intentéis preguntarlo. Pero ¿es entonces un loco? Silencio. No penséis que sea un loco. Le haríais demasiado bien o poco mal... ¿Qué es, en fin? Un alumno de Nietzche que escribe sus paradojas con pincel. Un hermano, en miseria, de De Groux. Un místico. Un cerebro atormentado por la fiebre de Dios. Es un alma que ha bebido en la Biblia el vino añejo de los misticismos. Ingenuamente se ha embriagado con ese antiguo mosto de los santos.

No quiero juzgar su obra pictórica. ¿Será buena? ¿Será mala? ¡Qué me importa! Lo que me sugestiona y me seduce no es la belleza o la fealdad de sus pinceladas infantiles. Tampoco me interesa el simbólico argumento de sus telas... Lo que me atrae es la tormentosa, la envidiable, la apostólica vida de este errabundo peregrino del arte.

Para que no me engañen, trato siempre de cultivar la amistad de los mudos, de los gatos y de los hombres que la multitud repudia como locos. Fuí a ver a Rochat. Me llevó Visca. Vive en un altura. Su taller ocupa poco sitio. Una pieza pequeña. Desde allí, el cielo puede casi tocarse con las manos. Quien ve los cuadros de Rochat, piensa que este pintor de símbolos debe ser algún cómico. Un trágico... A través de sus lucubraciones se cree adivinar una larga melena romántica. Un ademán hierático. Una capa. Una espada. Y en las manos un lirio. Error...

Rochat es un perfecto almacenero. Tranquilo en la superficie. Suave. Ingenuo. Candoroso. Niño... Su existencia es todo un drama de dolor, de bohemia, de hambre. ¡El hambre! Rochat habla del hambre como de un viejo perro muy constante, muy fiel, muy amoroso, que le siguiera a todas partes... Oíd sus pensamientos:

"...¿Y tengo yo la culpa de haber nacido así? Desde chico, el hambre fué mi mejor amigo. Las montañas oyeron más de una vez mis canciones amargas. En la cuna, la miseria me dió lecciones de melancolía...

"Pero mi más grato consuelo lo he recibido de una Biblia. Una Biblia muy vieja. Sus hojas están gastadas por los dedos de mis abuelos, que no sabían escribir. Tampoco sabían leer..."

* * *

En seguida os cuenta que el hada de su vida es una bruja. Diríase que el espíritu malo se anticipa a sus huellas. Siempre la lucha para mantener vivo el fuego de su locura ha sido enorme... De vez en cuando un rayito de sol. Una esperanza. Una mujer. El amor. Un pan duro y una boca febril llena de besos... Mas luego, el perro fiel que lo sigue y persigue ,reaparece... Rochat aprendió a pintar sin maestro. No hay duda. Eso se ve en sus cuadros. Al encontrar una idea, la pintaba.

¿En dónde? En cuaquier parte. En las sábanas de su misma cama. En delantales. En pañuelos que robaba a la madre. Una tarde de inspiración rabiosa quiso pintar una metáfora. No tenía sábanas. Ni delantales. Ni pañuelos. Nada... Arrancó el forro a su colchón elástico y pintó en aquel lienzo un cuadro simbólico... Un paisaje de psicología. Lo vendió por cinco francos a un sastre de Lausanne. Cuando el nombre de Rochat sonó en los diarios, el sastre hizo poner un marco de cincuenta francos al cuadro que comprara en cinco. Actualmente, el forro del colchón de Rochat hállase expuesto en un museo de Helvecia. Durante quince años, el místico pintor fué ponepliegos en la *Gazzete de Lausanne,* sin que por eso haya dejado nunca de pintar y sentir hambre... En todas partes, bajo todos los cielos, bajo todos los soles, la mueca despreciativa y el puntapié elocuente de los hombres lo han hecho digno hermano canino de Job. Aunque piensa que el trabajo es la virtud de los hombres que no poseen méritos suficientes para poder vivir sin trabajar, Rochat trabajó siempre. Siempre impelido hacia horizontes de porvenir por un viento de locura bíblica. Acaba de llegar a América y ya su fiebre lo empuja a las montañas. Aunque también allá lo espera el hambre, irá feliz, pues conoce hace tiempo una antigua verdad. Vieja verdad de los labios de Cristo. Sabe que el dolor es el calvario de los alucinados. Pero me dice: "Si dentro de un año no he triunfado, el lago Lemann, junto al cual yo nací, recibirá en su fondo mi caja de pinturas. Tras ella irá todo lo demás. Y tal vez yo".

* * *

Ante estas palabras pienso que hay hombres que ofenden con su hermosa demencia la cordura del mono.

—¿Cómo sigue, hermana?

—Me muero.

—¡Oh, hermana! No hable de ese modo...

—Sí. Me muero. ¿Para qué engañarme? Yo bién sé que me muero. La Virgen me lo ha dicho...

* * *

Y en verdad, lo sabía. Las almas agobiadas por la vejez de sus dolores, no ven el porvenir. Lo adivinan. Por eso la pobre viejecita esperaba la muerte. Y la esperaba con la indiferencia placentera de los pájaros. Ella misma era un pájaro. Así tan vieja, así tan buena, así tan dulce, no era nada más que un pajarito que cantaba a la Muerte. Su paciencia era alegre. Contenta se moría. Esperaba el ocaso como quien espera recibir una ofrenda. Agonizaba con la bella extenuación de las alondras prisioneras, tísicas, enfermas de nostalgia. Cuando hablaba, se sonreía. Sonreía siempre. Sonreía por todas las rendijas de su piel. Su cara fulguraba de sonrisas.

Por entre las arrugas, sonreía. Diríase que su rostro era la reja de una cárcel a través de cuyos vanos se filtrara el sol. También sus manos, maestras en la ciencia de amar, tenían sonrisas que iluminaban su flacura anémica. ¡Pobrecita!... Viéndola tan alegre sen-

tíanse deseos de llorar. Ver la esperanza de su fe, dolía... Una noche, poco antes de morir—murió en gracia de Dios—, tuvo en su pieza una visita de estirpe angelical... En una alucinada evocación divina, creyó ver a la Virgen. Creyó verla surgir de una nube, al borde de su cama. Era una Virgen pálida... Sus manos se doblaban bajo el peso de un lirio. La Virgen iba toda vestida de una belleza blanca. De una blanca belleza de paloma o de flor. Fué una visión áurea de pesadilla histérica. La Virgen, con una voz de música, pronosticóle una muerte cercana. Y ella no dudó. Con sacra ingenuidad, sin pena y sin espanto, creyó en la predicción. Creyó con la firmeza de esas santas mujeres que, locas de su espíritu, florecen en las leyendas de misal.

Los estertores de la muerte no la hicieron llorar... No obstante, era mujer. Tenía dos almas. En el fondo de esa sonrisa plácida, detrás de esa alegría luminosa, se ocultaba una sombra. Una nube. Un misterio... En el fondo de sus ojos seniles, casi ciegos, casi mudos y eternamente tristes, algún cadáver parecía moverse. Era un algo doloroso y terrible. Algo como el reflejo de cosas muy lejanas. Placeres fallecidos. Recuerdos moribundos. Virtudes... ¿Y por qué no decirlo?... Hasta pecados. ¿Qué era aquello? Era tal vez, o mejor que tal vez, era sin duda la historia de su vida. Sí. Una historia de secretos extraños. Era la confesión de su vida anterior. Una historia cruel, y por lo tanto humana. Una historia tal vez algo prosaica si el amor, ese infinito amor que vibra en ella, no la hiciera adorable. ¿Ignoráis esa historia? Una dama gentil que se perfuma con catolicismo aristocrático y que sabe la Biblia de los claustros, me ha narrado esa historia. Conoció muy bien a sor María. De ella conserva recuerdos y retratos... Yo no sé si os interesa la vida de una mujer hermosa, que

se muere muy vieja. Las mujeres hermosas debieran de morir antes de envejecer. Sin embargo, ¿qué importa? Yo encuentro un malsano placer en evocar, con frases llenas de neurosis, la existencia de esta mujer bohemia. Porque en realidad, sor María de la Divina Cruz fué una bohemia. Lo fué en el alma, en la médula, en la sangre. Y lo fué sin saberlo, íntimamente melancólicamente y hasta perruna y amorosamente... De todas las vidas nómadas, bohemias, la más interesante, y por eso también más peligrosa, es la bohemia de las mujeres solitarias. Esas mujeres son calandrias sin nido. Un soplo del infierno y un soplo de los cielos las obliga a volar por el mundo. Salen en aventura por los senderos de la vida, desafiando a los hombres con la tremenda fortaleza de su debilidad. Arrastran por el orbe su infortunio, su soledad, su luz. Y van hacia la muerte sin otro amparo que su propio infortunio, su propia soledad, su propia luz.

Sor María vivió una vida así... En el mundo, antes de vestir el hábito severo de las hermanas de Jesús, llamábase... ¿No será indiscreción? Llamábase María Rosa Suffers. Descendía de una familia de ilustre prosapia. Sus padres eran el doctor Jacinto Pedro Suffers y doña Laura Luisa de Gorlero. Era hija única. Vivía con sus padres en la ciudad de Paraná. A los tres años la primera tormenta de la maldad del hombre hizo temblar su infancia. Un isleño la robó, llevándosela quién sabe adónde Después de varios años, la policía, en una inspección que realizó en las islas, la encontró muchacha de quince años. Poco tiempo después sus padres fallecieron. En el esplendor de su belleza, a los veinte años fué a París... Allí sus angustias fueron hondas. Trabajó de modista. Sufrió... Y el sufrimiento, templando su espíritu febril, llenóle el corazón de fuego. El ro-

manticismo inflamó su ánimo en la llama solar de los amores. Amó terriblemente... Más tarde la sugestión del escenario envenenó sus sueños. Fué artista. Tuvo un apodo. En los programas la llamaban Clarita de la Paz. Siendo apasionada y siendo hermosa, pudo triunfar sin lucha. Irradió por Europa. Allí su belleza pasó por encima de muchos corazones... En Italia, casi se glorifica. Su pobre alma de muchacha romántica palpitó desnuda, bajo el lírico cielo de los italianos. A sus pies las flores, los cantos y las vidas caían en sagrado homenaje. Fué bella, pero más que bella fué graciosa. En Roma el rey quiso verla de cerca. Ella lo desdeñó. Con un músico de locura genial, de miseria apostólica, se fué a Venecia. En seguida, derrochando caudales, pasó a través de todas las atmósferas. De improviso, desapareció.

* * *

Hablóse de una pasión irremediable. De un amor. De una muerte... Mucho más tarde, se la vió resurgir. Ya no era joven ni tampoco bella. Vestía el hábito. Prestaba sus servicios en el Hospital de Tísicos. Era cariñosa, dulce, resignada, como una abuelita de los cuentos de Irlanda Ahora ya no existe. El mes pasado falleció. Sola. En su Colegio de Jesús... Murió sonriendo. Murió como mueren las vírgenes. Como mueren los cirios. Como mueren también las pecadoras... Yo creo que el único epitafio para la baldosa de su tumba, debiera ser la imagen de algún pájaro. Una golondrina, por ejemplo. Una golondrina que tuviera las dos alas abiertas...

UN FILOSOFO

He aquí un hombre que sería vulgar, que sería grotesco, que sería despreciable, si no fuera sincero. Es un extraño personaje de novela germana. Un raro espíritu caído por error de las estrellas en plena ciudad montevideana. Es un filósofo... Yo no quisiera ofender la dignidad de los filósofos. Sin embargo, creo que éste no es un loco de cerebro vacío, de alma hueca, de corazón enfermo. No... Es algo más. Y es también algo menos. Es un artista, y es, además, un hombre... Desde hace pocos meses su fama cunde por Montevideo envuelta en conmiseraciones y sonrisas. Los que no se ríen de la vida nerviosa, alocada, febril, extravagante, callejera de este errátil peregrino de los astros, sienten por él una lástima grande... Sin embargo, nada más injusto que tenerle lástima, y nada más criminal que sonreir ante los espasmos de su cuerda demencia... No hay que sonreir ni hay qué llorar cuando un hombre corre detrás de una cosa invisible, porque nadie "ve" lo que ese hombre "adivina"...

Las calles de Montevideo, tan coloniales, tan antiguas, tan silenciosas, se han apropiado de este joven maestro. Maestro de nuevas y fantásticas filosofías... En esas calles es ya terriblemente popular... De mañana, de tarde, a cualquiera hora, se pasea, llamando la atención sobre sí... Lleva un paragüas abierto, una valija llena de viejos libros y un cajon con útlies para lustrar botines. Se parece a Tolstoi...

* * *

¿Quién es? ¡Oh! No todos saben quién es. Si lo supieran, sentirían por él mayor cariño. Su historia es muy sencilla, muy lógica, muy humana, muy triste. Es la historia de un muchacho que puso en sus primeros pasos por la vida demasiada ilusión. Tuvo amores de mujeres malsanas que le cubrieron el cerebro de nubes. Y ahí está... Se llama Alfredo F. Torre. Su abolengo es ilustre. Pertenece a una familia uruguaya que en épocas lejanas brilló con el brillo de las esterlinas. Hoy esa familia vive casi oculta, mantenida por él... Su padre está ciego... Tiene la madre enferma y tiene además seis hermanos que comen.. Torre es doctor en filosofía y letras. Nació en América. Allí pudo triunfar. Sólo que cuando intentó triunfar no pudo hacerlo... Por eso, cansado de esconder su pudor, su tristeza, su debilidad, quiso dar a su espíritu un placer infinito. Quiso gozar... Y pensó en Zaratustra. Pensó en el agreste loco que bajó de la cumbre para predicar a los imbéciles la enseñanza de su propio dolor. Pero dejad que nos cuente su vida:

—¿Mi vida?... ¡Ah, mi tormento!... Yo era un labrador avaro de mi vida; cuando me cansé de esa avaricia, exprimí sobre el mundo el amargo fruto de mis meditaciones. Yo propago una nueva causa filosófica. Yo predico la modestia, que sin ser hipocresía es arma del orgullo y del desprecio. Si me paseo por la ciudad levando, como usted ve, el paraguas abierto de día y de noche, no es porque yo ignore que esto sea una locura. No. Yo persigo un fin. Si abro el paraguas es para que la gente se fije en mí. Así me formo un auditorio. Un público. Una clientela. ¿Acaso Cristo al arrastrarse con su cruz no hizo lo mismo? Se hizo clientela... Como soy pobre y tengo necesidad de sostener a mi familia, véome obligado a trabajar en tareas vulgares. Si

siendo como soy un hombre inteligente que sabe recitar en latín versos de Horacio y que puede cargar moles de piedra; si siendo así yo pidiera limosna, me avergonzaría de mis brazos. Si me dedicara al comercio, me llamarían ladrón... Por eso me hice lustrador de botines. Lustrando calzado enseño más y aprendo mejor que si leyera libros. ¡Ah, los pies de los hombres!... Están muy abajo. Por eso ven lo que no ven los ojos. La punta de los pies enseña mucho más que un libro sabio... Soy sincero. Y siéndolo gano más hermosas batallas que mintiendo. La risa, la burla, la mofa, la piedra, no pueden herirme... Soy un predicador de cosas bellas, de cosas dulces, de cosas que nadie entiende y que por eso son mucho más bellas... ¿Pero qué importa? Mi paraguas atrae gente... Cuando me rodea mucha gente, trépome sobre un banco y desde allí pronuncio mis discursos... Nadie aplaude. Es un buen síntoma... En cambio, se ríen. Me creen loco... Hacen gestos o se van. *¿Qué me importa?* Esta es la base de mi filosofía. Yo predico la superioridad del *¿qué me importa?*... Oigo ruido y me encojo de hombros... Indiferente veo pasar las aguas de la vida. Y las veo correr sin pensar siquiera en los buques que se ahogan en ellas... ¿Quiére que le lustre los botines?

***

Yo iba a darle la mano. Quería despedirme. Más él insistió... Y nerviosamente, instintivamente, como quien escribe un verso o como quien desea asesinar a un hombre, me lustró los botines.

LA VIDA NOVELESCA DE UN CONDE FLORENTINO

—¿Un cuento?

—No señora. O tal vez sí... ¿Quién sabe?...

Hay vidas que son cuentos. Hermosos cuentos, tan extraños, tan árabes, tan envueltos en sol y tan rojos de sangre, que debieran contarse sólo a damas histéricas o a niños que deseen aprender a sufrir... Los espíritus que disfrutan la desgracia de ser cuerdos no creen en la verdad de lo increíble... Es justo. He aquí una vida que puede ser cuento. Es sin embargo la historia verídica de un alma... Si fuera más sutil, más voluptuosa, Boccacio la anhelaría para las tardes fúnebres del Decamerón. Más por desgracia, es un cuento moral. Cuento en el que brilla el amor, el odio esgrime dagas y la locura triunfa... El alma de Florencia, el alma divinamente loca— pero loca divina de su carne ,— el alma de la trágica ciudad de los Médices, que fué también el alma de Cellini, vibra toda entera en la existencia de este conde que vaga por la ciudad de los perros, llevando en el corazón una herida muy honda y en el cerebro una nube muy grande...

* * *

Me ha contado su historia. No es triste. No es alegre. Me la contó sencillamente. Con mucha ingenuidad. Con la misma sencillez religiosa con que un mendigo

expone sobre el mármol de los atrios la belleza natural de sus llagas. Al narrarme su vida parecióme que desdoblaba ante mis ojos un pañuelo planchado... Y me dijo:

—Estoy aburrido de que nadie me crea. La gente no se atreve a creer en la razón que anima mis palabras. Es lógico: soy tan sincero, que el mundo duda de mi sinceridad... En vano es que proclame mi título y en voz alta anuncie mi nombre. Ya nadie me reconoce... Hay algo que brilla, que deslumbra, que enceguece más que la gloria... Es la miseria. La miseria que pasa por encima de la gloria de mis antepasados y anula el porvenir de su prosapia. La miseria barre del mundo el último vástago de una estirpe de leones. De un linaje de cisnes. No sonría, señor.

—¡Pero si yo no sonrío!

—Es lo mismo. Adivino. ¿Acaso para sonreir es preciso hacer gestos? Se sonríe con el pensamiento, con los ojos, con el alma, con las manos. No piense usted como el vulgo. Créame: soy noble. Mi árbol genealógico es de viejas raíces. La historia de misangre es tan antigua como la historia de las aguas del Arno... Si mi nombre tiene muy escaso fulgor de aristocracia, es porque mi padre no pertenece a la nobleza. Soy de abolengo ilustre por parte de mi madre... Ella descendía de príncipes, de reyes y de papas... Mi madre fué una buena mujer. Fué una rubia flor femenina, criada al calor de las estufas palaciegas. Murió de amor. Asi es como debieran morirse todas las mujeres... Se llamaba Teresa de Chiberti. Ante mis pupilas veo flotar su imagen, como visión de ensueño. Era débil y pálida. Antes de yo nacer se enamoró de un hombre de la plebe. Un florentino que sabía interpretar el idioma musical del arpa. Además, para fortaleza de su hecho, sa-

bía matar por una dama, si la dama era bella y si él la amaba. Entonces yo nací. Mi abuela materna fué la muy alabada y bien reñida condesa de Mattey. Dejó bellas cartas escritas. Terribles documentos de psicología. Secretos. Algún día esas misivas se han de publicar. En ellas habla de viejos amores, de amores delirantes, de sangrientos amores, de amores de dalmática y espada, que cruzaron como rayos y truenos por su vida de mujer dominante, ardiente, satánica, tremenda, deliciosa. La condesa de Mattey reconcentraba en ella, todas las arrogancias de los Borgias. Otro de mis antepasados muy ilustre, aunque pasando por los siglos, es Savonarola, el domínico... Su nombre bien vale otro calvario. ¿Recuerda usted su muerte? Lo quemaron vivo en la plaza de la Señoría. En la misma plaza, en el mismo sitio donde está hoy la fuente de Hércules. Fué a la hoguera en defensa de la poesía cristiana. Y mientras en la hoguera el fuego le comía las vísceras, pronunciaba obscenidades contra ese mismo Dios por quien moría. Ya ve si mi temperamento debe ser peligroso. Y aquí estoy, pobre, viejo, solitario. Ambulo por los arrabales. Salí de Florencia cuando tenía treinta años. Después de enormes luchas para reivindicar mis títulos perdidos, arrojáronme de mi patria. Allí sobran los nobles. Con la sangre azul de la nobleza florentina se puede pintar todo el cielo de Italia... Contribuyó también a que yo saliera de Florencia el amor formidable — herencia de los güelfos — que me inspiró una marquesita viuda, complicada como las orquídeas y cruel como un reloj. Yo la amaba mucho. Muchísimo... Ella, para desahogar el hastío de sus nervios, asomóse una tarde al regio balcón de su palacio y se tiró a la calle frente a la catedral de Santa María de Fiore: su cuerpo, cual copa de cristal, quedó roto sobre los adoquines. Yo, de tristeza, me inicié en los Cultos Secretos. Me hice anarquista.

Maté con una bomba a una princesa. Cultivé la amistad del príncipe Giovanelli. Estuve en Francia, en Noruega, en Suiza, en Rusia. Sin dinero regresé a Italia para vender mi hacienda. Allí me esperaba un nuevo amor. Una cantante célebre, Pietra Fosca, obligóme a esgrimir muchas veces mi daga florentina, que parecía dichosa de volver a realizar hazañas dignas de mis tatarabuelos... ¡Florencia! Ha sido esta ciudad la patria de los crímenes estéticos. Merced a la enseñanza de sus Maquiavelos y de sus Benvenutos, Florencia supo dar a las dagas aplicación artística.

"Hace veinte años huí de ella. Cuando regresé por primera vez a América, trayendo en cada bolsillo una quimera, comprendí que la luna no me alimentaría lo necesario... Y empecé a buscar un milagro que me diera oro. Que me lo diera sin trabajar. Sin tener que someterme al yugo de agacharme. Imposible... Un hombre me persigue tenazmente. Quiere hacerme daño".

* * *

Aquí interrumpió su narración. Escapóse corriendo. Y ya veis... La suya no es una historia triste. Tampoco puede ser alegre. Es humana. Nada más. Nada menos. Es una historia propia de este siglo nervioso, neurasténico. Siglo en que los locos son los únicos seres que no están expuestos a perder la razón. Por eso no hagáis chistes sobre este compatriota de Américo Vespucio que vaga por los bulevares sin rugir ni ladrar. Miradle. Lleva en el corazón una herida muy honda y en el cerebro una nube muy grande...

LA NEURASTENIA EN EL ARTE

—Anoche he visto un maravilloso perro soñador. Ladraba con armonía y con los ojos húmedos de lágrimas, frente a un humilde farol del bulevar. ¿No os parece un fenómeno?

—Es un fenómeno lógico en nuestros días de refinamiento. Yo creo, señora, que ese perro, digno hermano de vuestras desnudeces, confundía tal vez aquella lumbre eléctrica con la luz de la luna. Las casas de los hombres son tal altas y crecen tan unidas, que ya no es posible contemplar desde abajo lo que ocurre en las nubes. Por eso los infelices perros de Job no puden inspirarse en la poesía de los astros. Y recurren a la luz artificial de las veredas. No os extrañéis. Los artistas modernos recurren a cosas parecidas. Ahora los poetas no pueden inflamarse, como en los tiempos de Horacio, con vino celestial. El cielo está muy alto...

—Y si ya el cielo no emborracha las alas de los líricos, ¿con qué néctar se inspiran?

—Apenas si el manicomio...

—El manicomio?

—Sí, señora. ¡El manicomio!... Debéis saber que el manicomio — y hablo por experiencia — es para nosotros lo que el farol del bulevar para los perros... Consultad a los artistas. Están desesperados. Ya no saben que hacer. Para inspirarse, necesitan que sus nervios se irriten. Necesitan que sus huesos crujan en un fuego

diabólico Ellos, por devoción al arte, gastan su vida gota a gota, trabajando... Pero ahora lo hacen inútilmente. Ya no saben a qué fuente recurrir para beber ensueños.

—¿Y el alcohol?

—El alcohol no les sirve. Las grandes borracheras magistrales, aquellas magníficas borracheras épicas de Teófilo Gautier, son actualmente juegos muy infantiles. El opio de De Quincey lo suelen usar hasta las gentes sin ortografía. La aristocrática morfina del exquisito, aunque ya vulgar, señor de Baudelaire, la emplean detrás del mostrador los comerciantes... El café, que fué el alcohol de Shakespeare y también de Voltaire, lo beben cual si fuera agua pura los cocheros... ¿Qué les queda, pues, a los artistas? Nada...

* * *

—¡Pobres grandes artistas!

—Sí. En verdad. ¡Pobres grandes artistas! Es justo que los llaméis así. Ya no tienen nada que les inspire. La luna es un astro vulgar. La mujer es un tema gastado. Entretanto, el amor al arte duele en los vientres cerebrales con apuros de monstruo en gestación. De ahí que los artistas para hacer algo nuevo, algo raro, algo que salga de lo común, algo que emocione, que asuste, que conmueva, algo que al mismo tiempo que grande sea muy bello, algo maravilloso, algo no visto nunca, algo, en fin, estupendo, los artistas recurran al manicomio. A los delirios mentales. A las enfermedades del cerebro...

—La neurastenia, sobre todas, es tal vez la mejor.

—Sí. La mejor. Y por eso quizá más dolorosa. La neurastenia está dando más artistas a Francia que todos los alcoholes que bebió Verlaine. La neurastenia ha ve-

nido a reemplazar el ajenjo. Rostand es un neurasténico. Pierre Loti, joyero de palabras y multimillonario de sonrisas verbales, es también neurasténico. Rodin padece de este divino mal desde la cuna. Remmy de Gourmont, loco repleto de enigmas y lleno asimismo de luz, es neurasténico. Neurasténico es Taihade. Rollinat lo era también. Y junto con Rollinat, Baudelaire y Mirbeau... Y tantos..... ¡Tantos otros! Tantos... Esto en Francia. En Italia, basta con nombrar a dos hombres geniales, cuyas obras tienen inspiración, belleza y arte merced a la neurastenia. Son Mascagni y D'Annunzio. Ambos sufren este lírico mal... En España, Salvador Rueda puede explicar el origen de sus bellas estrofas narrando los caprichos de su neurastenia...

Pero el que por encima de todos estos grandes artistas supo extraer de la neurastenia provecho más extraño, fué M. Péladan. Su cerebro es un fenómeno de razón y locura. Se llama Joseph Péladan, pero su nombre de combate fué siempre *Sar Péladan*. Según él, es descendiente legítimo de uno de los reyes magos: Baltasar... El lo dice. Y hay que creerle. Es mejor. Con la duda disminuye el encanto...

Su obra, poco conocida en América y en España, merecería ser analizada con un fino microscopio literario. Su prosa y sus versos son de un doloroso lirismo desordenado y de una católica insolencia que asusta, pero que subyuga y domestica. Su *Vice supreme* es un libro único. No hay otro semejante. Es rarísimo. Cada página es un delirio. Cada frase es un retortijón de los nervios, de las células, de los intestinos...

La vida de Sar Peladán ha sido una odisea. Una odisea de flaco perro triste. Pero su demencia le ha producido más placeres que angustias. Oid, señora, su modo de confesar secretos:

"Creo haber sido el primer ciudadano de Francia que empleó su neurastenia en favor de las artes, de las bellas artes... Los que me llaman loco, no hacen más que darme la razón. En este sublime estado de excelsitud, yo veo a Dios. Y lo comprendo... Escribiendo he gozado mucho más que gozando... ¿Alguien existirá que me comprenda? Yo no necesito que se me comprenda. Soy artista. Y los artistas sólo necesitamos que se nos adivine y que se nos presienta... Dios está en todas partes."

Ya veis. Después de cosas profundas, tiene suaves futilezas de mujer honesta. Nada más. Peró en el fondo, la obra genial de Péladan, llena de locura, llena de neurastenia, es la obra de un artista de genio. Si como dramaturgo fué silbado, como poeta y como crítico las cofradías del barrio Latino lo cubrieron a menudo de flores.

Sus críticas de arte son de aquellas que hacen reir a la gente de sentido común. En cambio, hacen pensar a las cabezas de los iluminados...

Su obra no es solamente literaria. Péladan fué pintor. Hizo y deshizo cuadros. Como Samuel Rochat, quiso pintar ideas. Fracasó...

Disgustado, se empleó en un *cabaret* de Montmartre para asustar a los burgueses recitando discursos. Y creedme: asustaba. Con sus ojos renegridos, con su melena de combate y con sus ademanes apostólicos parecía un Satanás con alma de Jesucristo. Parecía hermano mío...

EL FILOSOFO CAN

—"Adelante, señor... No muerden". — Y una legión de perros pone a nuestro alrededor un círculo de hocicos inquietantes que en husmeos febriles investigan quién sabe qué extraña metempsicosis. Son perros flacos, sucios, escuálidos, seniles. Son perros de pesadilla hidrofóbica, que hacen gestos humanos en sus caras de brujas. Son perros de atorrantes, grandes y chicos, cubiertos de mudos cascabeles de barro.

* * *

—"Adelante, señor... No muerden". — Rodeados por la tribu canina, pasamos. El filósofo nos interroga con un silencio amable. Llegamos. Sus ojos tienen un raro mirar de rata vieja. Hay en lo más hondo de sus turbias pupilas la melancolía que flota sobre los cementerios y sobre los baúles de recuerdos antiguos, en cuyo fondo yacen cosas extintas. Entre la mugre de sus harapos, entre sus "pilchas", entre sus perros y entre sus locuras, el hirsuto filósofo vive la legendaria vida de su hermano Job — el triste lamentable... — Lejos de la carcajada clownesca que triunfa sobre la gran ciudad de los perros, libre del roce de la gente que sufre la demencia de vivir cuerdamente e inmune a los calambres que origina la sed de los deseos; así, prófugo del ruído, mira pasar las horas, una a una. Y las mira pasar con indiferencia patriarcal, indolente y sereno como un ca-

lendario del año anterior... Duerme a la intemperie sobre trapos. Come las piltrafas de que le provee la basura del barrio. Y vive feliz, alimentando su alma con el placer de un amor único. El amor de sus perros. Ama a sus perros con pasión femenina. Oid. Nos habla:

—Vea, señor. Yo quiero mucho a mis perros, porque ellos han tenido para conmigo la ternura que no tuvo ni siquiera mi madre... ¿Acaso sabe usted quién ha sido mi madre? ¿No? ¡Es gracioso! Yo tampoco lo sé... Pero ¿qué importa? Yo sé mucho. Y si nunca he sabido nada de lo que nadie ignora, en cambio sé mucho de lo que nadie sabe. Creen que estoy loco. Me miran, pero *no me ven*... Cada hombre piensa como dos hombres. ¿Se ríe usted? ¿Misterio? No. Un perro, — cualquiera — mejor cuanto más viejo, — un perro que nunca haya leído lo que dicen los libros, pero que sepa revolver cajones de basura, sabrá más ciencia que el más sabio sabio... Sí; ¡el más sabio sabio!... ¿Pero sabe usted quién ha sido mi madre? ¿Cuántas estrellas hay en el cielo? ¿No? No importa. Creo que nunca tuve madre. Vivir con perros es como viajar. Es como soñar. Es como resucitar... Yo quiero mucho a mis perros. Vea usted esa perra grande. ¿La ve? Bueno. *¡Juana! ¡Juana!* Dame la mano. Así... ¿Ve usted, señor, qué lindos ojos tiene? Es vieja. Muy vieja. Más vieja que yo. Yo tengo dos dientes. Ella ninguno. ¿Me quieres? Me quiere mucho. A veces digo: "Tal vez sea mi madre." Cuando estoy enfermo, acostado en esos yuyos, solo, solito, ella me cuida, me acaricia, me besa. Es mi enfermera. Si tengo sed, va a ese charco, toma un buche de agua y me lo trae. Yo entonces lo bebo en su misma boca, como en una copa de cristal. Así el agua es dulce como miel, como vino... La otra noche me caí. Mi cabeza chocó contra una piedra. Me desmayé. Cuando, al día siguien-

te, abrí los ojos, me encontré rodeado de mis perros. No faltaba ninguno. Estaban tristes, desolados, gimiendo, llorando. Para reanimar mi cuerpo, helado por la frialdad nocturna, me transmitían con sus bocas abiertas el aliento tibio y misericordioso de sus pechos. Soplaban, soplaban, tiritando de frío, de sueño, de miedo... ¡Pobres hijos míos! ¿Nunca ha visto usted cómo lloran los perros?... Al abrir los ojos me miraron con el estupor de quien espera un milagro. *Juana* me pasaba la lengua por la frente y el calor de sus babas aclaró mis sentidos. Cuando los pobrecitos se dieron cuenta de que yo no había muerto, de que estaba vivo, comenzaron a saltar, con furiosa alegría, moviendo el rabo y ladrando, con unos ladridos que eran como risas de muchachos contentos. Formaron una rueda y bailaron y bailaron como perros... Y yo también moví las piernas y bailé con ellos, riendo y ladrando... ¿Sabe usted acaso quién ha sido mi madre?

* * *

Y el envidiable loco, con la incoherencia de su charla, abrevia la longitud de las horas. Me relata la historia de cada uno de sus perros... Y son historias de encanto superfino, tan rebosante de caricias, de besos, de ternuras y de amores, que más que historias de perros creo que son historias de mujeres.

Me voy. El filósofo habla a su perra:

—*Juana*: despide cortésmente al señor.

—¡Guau, guau, guau!...

EL HOGAR DE LOS PERROS

He aquí un pueblo que trabaja, que progresa y que siempre está quieto. Entremos... Es un extraño pueblo de tinieblas. Vive como una anomalía, bajo la luz del sol. Es el país desolado de la penitencia, del arrepentimiento, del odio, del dolor, del encono. Es un país muy humano. Vedlo. Es una cárcel... Notad como las cárceles se asemejan a los manicomios, a los hospitales, a los cementerios. Es raro. Pero es cierto. Altas paredes. Hondos silencios. Murmullos repentinos. Frialdades de tumba. Voces que gritan. Repiques de campana... Se parecen en todo. Tienen la igualdad de la miseria. Los une la confraternidad de su misión. Además, están impregnados de tristeza. Eso sí. Mucha tristeza. Tristeza arriba. Tristeza abajo. En la cárcel, los jardines son como sudarios. Y hasta el cielo azul ofrece perspectivas de luto. Por eso la risa y la sonrisa caen, como los pájaros muertos, bajo el dintel de los blancos presidios. Entremos...

La Penitenciaría es, entre las cárceles humanas, la que menos merece nombre de prisión. Sus amplios pabellones no presentan el lamentable espectáculo de las viejas ergástulas. Las celdas, resplandecientes de higiene, no ofrecen de repulsivo y de mortificante nada más que el cerrojo...

Los talleres y las salas de estudios — muy bien atendidas — dan a los presos horas de bello olvido. Los penados trabajan. Practican industrias. Profesan artes. Estudian. Piensan. La libertad de la mente suple en ellos

la libertad del albedrío. Un penado, mientras nadie lo ve, nos habla al oído. Desmigaja verdades. Sus palabras vacilan con el temblor de un alma joven que lleva sobre sí la vejez de un siglo de infortunios. Ha presenciado el silencioso desfile de muchos asesinos y ladrones; de mucha gente mala y gente buena. Su contacto con las desnudas almas de los pillos, lo ha elevado. Oidle:

—¡Ah, señor! Es necesario hallarse atado para comprender la omnipotencia de las alas. ¡Volar!... Quince año hace que mis ojos no ven nada más que paredes. A donde quiera que mire, las paredes y las rejas me amenazan como puños cerrados... Felizmente, el trabajo me distrae. Me divierte. Es mi único consuelo... En general, todos aquí sufren. Y es lógico. A los que no sienten el dolor de la conciencia, el recuerdo del hogar los martiriza. Algunos se vuelven locos. O tontos, que es peor. ¿Ve usted aquel viejo que barre? ¡Pobrecito! A veces se esconde en los rincones y se pone a llorar gritando como un niño: "¡Mamá, mamá!..." Hace mucho tiempo que está preso. ¿Sabe lo que hizo? Mató a su propia madre... ¿Conoce usted a ese negro que está en la enfermería? Es una pobre criatura llena de mansedumbre. Debía estar en libertad o por lo menos debía de morirse. Era un cartero. Una vez robó cuarenta y cinco centavos para satisfacer no sé qué capricho femenino. Los jueces lo condenaron a seis años y medio... Aquel hombre gordo que trabaja en la imprenta, es Castruccio el envenenador... En el taller de litografía habrá visto usted a Foa y a Cafferata, dos artistas jóvenes e inteligentes que han aprendido en la cárcel a pintar cuadros valiosos. Cafferata saldrá pronto. Su delito es de aquellos que las leyes castigan y los hombres perdonan. Para salvar su honor, mató a la hermana... ¡Si usted supiera cómo ha sufrido! Yo creo que el sufrimiento de los

hombres sin libertad que soportan un crimen en el fondo del alma, enseña muchas cosas saludables. En la Penitenciaría, viendo a mis compañeros, he aprendido virtudes más sinceras que en los mismos colegios. Los niños debieran venir a visitar la cárcel para leer en nuestras espaldas y en nuestros rostros la ciencia de la vida. En vez de ir tan a menudo a los museos y a los santuarios, debieran visitar los presidios... ¡Sin embargo, es tan triste, tan doloroso, tan horrible estar preso!... Comemos bien. Dormimos mejor. ¡Pero nos falta la libertad!... Y esto no sería lo peor. Lo peor es otra cosa. Es algo que espanta. Algo que es nuestro castigo más cruel y más amargo. La libertad no parece una pequeñez junto a ese algo... ¿Sabe usted que es eso? ¿Sabe usted lo que deseamos y lo que quisiéramos contemplar con nuestros "propios" ojos, aunque fuera de lejos? Pues bien: una mujer... Sí. Una mujer. Una. Cualquiera. Hace quince años que no oigo la música de una risa de mujer. Ni siquiera un sollozo. Ni un grito... ¡Aquí todos son hombres! La anulación de la mujer en la vida del hombre, es la ausencia del sol para la tierra... Y observe usted un misterio: todos los que estamos en la cárcel, hemos venido por causa de alguna mujer. Por ella hemos hecho todo. Por ella hemos robado. Por ella hemos asesinado. Por ella somos bígamos. Por ella hemos inventado salvajes delitos, Y a pesar de todo. la ausencia de la mujer es el único castigo que todavía nos llena de lágrimas los ojos y nos hace pasar las noches en perpetuo delirio. Los hombres somos cobardes. Somos como las velas. Para hacer algo bueno, algo útil, necesitamos el fuego que nos consume y que nos mata... Y vea, señor; si nos pusieran en libertad, ¿se imagina usted lo qué haríamos? Tranquilamente, muy tranquilamente, volveríamos a robar, a matar, y hasta inventaríamos delitos nuevos, siempre por amor a la mujer. Y

siempre instigados por sus pasiones tan terribles y tan dulces, ¡tan dulces! entraríamos de nuevo en la prisión. Y entraríamos más felices que la primera vez, puesto que llevaríamos a la celda un caudal más grande de recuerdos de ella.

* * *

El penado ha concluído. Se va. Se va agobiado por el peso de sus meditaciones. Sus palabras han caído sobre la filosofía de mi corazón como piedras hostiles. Al caer, han dejado grabada una verdad...

JAURIAS DE JACOB

¡Los bohemios!

He aquí una raza de misterio y de enigma. Raza que no evoluciona jamás. Hace trescientos años era la misma de hoy. Los siglos no han podido borrar de su fisonomía un solo gesto ni extirpar de sus costumbres ningún vicio. El egoismo es su trono y su baluarte. No adora ídolos, no venera fetiches. Carece de altares... Raza sonámbula y esquiva, tiene orgullos de león y servilismo de perro. Desprecia con altivez lo que no le conviene. Si os acaricia con una mano es para robaros con la otra. No roba por perversión, pero sí por instinto... Nadie ha podido conocer su origen. "Los manantiales de esta población excéntrica — dice Paúl de Sain-Víctor — permanecen tan desconocidos como los del Nilo, de donde ella pretende descender".

Apareció la primera vez en la Valaquia. De allá vino para inundar el mundo con sus sortilegios, sus andrajos y sus profecías. El capricho es quien dirije el vuelo de sus alas. Se desliza bajo todos los cielos y atraviesa por todos los climas, sin mirar hacia arriba; sin mirar hacia abajo... El mundo le parece pequeño para saciar su sed de infinito. Como los suicidas, odia los horizontes. Un viento de locura y de vértigo arrastra sus miserias de Oriente a Occidente. Mientras otras razas se purifican en los crisoles del progreso, ésta se mantiene inmutable. Invariable. Unica...

Llevada de su espíritu nómada — sucia, harapienta y errante cual las hordas de Atila — pasa a través de las civilizaciones, cantando y bailando, soñando y robando, sin humillar el penacho de su antigua barbarie...

He ido a ver una caravana. Son más de cien individuos. Hombres y mujeres. Chicos y grandes. Viajan en carros húngaros, a cuyo alrededor arman sus tiendas. Sobre cada vehículo, convertido en inmunda pocilga, habita una familia. Ocho, nueve, diez, hasta quince personas de distinto sexo duermen allí, hacinadas sobre trapos hediondos, en repulsiva promiscuidad de piara. La unión matrimonial entre hermanos y entre padres e hijos, es allí muy común.

Una atmósfera densa, impregnada de fétidos olores, oprime la garganta con el nudo del asco. Así como la pirausta nace, vive y muere en el fuego, los bohemios nacen, viven y mueren en la roña "Cada una de esas carpas — cuenta Daniel Muñoz — es un templo levantado a la mugre. En cada una de ellas debiera figurar una imagen de San Benito Labre, el más santo de los mugrientos y el más mugriento de los santos...". Los muchachos andan casi desnudos. Desgreñados. Descalzos. Tienen el cuerpo negro de inmundicia. Las mujeres viven lo mismo. Arrastran por el fango sus vestidos, que son pingajos de cretona floreada. Adórnanse el cuello con medallas de plata. Dicen la buenaventura. Por una moneda os presagian un porvenir de luz. Pero si no les dais nada os auguran lo contrario. Mientras os examinan las rayas de la mano, os hurtan la cartera... Los hombres, siempre ociosos, duermen, juegan o cantan. A menudo se tienden boca arriba, en el suelo, y permanecen así las largas horas inmóviles, con las pupilas dilatadas, observando la marcha del sol o la luna. Viven de lo que roban. Cuando se posesionan de un caballo escuá-

lido, se ingenian para rejuvenecerlo. Ocultan sus mataduras con betún. Le hacen comer pimienta y le dan inyecciones de aguardiente. El matungo se hincha. Se llena de bríos como un potro. Pero cuando el incauto comprador se lo lleva, ve al poco rato que el pingo, antes arisco, va perdiendo con el betún todas sus gallardías... Alguien afirma con razón que la poesía de la raza gitana reside en la mujer, pues "cuando es hermosa, su belleza encanta". Cuando es vieja, su fealdad repugna... Hay en esta caravana una muchacha joven, que aunque criollita, es hija de bohemios. A pesar de la mugre, su belleza se impone. La adivina Fanitza es también de una exquisita belleza salvaje. A través de la suciedad que las envuelve, vense jovencitas que recuerdan la *Esmeralda* de Hugo y la *Preciosa* de Cervantes... "El misterio de la Bohemia — ha dicho Saint-Victor — está en la castidad que guardan sus mujeres para con los que son de otra raza. *Don Juan* ha llenado con nombres de todos los colores su lista cosmopolita; hay en ella hasta escritos de derecha a izquierda con tinta china; pero no se halla en esa lista ni un solo nombre de gitana. En cambio, dentro de su misma familia los bohemios son inmorales hasta el delito. Sin embargo — finaliza el crítico — el día que esta raza desaparezca, el mundo perderá, no una virtud, pero sí una poesía"....

PERROS Y FRAILES

Entre el alma de los frailes y el alma de los perros existe una hermandad de vagabundos. El perro y el fraile se comprenden. Ambos son tristes. Ambos son en la tierra aves errantes. Ambos son misteriosos. Entre ellos hay un puente: el ensueño. Buscan la miseria. Aman lo inmóvil. No distinguen las fechas. Son raros. Son rectos y a la vez curvilíneos. Y llevan su misterio a grado tal, que en este siglo de aviones y automóviles saben andar a pie. Son seres peligrosos. Hay que tenerles miedo. Viven en el ambiente de otras épocas. Declinan... Su atraso sentimental es tan enorme, que cuando pasan junto a una flor se detienen a verla. Y la miran con devoción de estetas... ¿Esto no es grave? Sí. Son seres muy extraños. Además,seducen. Encantan. Convencen y conmueven. Atraen con con su lirismo. Sugestionan. A mí, que soy un perro — un perro salvaje, con más odio que amor y más rabia que fe — ¡a mí que soy un perro, suelen entusiasmarme! Los gobiernos debieran meditar...

La verdad es que el alma de los frailes sigue siendo un enigma. Desde San Antonio hasta San Francisco, y desde allá hasta acá, todos los frailes han paseado por el mundo su misterio. Son dichosos. No usan camisa. Pero bajo sus gruesos hábitos llevan alguna maga que sin duda los sostiene, los tonifica y los conforta. ¿Es egoismo? ¿Es desinterés? A veces, diríase que un amoroso sentimiento los impulsa a huir de los demás para cru-

zar tierras lejanas y levantar su ermita entre los árboles. Otras veces se piensan que tal vez un heroísmo desinteresado los obliga a volar muy lejos de sus cunas para construir sus chozas entre animales que viven como gente o que viven como fieras. Los frailes tienen alma bohemia. Semejantes a la raza errabunba de los zígaros, cruzan la tierra como golondrinas. Son los piratas de la civilización. Andan. Van. Vienen. Sus orígenes se remontan algo más lejos que a la edad primitiva de los judíos errantes. Tienen antepasados en la Biblia. En su abolengo fulguran las coronas de reyes muy ilustres y las rimas de poetas muy astros.

Hay quien no cree en la candidez del alma de los frailes. Hay quien dice:

—No nos habléis de sus almas, porque pensaremos en sus vientres rellenos.

—No, jóvenes de vida nueva y espíritu atrasado, no. Hacéis mal creyendo tales cosas vulgares. Regresad del país de lo antiguo. Ya no se usa el prejuicio. El látigo no es de los artistas. El ademán que necesita hacer un brazo para tirar bombas de dinamita, arruga la pechera. Yo, que no creo en más Dios que en mi energía, creo sin temor en sus vidas ingenuas. ¿No las halláis hermosas? Yo sí. Me parecen mujeres. Veo en ellas un panorama de belleza tan sutil y tan lleno de flores, que me gustan. Me conmueven. Yo debo tener alma de fraile en carne de Juan Moreira. Puedo ser centurión. Y también Cirineo... No dudo de las honestidad de esos frailes que sin razón y con orgullo suben a la montaña y alzan allá en la cumbre una ermita, un jardín, un convento. Y que lo alzan en la piedra más alta. En el monte más verde. Arriba. Muy arriba. Muy cerquita del cielo... Y creo en ellos porque luchan, con el delirio de los soñadores y con la pujanza de los rebeldes, contra

cualquier obstáculo. Luchan para que perdure y triunfe en ellos, por encima de la verdad que los lastima, la fe que los ensalza. ¿Veis? En esto son poetas. Por eso creo en ellos. Por eso comprendo su alegre ingenuidad. Y creo en ellos y también los comprendo porque saben gozar el placer del silencio. Porque saben sentir el placer del monólogo. Porque saben vivir en nuestra inquieta civilización con una dulce vida de salvajes. Porque llevan el corazón desnudo y sin hoja de parra. Porque saben hacer vinos muy raros, con yuyos santos que ellos mismo recogen. Porque saben hacer licores finos con frutas muy lejanas. Y sobre todo, porque saben beber esos licores y esos vinos con fruición de poetas y cual si fueran aguas del paraíso...

—Bueno. Pero...

—Oídme

* * *

Para disfrutar veinticuatro horas de la hospitalidad de unos frailes amenos, risueños, americanos y gentiles, que no sienten miedo por los literatos, he tenido que hacer dos días de viaje. ¡Terribles! ¡Oh! Trenes. Carruajes. Caballos. Mulas. Propinas. ¡Ay! Pero los arduos dolores de esta travesía de soñador, de curiso y de aventurero, se curaron bajo la sana influencia de las cosas que ví, de las palabras que escuché y de los licores que tuve que juzgar... Naturalmente que el hecho de ser frailes de América aumentaba el interés de la aventura. En Roma, un buen fraile de la comunidad alemana que cuida las catacumbas de San Calixto, en la Vía Appia, habíame informado de la existencia de este monasterio:

—Vaya usted. Son amigos míos. Es un convento de frailes argentinos y chilenos. Hay pocos. Son los dioses de la región. Liban muy ricos vinos de amargas hierbas y raíces extrañas que, milagrosamente, dan jugos

sabrosos. Vaya usted. Yo le daré una tarjeta. No pertenecen a ninguna diócesis. Son independientes. Viven en Aosta. Dan comida a los pobres...

¿Cómo no ir? Además, tan sólo con viajar por el valle de Aosta se goza de un divino espectáculo. Esa tierra llena de montañas, bordada de torrentes y fecunda en árboles, con pueblos que duermen muchos meses bajo mantos de nive, esa tierra pintoresca es original y es hermosísima. De Roma está lejos. Queda más cerca de Torino. Sin embargo, fuí... Es decir, volví, pues no hace mucho tiempo esas altas y preciosas montañas vióronme de transeunte. Un año y medio hará que estuve allí, enviado por *Caras y Caretas* para entrevistar a Edmundo de Amicis. (1) Fuí en busca del célebre escritor, que veraneaba en el Comein y de donde salió para morir... Así, pues, me dispuse a ir de nuevo. Ya no vería sobre la blanca nieve del Cervino la hermosa cabeza melenuda del mago abuelo de los niños pobres... Ya no... Pero en cambio, vería a ese puñado de compatriotas de mi América que habían huído con placer o con dolor de su tierra, para construir en la montaña un convento en donde poder guardar sus santas almas locas. Almas no llenas de pedantería. Ni débiles de misticismos. Ni húmedas de tristeza. Sino almas llenas de molinos de viento, de sonrisas del niño, de experiencia, de amor y tal vez de pecado y locura. ¿He dicho locura? Bueno. Está bien. Así como hay cerebros que viven en eterna locura, hay también almas que gozan de perfecta demencia. Sólo que estos frailes no han llevado su demencia solitaria a un sótano. La han llevado a la cumbre de una montaña para que se ventile. Desde allí no molestan a nadie. Con su lujo no efenden, porque no tienen ni si-

(1) Véase «Cien Hombres Célebres», de Soiza Reilly, edición Maucci (Barcelona).

quiera camas. Tampoco hieren a nadie con su fe, porque la predican con acciones y no con palabras ni con sabios discursos. Su misión es más alta. Consiste simplemente en trabajar, que es tarea saludable, aunque contraria a la salud del espíritu. Y consiste también en mirar las estrellas y contemplar las nubes, que es misión más hermosa y más bella y más útil que adoquinar cerebros de viejos sin porvenir o que barrer el corazón de un hombre...

* * *

La ermita de los hermanos de San Antonio está construída entre las rocas de la montaña, en el centro de una arboleda. Antes de llegar y como señalando el camino que conduce al convento, encuéntrase un nicho tejido de alambre, dentro del cual una Virgen con el niño en los brazos muestra su cara antigua de muñequita triste. En torno de ella, los campesinos de aquellos sitios han dejado sus modestos exvotos. No encontraréis allí ni oro ni plata. No penséis en un suntuoso santuario de Lourdes. Al contrario. Los pobres campesinos, sencillos y humildes, crédulos y cándidos, han llevado a la Virgen dientes de niños, rulos de sus cabellos, uñas de los pies, alfileres, cintas, y sobre todo flores... Siguiendo por el sendero y en la cumbre, encontraréis la ermita. No tenéis que golpear. Siempre está abierta. Los forasteros, como en casi todos los conventos de Italia y en todos los de Jerusalén, pueden dormir y comer gratuitamente durante veinticuatro horas. Si se quiere dejar una limosna, se deja. De todas maneras, siempre el forastero es recibido con amable sonrisa y puerta abierta.

La comunidad de esta ermita no es muy numerosa. La mayor parte de los gentiles frailes que la constituyen son americanos: argentinos y chilenos. Los demás son italianos. El prior es de Mendoza. Se llama Juan

Bautista Escalante. Ha dejado en su tierra natal a su anciana madre, de la cual hace tiempo no recibe noticias. Otro de los frailes, el más viejo, que es de espíritu alegre y cerebro bien cargado de ciencia, nació en Santiago de Chile y cuenta con parientes preclaros entre las familias de Errázuriz, Vicuña, Lira, etc. Hay un tucumano, fray Andrés. Es hijo de un antiguo pulpero de Tucumán, don Andrés Vanutelli. Otro — fray Antonio Cruz — es de Buenos Aires, y me ha contado que la madre sirvió como mucama en casa del ex presidente Avellaneda... ¿Es necesario que os describa el parentesco de todos ellos? No hay necesidad. Sin embargo, quizá os agrade oir algunas palabras de estos hombres originales que viven tan lejos de la tierra patricia. Oíd lo que el hermano prior me dijo sonriendo mientras sentados en un banco de piedra, frente a una tosca mesa, veímos cómo las copas se llenaban a menudo de un maravilloso néctar, obra de los frailes:

—Nosotros no ambicionamos nada. Trabajamos la tierra, sembramos y hacemos vino para vivir sin sufrir hambre ni sed. El resto lo vendemos. Con el producto socorremos a todos los pobres de las inmediaciones. ¡Hay tanta miseria! A mediodía y por la tarde, los niños suben de los pueblos vecinos a buscar la comida y hasta la ropa para sus padres y para sus hermanitos. Verá usted qué bonito espectáculo. ¡Pobres niños! En estos parajes, donde las iglesias y los curas escasean, nosotros vamos a socorrer a los enfermos, a bautizar a los nenes moribundos, a bendecir las tumbas... Esta ermita no fué fundada por americanos solamente. La casualidad ha intervenido para que poco a poco hayamos logrado reunirnos tantos hombres de allá. Yo hace treinta años que salí de América. Tal vez no vuelva nunca, porque los hermanos de esta abadía no nos separamos nada

más que para morir. Hace un año falleció fray Giuseppe, que era de Santiago del Estero, pariente de los Lugones. Lo enterramos en Valturnache. Yo he estado muy grave, pero gracias a San Antonio estoy mejor. Si alguna vez salimos de aquí para otro sitio, iremos juntos. Somos felices.

* * *

¿Queréis más? De las palabras del amable prior podréis sacar en consecuencia la vida que los hermanos hacen. Ninguno aspira a llegar a cardenal. No los seduce más púrpura que la del exquisito vino que fabrican para socorrer con su producto la miseria de la pobre gente.

—Con nuestros socorros vive un pueblo entero — díceme el hermano Andrés. — Pero ahora no tenemos tanto trabajo como hace dos años. ¿Ve usted, allá lejos, aquellos techos grises?

—Sí.

—Pues allá había un pueblecito. Ahora no hay nadie. Las casas están vacías. Antes, nosotros dábamos de comer a casi todos sus habitantes. ¡Eran tan pobres! La miseria los consumía. Cada noche moría un chico. Al fin emigraron a América. Unos al Norte y otros al Sur. Algunos llevaron recomendaciones para la Argentina y Chile del padre prior y del hermano Anselmo... ¡Quién sabe por dónde peregrinan! Ojalá pensaran en nosotros. ¡Pobre gente! ¡Yo dí el bautismo a muchos de esos niños que ahora en América quién sabe donde estarán!...

Y en los ojos de fray Andrés, tristes y serenos, el recuerdo de aquellos niños bautizados por él se agrandaba como una luz. Y agregó:

—¡Pobres niños europeos que salen de su patria para crecer en tierra ajena, sin saber quién fué el fraile que les dió el bautismo y sin saber siquiera que su pueblo no existe porque el hambre destrozó sus hogares, la nieve

enfrió sus lechos y la miseria, en fin, dejó sin ladridos sus calles y sus plazas! ¡Ojalá los niños argentinos y chilenos sostengan con su cariño la infancia de esos nenitos italianos que al tener uso de razón hallaránse en una tierra extraña, cuyos habitantes hablarán un idioma diferente del suyo! ¡Pobres italianitos!

Y los ojos de fray Andrés se llenaron de lágrimas.

* * *

Esta amable cofradía de hombres investidos de un santo prestigio vive apaciblemente. Su vida es la vida de virtuosos anacoretas. De anacoretas sabios. De anacoretas sencillos. Sí. Cada uno de esos frailes es un vivo símbolo de castidad. Todo en ellos es casto. Sus afectos. Sus palabras. Sus gulas. Sus voces. Hasta ni siquiera buscan la confraternidad de los perros. Viven solos... Hay en sus diestras, ademanes arcangélicos. Y en sus ojos miradas de Cristo. A uno de ellos, el más anciano, yo le besé la mano. Y maldije a Satanás. Y hablé bien de Dios...

PERROS HUMANOS

ROMA, como todas las grandes capitales, tiene bajofondos horribles.

—*¿Horribles?*

He dicho horribles. Pero he dicho mal. No soy sincero. Para serlo, yo debiera haber dicho: deliciosos. En el dolor humano, en la desgracia de las multitudes, en toda esa carne enferma de la plebe que sufre, yo veo un espectáculo tan hermoso, tan bello, tan divino, tan de Dios, que, a menudo, pienso en la amarga desolación de los grandes artistas y en la inutilidad de los corazones filantrópicos, si toda esa miseria que honra a la humanidad se acabara de pronto. ¡Oh! ¡Qué desastre! Me da miedo pensarlo... Figuraos las espantosas consecuencias de una nación sin pobres. Imaginaos un pueblo sin mendigos. Y sin hospitales... Cread en vuestra fantasía una Roma, un París, un Londres, un Madrid o un Buenos Aires sin esa infeliz gente obligada a dormir a la intemperie, sin esas pobres mujeres que sollozan de hambre y sin esos flacos niños que vagan por las calles, desnudos, pidiendo limosna y saltando, y riendo, y robando... Si eso ocurriera, sería ya la hora conveniente de inventar una nueva manera de vivir. Sería necesario fabricar una nueva moral. Sería preciso hacer otros diez mandamientos. Habría llegado la hora de destruir el mundo para hacer otro nuevo... Un sabio amigo mío, uno de esos extraños atorrantes que vagan por Buenos

Aires y a quien me ligó una estrecha amistad cuando yo vendía diarios—más de una vez, en noches tristes que hoy me alegran bastante—, supo hacerme pensar, con pena, en la catástrofe de un pueblo sin miseria...

—Imagínate, muchacho—me decía con paciencia de Martín Fierro—, que de repente se acabaran los pobres. ¡Oh!... En primer lugar, ¿qué harían los artistas? La Naturaleza es precaria y no ofrece recursos suficientes al lado de la ambición sin límites de un artista cualquiera. Los andrajos pintorescos, las bellas llagas de los miserables, la armoniosa flacura de los tísicos y todas las miserias humanas que sirven de contraste a las digestiones de los hombres felices, ya no alimentarían al ideal de nuestros grandes genios. ¿A dónde irían los novelistas, los pintores y todos los demás sacerdotes del arte, en fin, para buscar sus emociones? ¿Dónde bañarían su espíritu en el gran goce espiritual de lo torcido, de lo mal hecho, de lo sucio, de lo ensangrentado, de lo triste, de lo feo, de lo horrible?... En cuanto a la parte moral... ¡Oh! Las consecuencias de una ciudad sin pobres serían más enormes aún... Piensa, muchacho, en todo lo inútil que sería la caridad cristiana. Sin pobreza, ¿cómo harían los corazones cándidos y dulces de las mujeres tiernas para dar un motivo a sus bailes y a sus fiestas de caridad? ¿Cómo se ganarían indulgencias? ¿Cómo los filósofos lograrían establecer un equilibrio entre el bueno y el malo? ¡Oh! Sería horrible, muchacho... Yo ya soy viejo. Dentro de algunos años moriré. Tú eres joven. Y veo que en tus ojos verdes de gato negro hay una luz muy rara que te llevará por caminos vírgenes a montañas muy altas... No te quiero aconsejar, muchacho. Pero óyeme. Si deseas ser feliz y si tienes anhelos de que la actual humanidad progrese y no se acabe, trata con todo tu corazón de mujer y con toda

tu mansedumbre de felino, trata, muchacho, de que siempre existan pobres en el mundo...

* * *

Ya veis. Alimentada mi niñez con consejos tan puros y tan ungidos de virtudes celestes, justo es que yo no considere nada horribles los bajofondos de las grandes ciudades. Por eso os digo con orgullo modesto que en la vida de la gente miserable de Roma no he visto yo—como vió Zola en su *Roma*—la repugnante visión de un cuadro feo. Al contrario. Italia es tan artística, que hasta en su miseria pone arte. El mendigo que envuelto en sus harapos os pide una limosna, no es el repugnante ser que obliga a taparse las narices. Al verlo venir, con su miseria trágica, bañado por la divina luz del sol romano, y con un saco viejo cruzado al pecho cual una túnica de tiempos muy lejanos, yo he pensado en un Nerón y hasta en un Julio Cesar. En la altivez de estos mendigos, en el gesto con que reciben la limosna y en el lento ademán con que se alejan, prueban que al recibir ese dinero honran al que lo da... Muchas veces, junto a ellos, yo he creído ser el perdiosero...

En otras partes del mundo he llegado a observar que con el frío la gente pobre sufre, y que al sufrir se queja. En Roma no. Diríase que las inclemencias del frío y la candidez tiritante de la nieve siembran en los espíritus alegres esperanzas y sonrisas de fiesta.

—*¡La nieve!*

El espectáculo de una lluvia de nieve es algo que nosotros los insolados del Sur no alcanzaremos nunca a gustar bien. En Roma, donde pocas veces el invierno es helado, la nieve comenzó a caer el 26 de Enero. Era como una función teatral al aire libre. Al salir a la calle,

mi impresión fué rarísima. Vedla. Sentidla por mis ojos. Primero veis caer del cielo, silenciosamente, en un silencio fúnebre, una lluvia continua de algodón desmenuzado. En lugar de gotas de agua, son copitos de nieve. Bajan, bajan y bajan, siempre en hondo silencio. Los paraguas blanquean con espuma de leche. Las espaldas y los hombros de las gentes simulan estar llenos de harina. Los árboles parece que tuvieran sus ramas enjalbegadas de cal. Una cal que cuelga en estalactitas de los bordes... Y en medio de toda esta blancura, sobre las calles alfombradas de blanco, en las que no se siente el ruido de ningún vehículo, pues todos andan silenciosos y con pausa para que los caballos no rueden sobre el pavimento resbaloso; por medio de esta ciudad de crema chantilly, la gente pasa alegre. De repente un grupo de muchachos rompe el silencio. Gritan. Saltan. Vociferan. Se tiran a la cabeza bolas de nieve. Organizan valerosos combates... De un taller de modistas salen cuatro lindas romanas, con su delantal y sus tijeras. Han recogido con sus pequeñitas manos encantadoras puñados de nieve y se los arrojan mutuamente. Parecen pajaritos. Riéndose, cantan... En los paseos, en Villa Borghese, que es algo así como el Palermo de Buenos Aires, o como el Prado de Madrid, o como el Jardín Botánico de Río de Janeiro, los estudiantes de Bellas Artes abandonan la creta y se reunen bajo las arboledas para erigir estatuas de nieve, que a veces tienen el arte de una obra bella y la belleza de una obra transitoria que se derrite y muere apenas sale el sol.

Y como cuando nieva los artistas abandonan sus talleres para, como en una devoción, hacer estatuas de armiño que viven pocas horas, los modelos de los pintores y escultores también hacen su fiesta. No trabajan.

—*¿Trabajar?*

¡Oh! En verdad, el trabajo de los modelos consiste en no hacer nada. Sin embargo, muchos de ellos y de ellas—porque hay hombres, mujeres y niños—se mueren de cansancio, de tisis, de pulmonía. ¡Pobres modelos!

—*¡Pobres modelos!*

Sí. En Roma, donde la profesión de modelo es la que con más amor prefieren los humildes, es causa de muchas amarguras y de no pocas muertes. Las mujeres son las que más pena dan... En la vía del Babuíno, desde la plaza de España hasta la plaza del Pueblo, lo mismo que en la vía Margutta—ambas calles de artistas—, las veo todos los días, en el cordón de las veredas, en los escalones de la gran escalinata de la plaza española, o en el atrio de las iglesias. Allí las veo a todas horas. Es su mercado. Desde la mañana se instalan esperando al artista que las lleve a su estudio. A veces durante todo el día nadie viene a buscarlas. Esperan resignadas. Para almorzar llevan consigo una canastita con un trozo de pan, un poco de guiso de cebolla y a veces un caramelo. ¡Pobrecitas! Yo las quiero mucho, porque las admiro. Son heroicas. Algunas son mis amigas. Las he conocido en los estudios de mis compañeros los artistas. A muchas las he visto sobre la tarima quitarse lentamente su pobres vestidos, sucios por el fango de las callejuelas, para mostrar al pintor o al escultor que las alquila tristes flacuras de hospital y huesos de cementerio. Yo las quiero mucho, repito. Hago más: las admiro. Son tan cariñosas para con los artistas que deliran, y tienen con ellos amistades tan castas, tan puras, tan limpias, que pocas veces entre un pintor y una modelo hay pasiones carnales. Las gentes profanas que no viven en el ambiente de los artistas, creen bajamente que si una mujer se desnuda ante un pintor es porque la tal mujer no puede ser honrada, ni debe permitirse el lujo de tener pudor.

Se equivocan. Es vulgar el caso de las modelos que no sienten vergüenza de mostrar la rosada belleza total de sus carnes angélicas y que en cambio, después de vestidas, tratan de esconderse para atarse la liga...

Además, llevan una vida bohemia que las hace simpáticas. Algunas son célebres. Pero inútilmente. ¡Cuántas de ellas, anónimas, que ya han muerto o que han envejecido, viven en las telas de los grandes museos! ¡Cuántas que vivieron sólo viente años en la tierra, vivirán veinte siglos en mármol!... De vez en cuando—como que son mujeres—, no es difícil que la pasión hacia un artista de esos melenudos con cabeza de apóstol las embriague y las mate. Estas buenas hermanitas, ¡pobres! que sirven amenudo para hacer cuadros trágicos, suelen a veces vivir la realidad de estas tragedia. En el Pincio, donde hay un paredón desde el cual se matan en Roma los apasionados, se recogen casi siempre cadáveres de infelices modelos. Aun hay almas femeninas en Roma que se mueren de amor... Días pasados me narraron algo muy hermoso. Yo veía todos los días al pasar por el mercado de modelos a una muchacha robusta con una ensortijada melena rubia que la asemejaba a uno de esos rollizos angelitos,—"putinos"—, de las tumbas papales de San Pedro. Al pasar, siempre me saludaba con un dulce:

—*Buon giorno, maestro.*

Me había conocido en el taller de Carolus Durand. Después la ví en otros talleres. No sé por qué creyó que yo debía ser pintor. Y ya sabéis que para los modelos todos los pintores son maestros... Pues bien; hace una semana, la muchacha desapareció. La buscaron sus compañeras por todos los estudios. Unas dijeron, maliciosamente:

—*Estará con algún artista...*

Y otras:

—*Habrá dejado la "profesión"...*

Pero no. Nada de eso había ocurrido. La buena rubiecita no había caído en los brazos de ningún artista, ni había resuelto abandonar su plinto... Había hecho algo más pintoresco y más romántico: se había suicidado tirándose a las aguas del Tiber. ¿Por qué y por quién? Sencillamente por nadie. Por nadie. Por orgullo. Por amor a sí misma. Dejó escrita una carta ingenua, en la cual decía que habiendo notado que su cuerpo iba perdiendo por la tisis la belleza que había prestado a muchos cuadros y a muchas estatuas, no deseaba contemplarse bella en esas obras, sintiéndose ella misma flaca y fea... ¡Pobrecita! Al recordarla siento vibrar en mis oídos su dulce voz tan suave:

—*Buon giorno, maestro...*

—*Adiós, rubia. Adiós para siempre...*

* * *

También me da pena la enorme cantidad de niños modelos que encuentro todos los días. Ellos, junto a las mujeres y metidos en sus trajes nacionales, esperan que los artistas vayan a buscarlos. Muchos de ellos que *posan* para el desnudo, se mueren de pulmonía. Con estos inviernos crueles, estando cinco y hasta diez horas desnuditos e inmóviles, la menor corriente de aire los tuerce. Les rompe los pulmones.

* * *

Hay después los modelos viejos. El anciano de barbas pluviales, que sirve de modelo con la calavera de su propia madre: El matrimonio que desde hace cincuenta años ejerce la misma profesión en Roma. Las muchachas de ojos místicos y de labios plegados en un eterno gesto de cristiana oración. La popular "Virgen María", que siempre *posa* para los cuadros en donde debe figurar

una virgen y que cree un deshonor servir de modelo para cuadros profanos.

Y por fin, la que más interés me ha despertado: una muchacha que aparenta ser joven, pero que tiene unos treinta años. No es bella. No es fea. Ella no *posa*. Pero alquila niños a las madres pobres. Los carga consigo hasta que algún artista necesita modelos infantiles. Va con los niños y los tiene en las faldas mientras el pintor o escultor copia sus formas. A veces, lleva un biberón, pastillas, y hasta les da pellizcos para que no chillen...

Cuando el pintor necesita copiar el gesto de un niño llorando, ella, la muy gata, también lleva alfileres que hunde en las carnes inocentes de esos chicos ajenos... Se la conoce por el nombre de *La madre di nessuno*.

—*¡La madre de ninguno!*

Y así como hay una "madre de ninguno", también hay en Roma muchos "hijos de nadie". Esta denominación, que se aplica actualmente a los niños de Calabria que por el terremoto han quedado sin padres, puede aplicarse a los muchos vagabundos que merodean en las orillas de Tiber. El atorrante no es, como se ve, una particularidad de América, como tampoco el "golfo" lo es de España.

Los que nos atribuían ese honor, se equivocan. Nuestros vagabundos criollos pueden reivindicar orígenes ilustres. En Francia se les llama *gneux*. En Inglaterra, *tramp*. En Italia, *figlio di nessuno*. Los atorrantes que en mis continuas excursiones por los peligrosos barrios del crimen he podido encontrar, no son en Roma nuevos. Existe entre ellos la prosapia conservada a través de los siglos. Existe la estirpe. Se conserva la aristocracia histórica del atorrante, como la nobleza conserva sus pergaminos.

Si alguno de estos vagabundos de Roma hubiera tenido tiempo de escribirme un autógrafo, sin duda habría-

me dado una salutación confraternal para sus colegas del Paseo de Julio. Son hermanos. A uno se la pedí. Pero me contestó:

—*¡Oh! No puedo. Estoy ocupado...*

Y tendido largo a largo sobre las piedras del río, siguió con los ojos entreabiertos mirándose hacia adentro. Hacia su propio espíritu. Hacia las estrellas. Hacia el ideal...

* * *

Como en Buenos Aires el hotel de la calle Entre Ríos, y como en Montevideo cerca del cementerio, en Roma los vagabundos tienen un asilo que es público· Y gratuito... Después de dormir o soñar durante todo el día, llegan en peregrinación mecánica al albergue. Y allí siguen durmiendo. Durmiendo y soñando.

Sus costumbres son idénticas a las de sus colegas de España y de América. El traje es el mismo. Su moda es la moda de todas las épocas. Altivos y honrados, nunca piden limosna y nunca roban. Un carabinero del Trastevere, a quien pedía yo informes, me dijo:

—*A estos hombres nunca se les lleva presos, ni por robo ni por explotar la caridad. Comen si encuentran basura digerible. Duermen, si los dejan· Si los arrojan de aquí, se van allá...*

—Así son los nuestros—agregué yo.

Y es justicia decirlo. El tipo del vagabundo que vive miserablemente para no deshonrarse pidiendo una limosna o trabajando y que no mancha su honor con un vil robo, tiene algo de legendario que lo sublimiza. Forman una raza loca de judíos sin patria. Son seres superiores que comprenden que la vida no merece tanta pasión, ni tanta fe, ni tanto entusiasmo como la que por ella se malgasta...

Cuando mueren, sus cabezas quedarán tan vacías como las de los reyes y como las de los sabios. "¿Para qué

no. Solitario... Con él y con otros jóvenes de la bohemia intelectual de Roma, se reunía en los cafés literarios. Mientras los demás hablaban y discutían, Corazzini, silencioso, hermético, ponía los ojos fijos en una luz cualquiera. Soñaba. Soñaba largas horas. Sobre los labios gruesos y sensuales, una sonrisa irónica ensombrecía su máscara. Trabajaba en una compañía de seguros. Entre póliza y póliza hacía un verso. Y callaba su vocación. Se concentraba. Se mordía:

—'Si supieran que hago versos, — oyósele decir una noche, — castigarían mi insolencia echándome a la calle..."

El temor no fué suficiente para que dejara de escribir. En compañía de otro joven poeta, — Alberto Tarchiani, — cuyas almas rimaban entre sí cual dos campanas de un mismo cementerio, publicó un delicioso libro de poemitas. Titulábase: *"Piccolo libro inutile"*... Desde el principio hasta el final, el libro es de un encanto ingenuo que subyuga. Ata. Lleva. Sumerge en ondas tibias. Son versos humildes. Dolorosos. Llenos de una vida soñada más que vivida.. En la última página del *"Piccolo libro inutile"*, leo esta modesta confesión que encierra l desprecio irónico de los grandes artistas: "I due poveri autori non hanno osato dichiarare il prezzo di questo libro inutile perché, immaginandolo tale, pensarono che nessuno avrebbe voluto comprarlo."

Va veis. No es una humillación. Es la seguridad del propio mérito valiéndose de la ironía para ocultar la rudeza de su orgullo.

A pesar de todo, Sergio Corazzini era conocido sólo en esos cenáculos literarios que no tienen más tribuna que la mesa del café.

Con él ocurrió como siempre, Muchos Pedros oyeron cantar al heráldico gallo bíblico sin siquiera moverse.... Uno de los arrepentidos fué Doméni-

co Oliva. Como hombre de talento, lo ha confesado. El día que murió Corazzini, Oliva escribió un artículo en el "Giornale d'Italia", condoliéndose de no haber ayudado en vida a este joven poeta que con modestia le pidió alguna vez, — inútilmente, — el apoyo de su prestigio literario. Era tarde...

* * *

Este poeta infeliz tuvo una infancia triste. Con un poco de melancolía instintiva y con mucha melancolía de la suerte, sus veinte años amanecieron en la tumba. Hay que leer sus versos. En ellos se ve la clarovidencia con que este niño, tan precoz en sus sueños, adivinaba su próximo fin. Enfermo de tuberculosis, sabía que las horas de su reloj no serían muchas. Siempre lo presagiaba:

—"Lo he leído en las estrellas — decía. — Me moriré muy pronto. Y no me pesa..."

Así fué. Hace dos años, en un día de sol, el bardo tísico abrió los crueles ojos en su fiebre final y le dijo a la madre:

—"Madre: he oído un rumor. ¿Quién es? Percibo un suave perfume de rosas frescas. ¿Quién ha entrado? ¿Quién me trae esas flores?"

—"Nadie, hijo mío" — respondió la Dolorosa. — "Nadie ha entrado. Ninguno ha traído flores..."

"¡Oh, sí! ¡Cuántas flores me han traído! Yo las veo. Míralas... Dámelas, madre..."

Y en seguida, cubierto por los besos enloquecidos de la pobre viejecita, el poeta murió.

* * *

En todas las estrofas de Corazzini se ve surgir sin ruidos y sin muchas frases, la imagen consoladora de la muerte. He aquí una, cuya melodía es sugestiva. Hasta los que no comprendan muy bien la dulzura del idioma

celestial de Stecchetti, percibirán las armonías de un violín lejano. Un violín nostálgico. Un violín que vibrara muy lejos. En la luna...

"Oh, io sono veramente malato! — E muoio, un poco ogni giorno. — Vedi: come le cose. — Non sono dunque un poeta: — io so che per essere detto: poeta, conviene — viver ben altra vita! — Io non so, Dio mio, che morire. — Amén".

* * *

En el mismo canto titulado "Desolazione del povero poeta sentimentale", hay otra bella estrofa. Con sacrilegio, me animo a traducirla: "Anoche he dormido con las manos en cruz. — Me parecía que era un pequeño bambino olvidado de todos los humanos. Me parecía que era la tierna cosecha de un recién venido. Sentí deseos de ser castigado, y de que me dejaran sin comer para echarme a llorar, solito, desesperadamente triste, — en un ángulo obscuro de mi pieza..."

* * *

El spleen también flota en sus versos. El ansia del no ser mueve las alas blancas de su musa eneferma. "¿Qué me cantarás esta noche?" — le pregunta a su amiga. — "No quiero pensar mucho. Cántame la primera canción antigua que recuerdes. Una de aquellas canciones que no se cantan más. De esas canciones que ya no hacen abrir más los balcones... ¡No quiero pensar mucho! ¡Cántame!"

Y en seguida, en "Rime del cuore morto", delira: "¡Oh, pequeño corazón mío, tú eras inmenso como el corazón de Cristo! ¡Ahora estás muerto!..." Y después continúa: "Mi corazón era como un inmenso sol que no tuviera cielo. Ni mar. Ni tierra... Un sol sostenido por sí mismo en el espacio. Un sol de fuego que ardiera estando helado..."

LA MAESTRA DE LOS PERRITOS

Mi maestra...

Me parece verla todavía. Cierro los ojos y la veo. Pero la veo tan bien, que al evocar su imagen, dudo de que haya muerto... La pobre murió tísica. Los chicos a quienes ella adoraba, fueron sus victimarios. Los chicos la hicieron sufrir y tanto la hicieron llorar, que la infeliz no tuvo más remedio que morir. Y murió, os lo juro, santamente. Era pequeñita, rubia, suave... Hablaba con los ojos. Sus ojos eran negros. Además de negros, eran tristes, pero de una tristeza de muchacho enfermo que no tiene juguetes... ¡Pobre maestra! Me dan ganas de llorar cuando me acuerdo de ella... Yo la hice penar mucho. Una vez lloró por mí de tal modo que, todavía, después de veinte años, mi corazón se encoge de vergüenza. Sin embargo, mi culpa no era grave. Su temperamento enfermizo y sus nervios sensibles de violín armonioso, agrandaron mi falta. ¿Qué le hice? Fué sencillo. Aprovechando un instante en que ella salió al patio, escribí en el pizarrón, con tiza, lo siguiente:

"La maestra se parece a un fideo"... Cuando volvió al salón y leyó esa grosera mofa a su flacura, no pudo hablar. Se puso pálida. Tuvo un acceso de tos. Se fué a su mesa, y con los codos apoyados en ella y cubriéndose el rostro con las manos comenzó a llorar y a toser. Lloraba de una manera tan melancólica y tan en silencio, que todos enmudecimos. Aquel llanto y aquella tos me hicieron ver un poco más el fondo de la vida. Por nuestras

inconscientes almas infantiles pasó un helado soplo de miedo. Yo temblé, Quedé inmóvil en mi banco, hasta que oí la voz de la maestra. Habíase quitado las manos de la cara, y al través de las lágrimas, nos dijo:

—¿Por qué son ustedes tan crueles?... Estoy flaca, es verdad, muy flaquita... Hace quince años que trabajo, enseñando a leer y a escribir. Hace quince años que sufro el placer de educar a los niños. Hace quince años que estudio de noche y trabajo de día para sostener a mi familia y para evitar que mis pobres padres viejos se mueran de hambre. De tanto trabajar me he puesto flaca... Sí. "Flaca como un fideo"'... ¿Y ustedes no me tienen lástima.

Cuando la infeliz dejó de hablar muchos chicos lloraban. Otros, oían con la boca abierta. Los demás, temblaban. Por mi parte, adiviné esa tarde que el suicidio es la única solución de muchas agonías...

—¿No me tienen lástima? — repetía la señorita. — ¡Flaca como un fideo!... ¿Quién escribió eso?

* *

Reinó en el aula, un silencio profundo. Nadie se atrevió a denunciarme. Pero, cuando las clases terminaron y todos los alumnos se fueron, yo me quedé el último. Mi maestra en el zaguán presenciaba el desfile. Aguardé hasta el final. Entonces me aproximé tembloroso:

—Señorita...

—¿Qué?

—¿Me quiere hacer un favor?

—Con mucho gusto. ¿Qué quieres?

—Deme un beso.

—Tómalo...

—Ahora, pégueme...

—¿Qué te pegue?

—Sí. Pégueme fuerte. Deme una cachetada. Hágame saltar los dientes... ¡Pégueme!

—Pero, ¿por qué? ¿Estás loco?

—No, señorita. Soy un asesino. Yo fuí quien escribió aquello en el pizarrón. ¿Recuerda? "Se parece a un fideo".

—¿Tú?

—Sí. Yo.

Me tomó en sus brazos. ¡Yo tenía nueve años! Me besó una vez. Dos veces. Tres veces. Muchas veces... ¡Aún me parece que me está besando!... Al día siguiente, pedí a mi madre una monedita para comprar bizcochos. Fuí a la botica:

—Deme diez centavos de pastillas para la tos.

Llegué a la escuela. Penetré triunfante. Y ocultamente, sin que los demás chicos me vieran, le regalé a mi maestra las pastillas.

—Tome, señorita. Son buenas para la tos.

Me acarició con su manos húmedas y frías. Me besó en la frente. Y...

Pasaron los años. Cuando volví a mi tierra, fuí a visitar su tumba.

* * *

No fué sin duda, la historia de mi buena maestrita lo que empecé a contaros. ¡Pero es tan bello remover penas viejas! Además, no podría nunca evocar en mi memoria el recuerdo de aquella escuela, sin que se filtrara por las rendijas de mi corazón la imagen de quien me enseñó a leer y a presagiar la vida...

* * *

El primer día de clase, al llegar, me llamó la maestra:

—Veamos. ¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Juan.

—¿Qué edad tienes?

—Nueve años.

—Muy bien. Siéntate allí.

Mi traje, aunque muy viejo, tenía menos edad que yo. Estaba remendado y planchado. Me daba el aspecto de un poeta limpio. Bajo el brazo lucía con vanidad una pizarra que me enorgullecía. Atravesé por entre los bancos y ocupé el sitio que la maestra me indicaba. En seguida le tocó el turno a una chica.

—¿Cómo te llamas, nena? — le preguntó la señorita.

—Haydée, para servir a usted.

—¿Cuántos años tienes?

—Siete años.

—Perfectamente. Siéntate en ese banco, al lado de aquel niño.

"Aquel niño" era yo. Mi compañerita era rubia. Hermosísima. La miré de reojo. Tenía un rostro ovalado. Un cutis de terciopelo lila transparente. Pómulos sonrosados. Y unas manos de blancos dedos largos y flexibles. ¡Qué hermosa era, Dios mío! En aquella época — como en todas las épocas — yo comparaba la belleza de las mujeres con la belleza de las flores. El hombre siempre goza el encanto de clasificar a las mujeres botánicamente. La mujer clasifica a los hombres zoológicamente... Yo no sabía nada de botánica, pero tan pronto como vi a mi compañera, la coloqué en la familia de las rosas...

Nos hicimos amigos. Ella era más inteligente y perspicaz que yo. Resolvía los problemas con mayor rapidez. Sus cuadernos y sus libros eran los más limpios de la escuela. En cambio, los míos eran como han sido siempre...

La maestra me preguntaba:

—Diga usted, Juan, ¿cuánto es 10 por 4?,

—10 por 4 son... son... son...

—¡Tonto! Dile que son 40 — me decía Haydée por lo bajo.

—Cuarenta, señorita.

—Muy bien.

Haydée se ponía contenta al ver mi triunfo. Yo le sonreía agradecido y por debajo del banco le apretaba la mano. ¡Qué linda mano! ¡Qué lindos dedos! Qué lindas uñas!

La confraternidad del banco nos hizo tan íntimos, que un día sufrí las consecuencias de aquella amistad inocente. Comenzaban las clases y Haydée no había llegado. Transcurrieron las horas y Haydée no venía.

—Señorita, Haydée no ha venido.

—Ya lo sé. La mamá me ha escrito, diciéndome que hoy no vendrá a clase, pues la pobrecita está enferma.

No pude soportar la noticia. Me eché a llorar. Lloré tanto que la maestra me consolaba con palabras dulces.

—No llores. Pronto Haydée estará buena y volverá.

Uno de los chicos, un tal Pedrito, se burló de mi llanto. Arrojóme una pelotilla de papel. Me resigné ante la injuria. Pero, más tarde, en el recreo, el mismo Pedrito me asustó, diciéndome:

—"¡Zonzo!... Haydée se murió anoche. La aplastó un trenvía."

—"¡Mentira, mentira! — grité yo. — No es cierto. La señorita dice que mañana vendrá"... y yo lloraba como un loco. De un golpe de puño, le cerré a Pedrito un ojo. ¡Canalla! Al día siguiente llegó Haydée a la escuela. Estaba tan bella como siempre. Al verla, sentí una sensación muy extraña. El lápiz se me cayó de las manos y temblé de frío.

—¿Cómo te va, Juan?

—Bien, Haydée. ¿Y tú? ¡Te extrañé mucho!

—Yo también...

* * *

Durante la lección miraba a Haydée, encantado de verla allí, a mi lado. Me embriagaba con su fragancia de rubia deliciosa. Tenía siempre ese rico olor que despiden

las ropitas limpias que las madres perfuman con alhucema y resedá...

—¡Qué linda estás, Haydée!

—¿Te gusto?

—¡Oh sí! Quisiera darte un besito. ¿Quiéres?

—Bueno...

Dejó caer un libro que rodó bajo el banco. Se agachó a recogerlo. Yo también me agaché. Y allí, bien escondidos, la di un beso en la boca y la mordí los labios como si comiera con glotonería un durazno, "in fraganti".

Después de ese beso furtivo, glotón y sabroso, nuestros libros se cayeron a menudo al suelo.. Hasta que un día, la profesora resolvió cambiarme de banco. Protesté. Me quejé. Imploré... Todo fué inútil.

—Es necesario colocarse en los bancos por orden de estatura — dijo la maestra.

Haydée era más baja que yo. De manera que mientras ella ocupaba el tercer banco de la primera fila, yo estaba en el octavo de la segunda fila... En el de Haydée hicieron sentar al odioso Pedrito, y en el mío, sentaron a una chica jorobada, con la cara llena de granos, sucia y horrible. ¡Asquerosa! Me ponía de perfil para no verla. Por encima de los demás alumnos, yo cambiaba miradas y sonrisas con Haydée, que sufría tanto como yo la cruel separación. Unicamente en el recreo podíamos hablarnos:

—¿Me quieres siempre? ¿Aunque estés en otro banco?

—Sí, te quiero. ¡Te quiero mucho!

—Tengo ganas de darte un beso, Haydée.

—Voy a pedirle permiso a la señorita para traer un libro de mi banco. Tú me acompañarás y allí... ¿Quieres?

—Bueno. Bueno.

.. ..

—¡Ay, qué rico!

* * *

Cierto día en que yo contemplaba a Haydée por encima de mis compañeros, mientras la maestra nos aburría con una grave cuestión de aritmética, vi con espanto, que Pedrito pellizcaba a mi novia. Ella le sonreía y le hablaba llena de placer. De pronto vi que Haydée dejaba deslizar un libro bajo el banco ¡como yo le enseñé! y que ambos se escondían para recogerlo. ¡Qué espanto! ¡La sangre me encegueció! Oí bajo el banco el murmullo de un beso. Yo no lo oí. Lo adiviné.. El susto, la sorpresa, el odio, la ira, me paralizaron los nervios, el pensamiento y la imaginación. Quedé atontado. ¿Qué debía hacer? Las horas pasaron· Y pasaron los días. Pensé en la venganza. Después, reflexioné. Era más noble perdonarlos. Y...

* * *

—¡Ingrata! Me has engañado, — le murmuré en la calle.

—¿Yo? Si lo besé a Pedrito fué solamente para cerciorarme de si los besos tuyos eran iguales a los de él.

—¿Y cuáles te gustan más?

—Los de Pedrito, porque son los últimos — y se alejó corriendo.

Yo estaba loco de celos y de encono. Pensé en morir, colgado del pescuezo, en un arbolito de sauco que había en el último patio del colegio· Resolví matarme. Ya me veía ahorcado, con la lengua afuera. Y sonreía, dentro de mí, al pensar que Haydée y Pedrito sentirían una pena epantosta, — al ver que yo, desde la tumba, les sacaba la lengua... Los chicos, — los grandes — creen como los japoneses, que el mejor remordimiento para un culpable es poner ante sus ojos el cadáver de su propia víctima!

El día que resolví matarme hacía un calor insoportable. Todos teníamos sueño. A la hora de la siesta, la maestra intentaba hacernos entender inútilmente, no sé qué lección de geometría. Me hizo ir al pizarrón para que dibujara una espiral. Tomé la tiza y mi compás de acero. Desde mi sitio, dominaba toda la sala. Casi ningún alumno oía a la maestra. Una pesadez de triste somnolencia flotaba en el ambiente. Vi que Pedrito dormía profundamente, sobre el banco, con la cabeza echada hacia atrás. Para que la maestra no lo viera Haydée lo había ocultado con sus libros. ¡Qué odio! ¡Qué rabia! Dibujé en el pizarrón la espiral y la maestra me mandó a mi puesto. Esgrimí la acerada punta del mi compás cual si hubiera sido una cuchilla. Estaba furioso... Me dirigí hacia donde dormía Pedrito, y con la rapidez de un ratón, le hundí las puntas del compás en los ojos...

* * *

Lo demás, pertenece a la crónica de policía. Me tuvieron preso. Me examinaron el cráneo. Y, como era un chico de nueve años, resolvieron ponerme en libertad. ¿Dónde estará Haydée? ¿Donde andará Pedrito? Nunca he podido saberlo. Sólo sé que Pedrito quedó ciego... Y aún no sé si estoy arrepentido.

"PAPÁ YO QUIERO SER YEGUA..."

—*¡Don Luis del Haro!...*

—*¡Oh! Es un noble señor. Es un virtuoso y heroico defensor de animales. Además, es muy rico...*

Bastaba pronunciar el nombre de don Luis, para que todos convinieran en su excelsitud. Su tierno corazón era de pollo... ¿Su alma? De cordero... ¿Sus virtudes? De perro, o mejor: de perrito... En fin, era un gran Don Quijote de los animales... Acaba de morir y deja diez millones de pesos para que se prosigan sus obras de caridad zoológica. ¡Jóvenes poetas, que sufrís sin apoyo, la soledad conmigo, lloremos sobre el cadáver de este gran caballero! Elogiemos sus méritos. Hagamos que se le imite. Destruyamos el mundo. Seamos anarquistas...

Don Luis había consagrado su vida a la protección de sus hermanos, los gatos, los perros, los caballos... Era tan profundo su amor a ellos, que nunca cometió la bajeza de dar una limosna a ningún ciego, a ningún niño con hambre y a ninguna madre infeliz que no tuviera plata para comprar remedios al hijo moribundo. Parecíale un crimen malgastar su dinero en esas tonterías románticas, cuando tantos caballos y perros y gatos se quejan en la tierra.

Cierta vez vió a un carrero castigar su caballo. Era una yegua de ojos melancólicos. Don Luis se conmovió:

.—*¡Miserable! ¿No tiene usted vergüenza de pegarle así?*— Y acarició a la yegua con ternura de padre.

—*¿Qué culpa tengo yo* — dijo el carrero — *si no quiere caminar? Está empacada... Lo hace de gusto. Por darle a ella de comer, mis hijos se quedaron sin almuerzo. Y esta noche, tampoco comerán... ¡Vamos! toma... toma...*

Y prosiguió pegándole, con furia.

—*¡Le prohibo que le pegue!*—decía don Luis.

—*Toma... Toma... ¡Arre!...*

—*¡No le pegue, canalla!*

—*¡La mataré a golpes!*—insistía el carrero. Y sus latigazos parecían puñaladas... Don Luis, ciego de coraje y de altruísmo, intentó asirse de los robustos brazos del hombre para inmovilizarlo. Pero, el carrero, de un empellón, lo tiró al suelo y prosiguió castigando a la yegua. Entonces, don Luis, se levantó. Furioso. Loco de rabia. Sacó el revólver. Y...

—*¡Pum!*

Cuando vino la policía, don Luis acariciaba a la yegua. Y dijo, sonriendo:

—*Si, señor comisario... Maté a este carrero en defensa propia. Si no intervengo tan a tiempo, la pobre yegua muere bajo su látigo...*

La yegua, entretanto, miraba el cadáver de su amo, tendido sobre el barro y la sangre. Y de sus ojos tristes surgieron dos lágrimas que rodaron hasta el muerto...

Cuando don Luis salió de la comisaría, al pasar por un conventillo,—la casa del carrero,—oyó que alguien lloraba. Pensó que fueran gatos. Se detuvo:

—*¡Tengo hambre, mamita! Papá no viene...*

¡Bah!—exclamó don Luis,—*¡son muchachos!* — Y siguió su camino. Estaba satisfecho de haber expuesto su vida, su libertad y su honor, por una yegua..

Ayer, conté en casa esta anécdota. Y mi chico exclamó:

—*¡Papá, yo quiero ser yegua!*

Sentí, entonces, la melancolía de no ser caballo.

EL ARGENTINITO QUE SE VA...

Muy de madrugada, el italiano partía a sus faenas. La fecundidad de la Pampa, llenaba su imaginación de fuegos de artificio. Sentíase feliz.

—*Gaetano: ¿No piensas volver a Italia?*—le decían

—*¿Para qué? Aquí trabajo. Ahorro... Me estoy haciendo rico.*

La mujer, —una buena criollita,—con la que se había casado en la Argentina, se dedicaba desde el amanecer, a la higiene del rancho. Después, hacía el puchero. ¡Qué puchero tan rico! Nunca el estómago del marido se hastió de saborearlo. Es que las criollas conocen el arte de hacerlo todos los días, cambiándole cada vez, de aspecto y de perfume.

En tanto, el hijo,—un delicioso nene de cara eternamente sucia, jugaba con su perro "Pichicho". Los dos andaban juntos. Se revolcaban en el espléndido barro que embellece a los chanchos y hermosea a los niños campestres. Jugaban en el agua. Eran como hermanitos... A veces, el perro contemplaba al chiquillo con unos ojos dulces, llenos de amor de madre. Era un perro brutal. Valiente. Mordedor. Feo... Había nacido, como el niño, en la Pampa. No admitía caricias. No ladraba. Rugía... Pero, se dejaba pisotear por el chico con una mansedumbre de tigre embalsamado. Y era tan maternal su cariño

hacia él, que sólo por complacerlo, *Pichicho* se hubiera dejado insultar por las uñas de un gato.

—

Vino el mal tiempo.

—*¡La miseria en la Pampa!*

Lluvias. Sequías. Temporales. Crisis... Cual una turba de judíos errantes, huían los obreros en busca de sus patrias. Iban en busca de sus patrias lejanas, donde también encontrarían dolor. Guerras. Miserias... Peró, allá, en sus pueblos, la miseria les parecía menos mala. Les parecía cariñosa. Tal vez, más familiar... Era una miseria que les inspiraba más confianza, puesto que la conocían desde pequeñuelos. La vieron en la cuna con su cara de loca y sus lágrimas secas... Era una miseria que se sonreía por entre los harapos. Siendo niños, los besaba en la frente. Los hacía reir con las cosquillas de su barba peluda...

—*¿Vamos a Italia, Luisa?*—le preguntó Gaetano a su criollita.

Huyeron de la Pampa. El niño, quería llevar su perro ¡Imposible! Lo dejaron en el rancho vacío... Después de varias horas de ferrocarril, Gaetano, Luisa y el nene llegaron al puerto. Se embarcaron... Pero, de pronto, la mujer vió que un perro le lamía el ruedo de su falda. ¡Qué sorpresa!

—*¡N'ene, tu Pichicho! Míralo.*

Era él. ¿Cómo había llegado de tan lejos? Escondido, quizás... Estaba flaco. Con la lengua afuera. Sediento...

* * *

El buque ya partía.

—*¿Qué hace este perro a bordo?*—gritó un oficial. Lo echaron a tierra a golpes de botín. El buque se fué

alejando, mientras *Pichicho,* en el murallón, con los ojos muy abiertos, miraba aquel buque. Miraba aquel fantasma que iba por el agua con su amigo. Y el perro no lloraba. Rugía.

—*¡Adiós, Pichicho!*

Era el argentinito que se iba con rumbo a las tierras del padre. Llorando, saludaba con los dos bracitos sucios a su perro, cual si aquel animal melancólico, escuálido y sombrío, fuera toda su patria...

LA MUERTE DE MI SILLON...

—¿Sabes quién está loco?

—¿Quién?

—Pedro Zubieta.

—No puede ser. Era un hombre normal.

—Sí. Pero, está loco. Ayer, su esposa le encontró conversando con el lavatorio. Felizmente, a pesar de sus alaridos, le pusieron el "chaleco de fuerza".

—Imbéciles!... Es lo único que supieron hacer. ¡Enchalecarlo! Ya no es posible tener imaginación. Si a un sensitivo se le ocurre hablar con el alma de un mueble, lo arrojan, a empujones, al hospicio...

—¿Qué? ¿Supones que es muy lógico hablar con lavatorios?

—Zubieta no está loco... Los muebles tienen alma. Tienen alma lo mismo que los perros. Lo mismo que los gatos. Al igual de los cerdos. Igual que las estatuas... Así como del recio choque de dos piedras frías, surge la chispa cálida que incendia y que destruye, también del continuo roce de un hombre con un mueble, surge la "chispa espiritual". ¡Ese flúido que ata al hombre y al mueble a través de un idioma de recuerdos y de goces y de penas vividas en común! De la amistad de una cabeza con su almohada, depende muchas veces su gloria. O su infortunio...

Hubiera continuado. Pero, las carcajadas de mi amigo me hicieron comprender que había dicho de sobra. (Como Zubieta, merecía el manicomio...)

Me acosté. Me acosté pensando que yo tenía razón. Sin embargo, las carcajadas de Juan de los Palotes, hiciéronme dudar:

—*¿Y si en realidad, las "cosas" carecieran de un alma?* — pensé contemplando la paralítica vejez del sillón de mi abuelo. ¡Pobre sillón! Parecía moverse. Parecía hablar. ¿Hablaba? Sí. En silencio, oí que me decía:

—*¿No crées en la existencia de mi alma? ¡Ingenuo! ¿Acaso cuando me miras no te rememoro tu pasado? Yo presencié la historia de tu vida. ¡Mírame! Yo tuve en mis brazos a tu abuelo, poeta del whisky y de la pipa. Murió de sueño a los cien años... Y después, ¿no fuí yo el trono predilecto de aquella viejecita, cuyo nombre te callas porque te hace llorar? Recuérdala... Mira mi respaldo... Aún conservo la huella de sus pobres huesos doloridos por los latigazos de la pena... Tu memoria nunca tendrá para el recuerdo de esa viejecita, la firmeza fiel de mi esterilla... ¡Además, fuí tu cuna!*

—

Me arrojé de la cama. Me arrodillé junto al sillón:

—*Perdóname,*—le dije—*Tú tienes alma. Idéntica a la mía... ¡Querido sillón viejo!*

—

Unos gritos interrumpieron mis palabras. ¡Horror! Era mi criada. Había visto mis gestos. Había oido mis frases. Con espanto, huyéndome, decía:

—*¡Mi patrón está loco!*

Pensé en Zubieta. Sentí miedo al "chaleco de fuerza". Y, riéndome de mí mismo, arrojé el sillón por la ventana. Lo asesiné...

EL MUSEO DE LA POBRE DERVORGIL

Mira quien pasa — exclamó Ketty. — *Viene del mercado...*

—*¡La pobre Dervorgil!*

Nuestra imaginación se llenó de recuerdos. Esta buena mujer había sido mi "nourse". Era irlandesa. Abuelita la trajo de la Verde Erin. ¡Qué vieja estaba! Sin embargo, su robustez la hacía más joven.

—*¡Dervorgil!, ¡Dervorgil! Suba...*

Dejó su canasta en el suelo. Nos abrazamos... Diez años de ausencia! Ella, con su cara rubia llena de sol, nos vió de luto. No dijo nada. Comprendió. Y lloramos por el viejo querido...

Dervorgil hablaba copiosamente. Su idioma nativo, —el *erse*,—hacíale retorcer con la lengua las frases. Para mí era un encanto oir esa voz que aún la creo escuchar al borde de la cuna, como huelo todavía el resedá de su cabello y de su ropa.

—*¿Y su hija, Dervorgil?* — le pregunté.

—*¿No sabe?* — y sollozó: — *¡Murió! Tenía cinco años.*

Nos pusimos tristes. Nos pusimos fríos. ¡San Patricio! Es horripilante sentir en el aire la presencia invisible de los muertos.

—*¿No quieren visitarme? Vivo sola. En la Floresta.*

—*Iremos, Dervorgil.*

Fuímos a verla. Su casita blanca y verde, parecía una jaula. Pero, sin pajaritos. El marido de Dervorgil, había fallecido hacía tiempo, lo mismo que su hijita.

—*Pasen.*

Con mi nene de la mano llegué hasta el dormitorio. Y allí quiso que viéramos algo que, para una madre, equivale a un suicidio.

—*Es mi museo*—exclamó. Era, en realidad, un museo formado con todos los recuerdos de la nenita muerta. En una vitrina había colocado muñequitas viejas y rotas. Vestiditos. Enaguas. Gorras. Muchos juguetes. Un sonajero. Un carrito. Todo cuanto la criatura había usado en la vida. Medias. Botines.

—*¿Para qué guarda esto, Dervorgil? Sufrirá usted mucho, viéndolo... ¡Tírelo!*

Hice un ademán de angustia y destrucción.

—*No, niño*—gritó Dervorgil echándose sobre sus reliquias para defenderlas. — *Son mi consuelo.*

Tomó en sus manos, con amor, un par de viejos zapatitos torcidos. Carcomidos. Con las punteras rotas... ¡La nena los había hecho correr tanto en sus juegos! Los estrujó con rabia. Y los besó con furia, en aquel sitio divino donde estaban más rotos. Pero los besó cual si creyera ver surgir por esos agujeros los rosados y tibios deditos de su nena. Y sonreía.

Al verla, mi chiquilín que ignora la diferencia que separa un puñal de un juguete, me dijo con misterio:

—*Papito, cómprame para jugar esos zapatitos rotos...*

DIEZ CENTAVOS

—¡Mozo!

—¿Señor?

¿Quién es aquel caballero tan sucio? Me molesta. Le veo todas las noches. Sin hablar, se emborracha. Se apresura a beber como si el alma astral de un can hidrófobo le empinara la copa. Parece un aristócrata que se muriera de hambre.

—No sé cómo se llama. Pero, precisamente, anoche me preguntó quién era Vd.

—¿Sí? Pues dile si quiere conversar conmigo...

* * *

—*Tanto gusto.*

—*Tanto placer.*

Y, en seguida, nos hicimos amigos. Hablamos de la temperatura. Hablamos de todo, menos de nosotros que era lo único que nos interesaba. Por fin, yo reventé:

—*Oiga, señor. Usted me intriga. Hace más de un mes que lo veo en este mismo café. Solo, siempre solo y triste. Desearía saber por qué no se suicida.*

—*Lo mismo digo yo. Sus miradas fosfóricas me asustan.*

—*No es extraño. He pasado diez años en el manicomio.*

Desde aquella noche, nuestra amistad, llenóse de cariño. Yo le confesé mi aburrimiento de ser pobre.

—Quisiera ser millonario—le dije.—Soy pobre de nacimiento.

—Es una felicidad,—me repuso—lo horrible, lo espantoso es haber sido, como yo, muy rico y muy feliz y encontrarse de repente en la miseria. Y desdichado...

—¡*Mozo, dos ginebras, dobles!*

—

Me llevó a su casa. Es decir, a la miserable habitación donde, vive o donde muere de hambre con sus hijos. ¡Qué pobreza! Es un conventillo. Varios chicos roñosos juegan en el suelo.

—Vea Vd. Estas criaturas tenían cuánto necesitaban. Trajes. Botines. Alimentos. Madre. Amor... Ahora, carecen de todo. Desde que mis negocios fracasaron la dicha se hundió con ellos. Los hijos de los pobres, que nunca saborearon la opulencia, engordan con la miseria, pero los que nacieron en cuna lujosa, y tienen que degradarse viviendo entre el hambre y la mugre, enflaquecen. Mueren...

—Pero, el cariño de la madre ha de salvarlos.

—¡La madre! Mi mujer también conoció la voluptuosidad del lujo... Por eso no pudo resistir la crueldad de la miseria.

—*¿Ha muerto?* — pregunté.

Mi amigo tuvo un sollozo. Nada contestó. Pero uno de los hijos, el más sucio y desarrapado, le gritó:

—*Papá: esta tarde la ví a mamá, en Palermo. Iba en automóvil. El viejo que la acompañaba me tiró diez centavos.*

—*¡Dámelos!* — ordenó tranquilamente el padre.

EPILOGO

LA PERSONALIDAD DE SOIZA REILLY

Para evocar el primer apretón de manos y las primeras palabras que crucé con Juan José de Soiza Reilly tengo que asociar una serie de emociones particularmente gratas para mi espíritu. Son tan abundantes esas emociones que ellas me traen un soplo cordial de frescas añoranzas, algo así como el riente balbucir de una primavera familiar y llena de perfume, de inquietud y de esperanza. Aquella primera entrevista iba a ser el fundamento sólido de la amistad fraternal que nos liga hoy y que ha adquirido, a través de veinte años, esa robustez y esa firmeza que tienen los viejos árboles.

Para el grupo de adolescentes que cantábamos a la luna y nos disponíamos a demoler las malas estatuas erigidas en el municipio por el criterio adormecido de funcionarios fósiles, la figura de Soiza Reilly fué desconcertante. Veníase al grupo con una lentitud y unas actitudes de penitente incrédulo y de místico revolucionario.

En su mano llevaba siempre un ejemplar de «Así hablaba Zarathustra», y en su bolsillo podía verse eternamente otro, de los «Pensamientos de San Agustín».

Vestía de negro, «todo de negro hasta los pies vestido», era de una magrura semejante a la del caballero manchego y una barbita sedosa servía de marco a su enigmática cara, a veces tranquila y plácida, como la de un Cristo, y a ratos chispeante y traviesa como la de un Mefistófeles. En aquel cenáculo figuraban los poetas Ernesto Mario Barreda y Mario Bravo y el autor de estas líneas, en forma asídua. Junto con Soiza Reilly, eran el cuarteto que le daba consistencia, función diaria, cual si se hubiera tratado de impulsar una empresa de lirismo. También

asistía en carácter de cofrade consultor, el fino espíritu de Mack Spangemberg, hoy celebrado facultativo, y, a ratos, con paso y lentitud provinciana asistía al difundido y triunfante dramaturgo de hoy Julio Sánchez Gardel. Venían otros muchos, más no con la guía pura y desinteresada del entusiasmo sacerdotal por las letras, sino atraídos por el fuego de aquellas almas tan fuertes y tan soñadoras que se habían encumbrado por sobre el mundo, ejerciendo un poder caudaloso de atracción sobre los que examinaban sus ansias literarias.

Soiza Reilly era un eterno comentador de la pesadumbre y del pesimismo; deslizábase hacia el análisis del dolor, buscando en él el justificativo de su tristeza. Pero tal tendencia no obedecía a fuente espiritual alguna, sino a los libros de cuentas con los que estaba obligado a tratar diez horas diarias en una empresa de comercio.

—No puedo más—decía a veces,—el Debe y el Haber son drogas que me envenenan la sangre... Hoy, en el libro mayor, en lugar de escribir una cifra, escribí un soneto de Mallarmé.

Mack Spangemberg entonces le recitaba versos de Verlaine y Rollinat y le recomendaba el antídoto fastuoso de la lectura, a sorbus lentos, del festín de Hamilcar, en la gloriosa Salambó, de Gustavo Flaubert.

—Tené paciencia, hermano, decíale Sánchez Gardel, ya llegará el triunfo nuestro...

Soiza asentía, diciendo paradojas sobre la inutilidad de los triunfos.

El talento literario de Soiza Reilly se nos había revelado de súbito. Había escrito cuatro hermosos cuentos que más tarde, gracias a la generosidad de una dama uruguaya, pudo publicar en un libro minúsculo llamado «En el Reino de las Cosas».

Ese trabajo inicial hacía presagiar el nacimiento de una fuerza literaria viva, cálida, inquieta y brillante, pero, por sobre todo, personalísima. La selva en la que hacheaba le era propia. El hacha había sido forjada en carne y sangre de su cuerpo.

Desde entonces, la brega ha sido fuerte, los obstáculos agudos y lacerantes, pero Soiza, orientado por su fe ciega, pudo arribar a su destino a pesar de todos los vientos adversos.

En este escritor una de sus esenciales características es su voluntad y su fuerza dinámica. Vive para su profesión y cualquier asunto relacionado con ella y que interese a su espíritu, lo realiza.

Fué en el periodismo donde iba a ser, más tarde, un exponente considerable de buen escritor, de buen artista y de extraordinario reporter.

En nuestro medio literario, si no es en los rotativos o en las grandes revistas, el escritor que se proponga luchar ha de correr el riesgo de un fracaso. El libro y el artículo aislado no producen los dineros mercenarios para vivir. Así, sin advertirse apenas, sucede que escritores y poetas dotados de grandes talentos y cualidades, se ponen al servicio febril e improvisado de la prensa. Esto, desde luego, es una gran ventaja para revistas y diarios, pero es también un sistema que amengua el desarrollo individual del escritor.

Sin la necesidad de someterse al trajín acelerado del periodismo activo, de seguro que hombres como Soiza Reilly habrían producido una obra literaria de una extensión y de una excelencia muy superior a la realizada.

Soiza Reilly pues, tuvo que renunciar a escribir libros, como era su deseo y ntró a desarrollar sus exquisitas cualidades emocionales en «Caras y Caretas», casi contemporaneamente conmigo.

Y es desde las páginas de la difundida revista desde donde Soiza Reilly ha desenvuelto amplia y triunfalmente su talento.

Ligero, vivaz, penetrante y sensitivo, dió a la crónica, a la crítica y al cuento del semanario una elasticidad amena y grata, entonces desconocida. El público se le entregó por entero porque él, sin hacerle concesiones subalternas, se le entregaba también. El triunfo era sonoro y firme. Fué conquistado en ley buena, con esfuerzo, con vehemencia sincera y con talento. Eran, pues, necesarias las piedras... Los literatos contemplativos y los exquisitos profesores de temas determinados, vieron en Soiza Reilly un audaz, un deslenguado y un ser impúdico. Ante sus páginas hermosas, ante sus desplantes líricos y ante sus paradojas chisporroteantes como el fuego, ruborizábanse cual doncellas ingenuas. La frescura y el atrevimiento audaz de aquella alma, la agilidad de aquel corazón ebrio de vida y de sensaciones reales, les hería, tal vez, como hiere el viento fresco y matinal de un claro día a los rostros cubiertos de almizcles y pomadas. ¿Quién no se ha deleitado con aquellas páginas de Madrid y de París?

En un constante borboteo nervioso y sensitivo, enviaba sus sensaciones ricas de observaciones, chispeantes de luz, variadas como el espectáculo de una feria humana.

Fresco el corazón y fácil la mentalidad, obtenía recursos inagotables para sondear las almas de los personajes más con-

tradictorios del Viejo Mundo. Políticos ,literatos, filósofos, pintores, actrices y bandoleros, pasaban por su pluma para aparecérnos en carne viva, en deliciosos contrastes de grandeza y de ridículo. En su peregrinación azarosa, tenía el olfato fino para descubrir los tipos cuyas psicologías estuvieran distantes de la vulgaridad. (1).

—Hoy he estado con el rey Alfonso XIII, me decía en una carta; ayer almorcé con Mazzantini y antes de ayer hice un viaje a Toledo con el «Vivillo». Son tres excelentes personas, pero no se pueden comparar con Figueroa Alcorta, con Zavattaro y con Juan Moreira, más gobernante, más sportman y más bandilo que los otros, respectivamente».

Soiza Reilly es un valor literario representativo e inconfundible en las letras hispanoamericanas. Ha adquirido su personalidad porque su pluma, en todo momento, no ha sido otra cosa que la prolongación lisa y llana de su sensibilidad emocional. Es en vano buscar en la decena de sus libros la meditación o las situaciones reflexivas. Todo en él es nervioso, repentino, fulgurante como una chispa, arbitrario como el viento, paradojal y lapidario, mas todo ello enriquecido por la afluente de su sangre y por el ritmo acelerado de su corazón. Por eso desorienta. Por eso hiere. Y por eso todo lo que escribe su pluma nos interesa y nos hace pasar un momento de vivaz comunicación con sujetos e ideas presentados con arte de cronista y con sugestiones llenas de pinceladas vigorosas en el trazo y delicadas en los matices.

Añádase a esto su valentía para expresar toda suerte de conceptos sociales o estéticos, su irreverencia y su befa violenta para cosas y seres consagrados por el rebaño y tendremos el cuadro completo de sus procedimientos literarios. He dicho que las armas de Soiza Reilly le pertenecen en absoluta propiedad. Con ellas se ha hecho y con ellas ha triunfado. No tuvo que cobijarse bajo ninguna sombra ajena, ni le fué menester embanderarse en ninguna capilla para alimentar su torrente literario. Ha volado con alas propias y la órbita de sombra proyectada por su vuelo ha servido para que nacieran ciento y un imitadores de su estilo en todos los países hispanoamericanos.

Explícase así la portentosa popularidad de que gozan su persona y sus libros en el Continente.

—Soiza Reilly y Vargas Vila, me decía hace años Manuel

(1) «Cien Hombres Célebres», (siete ediciones agotadas), y cuya 8.ª edición aparecerá próximamente. — **El Editor.**

Ugarte, son los escritores contemporáneos de habla española que más se conocen y admiran en las repúblicas latinoamericanas.

La noticia, si bien no era nueva, tenía un testigo fehaciente en el nombrado escritor que acababa de hacer una gira por aquellos países.

Tomando cualquiera de los libros de Soiza Reilly no es nada difícil encontrar un deleite espiritual. «Confesiones Literarias», «Crónicas de Amor, de Belleza y de Sangre», por ejemplo, son obras excelentes como documentación curiosa e inquietante de la sensibilidad artística moderna. Y a medida que corra el tiempo, adquirirán mayor mérito y mayor encanto. Su mentalidad, sus travesuras paradojales, sus agudas vivisecciones de almas y cerebros europeos, dan la pauta de un desfile abigarrado y excitante de visiones artísticas.

Hoy, después de quince años, en cualquiera de las producciones de este escritor nótase el mismo temparamento e idéntica predilección literaria que la del autor de «Soliloquio de una almohada» y de «Psicología de un buzón postal», hermosos trabajos publicados en su iniciación profesional, con lo cual se establece perfectamente la opinión de su particular y novedosa idiosincrasia.

Señalado por la crítica y por el público como el cronista más hábil y capacitado de nuestros círculos periodísticos, Soiza Reilly no pudo substraerse a la solicitación de ir a los campos de batalla en misión informativa. Y fuése a Europa enviado por el gran diario «La Nación» y la revista «Fray Mocho».

El viaje lo hizo cuando la gran tragedia de 1914 había comenzado. Y fué en esa campaña donde el autor de EL ALMA DE LOS PERROS envió trabajos interesantísimos y conmovedores narrando sus emociones de la Polonia Rusa. Algunas de esas correspondencias tenían una belleza trágica admirable, un algo que era como el mismo palpitar del dolor de aquellas muchedumbres ensangrentadas y hambrientas. El escritor, como siempre, había abierto su corazón para abrigar en él las escenas del drama pavoroso que tenía ante su vista. Y lo transmitió con una vivacidad ardiente, con pasión y sinceridad, en la forma acabada de un gran literato.

No soy yo, por la misma familiaridad que tengo con su persona, el ser indicado para estudiar la obra de Soiza Reilly. Lo que dejo escrito es una parte mínima de lo que se me ocurre. Pero me congratulo del triunfo de este escritor porque he seguido su carrera paso por paso y porque a toda hora le he

visto lírico, generoso, incrédulo y soñador a la vez, como un obrero que realizara su trabajo bajo el único imperio emocional de su ser. Además, señalo con gusto su infatigable actividad, su hombría caballeresca y su eterna sonrisa ante el silbar de las piedras que pasan por sobre su cabeza.

Yo le conozco bien y sé que vive eternamente dando saltos para llegar a tocar las estrellas y abrazar a la luna. ¡Cómo hace veinte años, con el mismo sueño lírico y la misma frescura primaveral!...

Alberto Tena.

1916.

INDICE

	Pág.
Prólogo de Manuel Ugarte	5
Juicio crítico de José Enrique Rodó	11
A los perros	17
Jesucristo	21
Había una vez un buey	27
Historia de un espíritu	30
Un perro, una mujer, una gata y un hombre	35
Perros sin dueño	40
Psicología de una noticia policial	42
Tartarín Moreira	46
En el reino de las cosas	51
Cuento irlandés que me contó mi abuela	55
Los dedos	60
Carnaval	64
El perro *Jobo*	68
Alma de perro	71
La filosofía de las almohadas	78
La belleza dolorosa de los sueños anarquistas	84
La crueldad de los reyes	91
Un vicario de Cristo en la tierra	95
Los libros viejos	99
La sacerdotisa	105
El final de don Juan Pérez	110

Pág.

Cámara obscura 116
Un artista misterioso 118
La vida de otra Santa Teresa de Jesús 121
Un filósofo 125
La vida novelesca de un conde florentino 128
La neurastenia en el arte 132
El filósofo can 136
El hogar de los perros 139
Jaurías de Jacob 143
Perros y frailes 146
Perros humanos 154
El rosal del carbonero 164
Perrito romántico 166
La maestra de los perritos 170
«Papá, yo quiero ser yegua» 178
El argentino que se vá 179
La muerte de mi sillón 184
El museo de la pobre Dervorgil 186
Diez centavos 188
EPILOGO — La personalidad de Soiza Reilly 191